

MUNDO HISPANICO



NUMERO 144

15 PESETAS

RETRATOS



ESTUDIO DE PINTURA DE
JOSE DEL PALACIO

Logramos de un mal retrato fotográfico un buen cuadro,
al óleo, pastel o acuarela

MINIATURAS SOBRE MARFIL, PAISAJES, MARINAS, BODEGONES,
COPIAS DE CUADROS DEL MUSEO DEL PRADO, RESTAURA-
CION DE CUADROS Y CLASES DE DIBUJO Y PINTURA

VISITE NUESTRA EXPOSICION
PELIGROS, 2 MADRID

ESTAN A LA VENTA

TAPAS

PARA ENCUADERNAR

LA REVISTA

«MUNDO HISPANICO»

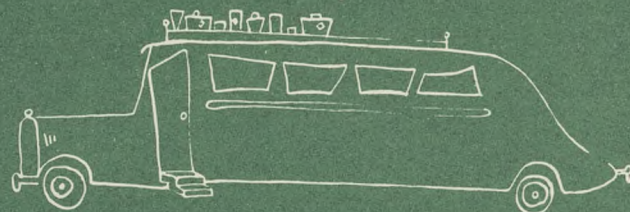
DEL AÑO 1959

PRECIO: 70 PESETAS, A LOS SUSCRIPTORES
LAS SERVIMOS AL PRECIO DE 60 PESETAS

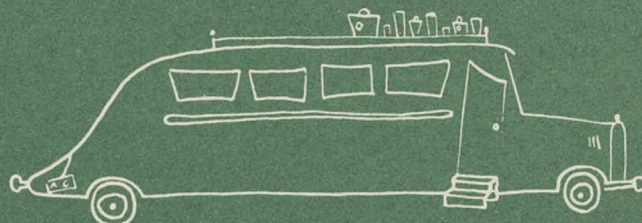
También tenemos a la venta las TAPAS de los años 1948 a 1958

Para pedidos dirigirse a la administración de MUNDO HISPANICO, Instituto de Cultura Hispánica (Ciudad Universitaria), Apartado de Correos 245, MADRID (España), o a nuestros distribuidores: Ediciones Iberoamericanas, S. A., Pizarro, 19, MADRID (España)

SERVICIO de



VIAJES



CULTURALES

VIAJES DE FIN DE CARRERA VIAJES DE GRUPOS CULTURALES

- Información sobre rutas, dentro y fuera de España.
- Confección de itinerarios.
- Reservas de alojamientos.
- Autocares y pasajes de avión, barco y ferrocarril, a precios reducidos.
- Entrada gratuita a los monumentos y museos nacionales españoles.
- Vinculación con centros universitarios o profesionales, españoles y extranjeros.
- Presupuestos económicos, todo incluido.
- Atención cultural y técnica del viaje.

Y en general todas las ventajas de un servicio permanente y gratuito, creado para facilitar la realización de viajes culturales de los universitarios y profesionales hispanoamericanos a Europa.

SERVICIO DE VIAJES CULTURALES
Instituto de Cultura Hispánica
Ciudad Universitaria - Madrid

Los LECTORES también escriben

ATENCION A CANARIAS

En tres de mis anteriores cartas le pedía al señor Director si era posible dedicar un número especial a Canarias, pues ello vendría muy bien: 1) a los canarios que residimos en el extranjero, especialmente en América y Europa; 2) a los propios residentes en Canarias, y 3) porque MUNDO HISPÁNICO podría hacer conocer al mundo (Hispanoamérica en especial) lo que son en la actualidad las islas Canarias. Se podría hablar de su clima, de eterna primavera; de la importancia del puerto de Las Palmas, en el orden nacional e internacional; su folklore, orígenes—es decir, sus primitivos habitantes (los guanches)—; producción de plátanos, tomates, pesca, playas, etc. Todo eso puede hacerlo muy bien MUNDO HISPÁNICO, si agregáramos a lo expuesto sus magníficas fotografías, que pueden enorgullecer a esa Revista, que, en esta materia, puede considerarse entre las primeras del globo, con toda justicia.

Tomando en cuenta Canarias 1959—con fotos actuales—, puede hacerse un valioso trabajo; que, no cabe duda, será un galardón más para MUNDO HISPÁNICO, y será para los canarios un recuerdo muy grato, especialmente para los que residimos fuera del terruño.

GONZALEZ R.

Desde Buenos Aires - Vía aérea

Agradecemos desde aquí su amable y asidua correspondencia; que da buena prueba de la constancia y el cariño con que siguen nuestra publicación los españoles del otro lado del mar.

Podemos adelantarle que la bella tierra canaria tendrá pronto un número especial, y en todo caso, si las dificultades consiguientes a todo número monográfico nos superasen momentáneamente, pueden los canarios contar con que sus islas tendrán en nuestra revista la fortuna y el tratamiento que merecen no sólo por su luz y su naturaleza deslumbrante, sino también por su importancia económica y comercial, su historia singular y su rico folklore.

Uno de nuestros redactores tuvo la suerte de admirar la primavera pasada, en la biblioteca española de París, una exposición antológica del paisaje canario, captado por los fotógrafos de las Islas Afortunadas. De modo que serán los propios canarios—artistas de la cámara oscura—quienes ilustrarán los reportajes.

Muy agradecidos a sus elogios para nuestras páginas gráficas. Y recogemos, como ve, sus sugerencias.

LA REALIDAD MEJOR DE ESPAÑA

Hace unos días publicaron los diarios de São Paulo, con letras bastante grandes, la noticia de haber ganado astilleros españoles en la concurrencia internacional abierta por el Brasil para la construcción de tres buques de pasajeros. Es alguna cosa; pero Brasil ha mandado construir en Polonia quince buques de carga; seis superpetroleros de 32.000 toneladas, en Holanda, y otros en el Japón.

¿No sería interesante que MUNDO HISPÁNICO publicase unas cuantas páginas ilustradas dedicadas a las actividades y capacidad de los astilleros españoles, con fotografías de los grandes petroleros construidos para las compañías españolas, y de los buques construidos para la flota Gran Colombiana, para el Paraguay, y noticias sobre los contratos hechos con la Argentina?

Creo que es necesario dar la sensación de que en España hay algo más que buena literatura y mucha simpatía y admiración por lo español. Lo publicado sobre Aviés fué de sensación, lo mismo que lo publicado sobre el Plan Badajoz. ¡Se hacen tantas cosas admirables en España, y que son aquí desconocidas!

P. DITINO DE LA PARTE, C. M. F.

Desde São Paulo - Urgente

Su sugerencia, reverendo padre, es tan importante, que la subrayamos, nada más recibida, para darle el debido cumplimiento. La publicación misma de su carta, pensamos que sea ya noticia y contribución para ir desahando entre todos la falsa impresión de que España se haya quedado, en la historia o la literatura, rancia.

Vamos de acuerdo con usted y estamos en ello, como habrá observado repetidamente en pasados números de nuestra publicación. En este mismo ejemplar de MUNDO HISPÁNICO que tiene en sus manos puede ver un reportaje sobre el complejo hidráulico Entrepeñas-Buendía, el embalse más importante de Europa, bajo el título de «Guadalajara, mar de Castilla».

Esperando nuevamente sus sugerencias y agradecidos por su apoyo y aliento.

PORTADA

Perdone que le interrumpa con una cosa pequeña. Se trata de que MUNDO HISPÁNICO no nos da en la portada la fecha de publicación, apartándose así del uso general y dificultando las consultas o referencias. Por eso, si no hay en contra parecer mejor, me gustaría...; y sé que así piensan otros suscriptores.

LA PUEBLA

Correo ordinario de Puerto Rico

Muy agradecidos por su interés, pasamos su observación a la sección técnica de los confeccionadores de la Revista, que tendrán en cuenta para el futuro el punto de vista que apunta en su carta.

BELLEZA COSTARRICENSE

Señor Director de MUNDO HISPÁNICO.

Estimado señor director:

En el número 136 de la revista MUNDO HISPÁNICO, correspondiente al mes de julio de 1959, he tenido la satisfacción de ver retratada a la señorita María de los Angeles Chaverri, hija de nuestro embajador en España, coronada reina de los Juegos Florales Eucarísticos Hispanoamericanos celebrados en Toledo, la Ciudad Imperial.

Como costarricense, me siento orgullosa de que esta bella señorita ocupara tan destacada posición, dando realce con su espléndida belleza a tan distinguido acontecimiento; felicitando, al mismo tiempo, a su artística y gran revista por las bellas fotografías, que permiten apreciar muy bien el ambiente de exquisita cultura y artístico marco en donde luce, como rutilante estrella, María de los Angeles Chaverri, digno exponente de la belleza y cultura de la mujer costarricense.

Para ella y su familia, un sincero aplauso desde su lejana y querida Costa Rica.

Atentamente,

M. CARMEN POLIO DE ESQUIVEL

Desde Costa Rica - Correo ordinario

Esperamos, señora de Esquivel, que, cuando vea usted reproducida esta atenta carta suya en la Revista, conozca ya el número de MUNDO HISPÁNICO recientemente dedicado a su bello país, y en el que, sincera y casi inmodestamente, creemos haber reflejado la belleza, al par que la realidad total, de «su lejana y querida Costa Rica».

INGLATERRA

VACACIONES EN INGLATERRA. — Archer's Court, Hastings, Tel. 51577. Perfección inglesa en Hastings, pueblo simpático, habitantes amables, estancia campestre, quince minutos autobús distante población y playa a dos horas tren de Londres. Pensión completa temporada verano, £ 7.7.0 (1.235 pesetas) semanal; primavera y otoño, £ 5.5.0 (882 pesetas) semanal. Dormitorio salón descanso, agua corriente caliente y fría. Biblioteca. Jardines, arboleda, extensos. Escriban vuelta correo. Con autorización de las autoridades locales de Educación de Hastings, facilitamos también entrenamiento de Secretariado Comercial para estudiantes, a precios reducidos.

ANTHONY MABY. R. Mess, H. M. S. Ariel, Worthingdown, nr. Winchester (England). — Desea correspondencia con señorita española de veintidós años, en inglés.

COLOMBIA

GLORIA CECILIA GARRIDO M. Carrera, 11, número 5-55. Popayan (Colombia). — Desea correspondencia con jóvenes de España.

SOFY SALCEDO. Apartado aéreo 44. Mompos Bol (Colombia). — Desea correspondencia con personas de ambos sexos para intercambio de ideas y postales.

ESPAÑA

PAQUITA SERRANO. Sandoval, 21. Madrid (España). — Desea correspondencia con caballero francés y portugués, para intercambio de idiomas.

JAVIER D. MORRAL. Roger de Flor, 162. Sabadell (Barcelona). — Desea correspondencia con señoritas de diecisiete a veinte años, en español o francés.



CARMEN E. DIEGUEZ. Hernán Cortés, 67. Orense (España). — Señora joven española desea intercambio de correspondencia en castellano con norteamericana o española residente en dicho país.

ENRIQUE GARCIA MONTERO. Plaza Mayor, número 6. Cuenca. — Desea correspondencia con chicas de quince a dieciocho años, en francés o castellano, para intercambio cultural.

MARIA ALBA FIGUERAS. Avenida de Cataluña, 13. Tárrega (Lérida). España. — Desea correspondencia con chicos y chicas de todo el mundo, para intercambio de postales.

MARIA DEL CARMEN CASADO LINAREJOS. Becerro de Bengoa, 14. Palencia (España). — Desea correspondencia con chicas residentes en Sevilla, estudiantes y de dieciséis a dieciocho años.

MILAGROS FERNANDEZ POZA. Felipe II, letra O. 1.º izquierda. Palencia (España). — Desea correspondencia con chicas residentes en Barcelona, estudiantes y deportistas, de dieciséis a dieciocho años.

ESTEBAN HERRERO BARRUECO. Canteras, 8, bajo. Barcelona. — Desea correspondencia con jóvenes de ambos sexos aficionados al «ballet» o danza española, en español.

EDUARDO ARBOS ECEIZA. Carnicerías, 3, 3.º Olot (Gerona). — Desea intercambio de postales con coleccionistas de todo el mundo y correspondencia con chicas de quince a dieciocho años.

ALBERTO GONZALEZ VILLAMARIN. Ecuador, número 92, 4.º. Vigo (España). — Desea correspondencia con personas de cualquier parte del mundo, en español o inglés, fines culturales.

ANDRES RODRIGUEZ. Apartado 42. Arrecife. Lanzarote (islas Canarias). Solicita correspondencia con jóvenes para amistad.

MARIA DEL PATROCINIO DURAN MEDINA. Figueroa, 16. Arrecife. Lanzarote (islas Canarias). Desea correspondencia con jóvenes españoles y extranjeros.

GREGORIO MENA PEREZ. Murcia, 14. Madrid (España). — Desea correspondencia con jóvenes señoritas de quince a veinte años de todo el mundo, en español o francés.

ANDRES MARCOS MATEO. Santa Lucía, 50. Santander (España). — Desea correspondencia con señoritas extranjeras.

ARGENTINA

CELIA MERINO. Espejo, 77-79. Mendoza (República Argentina). — Desea correspondencia con estudiantes italianos o de cualquier parte del mundo, en castellano.

ITALIA

AIDA STEVANATO. Via A. Diaz, 9. Brescia (Italia). — Desea correspondencia y canje de postales con jóvenes de todo el mundo, en español, portugués, francés, inglés, alemán e italiano.

PORTUGAL

CARLOS MANUEL PLACIDO. Casa Pia de Lisboa, Sección de Pina Manique. Belém. Lisboa (Portugal). — Desea correspondencia con españolas de quince a diecisiete años.

ANTONIO DINIZ. S. Sousa Judice. Rua Doctor Justino Cumano, 35, 1.º Departamento Faro (Portugal). — Desea correspondencia con jóvenes extranjeras amantes de la música y de la danza.

JOSE PEDRO FARIA VIEIRA. Rua Doctor Antonio José de Almeida, 12. Coimbra (Portugal). — Desea correspondencia con joven estudiante española de diecisiete a veinte años.

BRASIL

RENILDA GUADROS CARDOSO. Rua Visconde de Faunay, 50. Novo Hamburgo. Rio Grande do Sul (Brasil). — Desea correspondencia con jóvenes españoles, para intercambio de postales y otros objetos.

EULICE HOERLLE. Caixa postal, 11. Montenegro. Rio Grande do Sul (Brasil). — Solicita correspondencia con jóvenes de cualquier parte del mundo.

ECUADOR

FELIX U. GARCIA P. — P. O. Box 714. — Jipijapa. Provincia de Manabí (Ecuador). — Solicita correspondencia con señoritas de España y América de quince a veinticinco años.

VICTORIA LUZURIA-GA. Bolivia, 514. Guayaquil (Ecuador). — Desea correspondencia con jóvenes de habla castellana; fines culturales.

URUGUAY

ANA MARIA REGUSCI. Faustino López, 839. Florida (Uruguay). — Desea correspondencia con jóvenes españoles y de toda Europa, en español, portugués, italiano, francés e inglés.

JOSE PEDRO LABRAGA. Poste Restante. Correo Central. Montevideo (Uruguay). — Desea correspondencia con jóvenes de ambos sexos de todo el mundo.

CANADA

MAUD LAROCHE. Ste. Croix, Lac St. Jean (Canadá). — Desea correspondencia con estudiante español de dieciocho a veinte años.

HISPANISMO

Señor Director de MUNDO HISPÁNICO.

Distinguido señor:

He tenido la oportunidad de leer en el número de MUNDO HISPÁNICO correspondiente al mes de julio del año en curso una carta del señor L. R. Hurtado, de Buenos Aires (Argentina), que hacía algunas observaciones sobre ciertas inadverencias incurridas por MUNDO HISPÁNICO. ¿Podría ponerme en contacto con el señor Hurtado, a los efectos de la idea que a continuación le expongo a usted?

Creo que hay un altísimo grado de conciencia hispánica en todas partes; sólo hace falta «concretar», «materializar» la ya existente unidad étnica y cultural; hay que organizarse, crear una vasta, amplia, poderosa asociación que realice una labor social, político-económica, religiosa, cultural.

Cada país de habla española debe contar con una institución nacional, activa y pujante; las instituciones nacionales serán ramas de una central americana, asiática, africana, y éstas, a su vez, lo serán de una central mundial.

En mi opinión, hay que aglutinar organismos tenues, superficiales, ya existentes, y un núcleo disperso y numeroso de valiosas individualidades hispanistas que no militan en ningún organismo determinado, que no realizan una labor concatenada y metódicamente estudiada, con infinidad de hispanistas «pasivos» de sólo simpatizar y no actuar en pro del engrandecimiento y el progreso de los hispanos en todos los órdenes y aspectos de la vida.

De poder ustedes publicar la presente misiva, me ofrezco de núcleo de enlace de esfuerzos, de ideas y de apoyos, a reserva de que aparezca algo o alguien mejor. Mi dirección es: Avenida Simón Bolívar, número 152—apto. 20, altos—, La Habana (Cuba).

Atentamente,

GABRIEL IGLESIAS

Complacido, señor Iglesias. Le deseamos el mayor éxito en su laudable empresa. Ya sabe que las columnas de MUNDO HISPÁNICO están siempre a su disposición. De todos modos, queremos subrayar algo que usted, sin duda, no ignora: la existencia en los países ibéricos de instituciones como los Institutos de Cultura Hispánica, que realizan una inmensa labor en este campo.

J. G. S.

Los trabajos y los días

MESTIZAJE

Según datos de fuentes más o menos oficiales—pero de difícil computación global—, en el conjunto de Iberoamérica, los mestizos y mulatos componen el 40 por 100 de la población total, siendo los blancos el 44 por 100, los indios el 10 por 100 y los negros el 6 por 100 (los orientales significan sólo el 0,1 por 100, a restar de los otros grupos). Sin embargo, estos datos pecan, muy probablemente, de «blanquismo». Estadísticas más escrupulosas colocarían al grupo mestizo—mestizos y mulatos—en el primer lugar, superando incluso a la suma de los otros factores. Iberoamérica es el gran crisol étnico que hacía soñar a Vasconcelos con una «raza cósmica».



EJERCITACIONES

El «Movimiento por un mundo mejor» se extiende por Iberoamérica. El padre Lombardi, alma de esta acción, dedica especial atención a este continente. En enero ofreció un curso de ejercitaciones al episcopado del Perú y otro al Ecuador. Para mayo tiene anunciado otro en el Brasil, y en octubre, en Colombia.

ASAMBLEA

Excepcional interés para el catolicismo iberoamericano va a tener la Asamblea de organizaciones católicas que se celebrará en Munich del 26 al 30 de julio, precediendo al XXXVII Congreso Eucarístico Internacional. El tema abordado por la Asamblea será el de la «Promoción humana y cristiana de los países subdesarrollados».

NUEVA ARQUITECTURA EN EL NUEVO MUNDO

La arquitectura hispanoamericana, especialmente la de Brasil, México, Venezuela y Cuba, se ha colocado a la cabeza del movimiento renovador de esta manifestación artística en todo el mundo. La unión armónica de la edificación con el paisaje es su gran descubrimiento. Un profesor de Yale, según indica una revista norteamericana, ha dicho a este respecto: «El latinoamericano ha descubierto su paisaje. De ahí que la arquitectura latinoamericana sea uno de los fenómenos artísticos más importantes del momento.» También cuenta la referida revista que cuando Alec Guinness visitó la Ciudad Universitaria de la capital mexicana, una de las obras cumbres de la moderna arquitectura, demostró su asombro exclamando: «¡Qué interesante! ¡Nunca había visto paredes de vidrio y ventanas de piedra!»

DERECHO MARITIMO

Desde que, hace unos años, tres países del Pacífico—Chile, Perú y Ecuador—afirmaron la soberanía de sus aguas territoriales en un ancho de 200 millas, independientemente de lo que determinara la plataforma submarina, la polémica con las grandes potencias pesqueras se ha acentuado en el seno de los organismos marítimos internacionales. Por ello, se esperan con gran interés tres próximas reuniones: una primera de la Organización Consultiva Marítima Intergubernamental (I. M. C. O.), en Londres, del 1 al 4 de marzo; otra segunda, de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar, en Ginebra, del 17 de marzo al 14 de abril, y, finalmente, la XII sesión de la Comisión de Derecho Internacional de las Naciones Unidas, también en Ginebra, del 25 de abril al 1 de julio.

UNIFICACION

Centroamérica prosigue incansable estrechando los lazos de su unificación. Con la cooperación económica acordada el pasado año y el mercado común entre Guatemala, Honduras y El Salvador—que acaba de establecerse—son muchos los aspectos parciales que están siendo abordados. Recientemente, una reunión de directores de turismo de los países centroamericanos ha acordado realizar una tarea conjunta de propaganda y organización turística.

RELACIONES HEMISFERICAS

«Los Estados Unidos debieran crear un ministerio especial para relaciones hemisféricas. Actualmente, los asuntos latinoamericanos están bajo la jurisdicción del secretario de Estado, quien, debido a su propia función, tiene que dar prioridad a los problemas que pueden constituir un peligro para la nación.» Esto afirma la revista norteamericana «Visión». Idea semejante formuló en Francia el ministro André Malraux, al ascender al poder el general De Gaulle. Y, más recientemente, desde México se ha iniciado una campaña para que todos los países iberoamericanos consagren a las relaciones interhispanoamericanas un ministerio especial, separado del de Relaciones Exteriores.

J. O. C.

El dilema de Iberoamérica—industrializarse o sucumbir—ha sido encarado valientemente por el Movimiento de la Juventud Obrera Católica de Iberoamérica. La J. O. C. prepara a los futuros dirigentes sindicales para encabezar la acción social por una renovación hispanoamericana, que cambie la estructura actual, pero mantenga vivos «los principios fundamentales de respeto a la persona humana, que sólo la Iglesia y el cristianismo son capaces de infundir». Un centro de información de la J. O. C. internacional ha iniciado sus actividades en Lima.

TENSIONES FUTURAS

Más de una veintena de naciones, con unos 700 millones de habitantes en total, se han incorporado a la vida independiente desde el final de la segunda guerra mundial, hace quince años. Si añadimos a estos 700 millones los 650 de chinos, nos encontramos con que la mitad de la población humana actual ha dejado de depender políticamente del occidente blanco. Se adivina un inmediato futuro lleno de peligrosas tensiones raciales. Sólo aparece en ese panorama una gran zona antirracista auténtica, una zona mestiza—étnica y culturalmente—, que puede representar un papel decisivo ejemplar: el mundo iberoamericano.

MEXICO, POTENCIA

Según Daniel James, del «New Leader», México—al que ahora se llama «el coloso del Sur»—, «se está convirtiendo tranquilamente en la máxima potencia de América latina», habiendo logrado realizar en los últimos quince años la proeza de pasar del subdesarrollo a la semiindustrialización. También señala que uno de los grandes logros mexicanos, frente a la situación general monoprodutora de los otros países iberoamericanos, es la diversificación económica.

CONGRESO C. T. C.

Una consecuencia que puede alcanzar trascendencia insospechada tuvo el Congreso de la Confederación de Trabajadores de Cuba, celebrado en La Habana. La C. T. C. abandonó su afiliación a la O. R. I. T.—central panamericana—, pero no se enroló en la C. T. A. L.—central latinoamericana del comunismo—, sino que, por el contrario, decidió la creación de una nueva central sindical propiamente iberoamericana. En esta misma línea ya se fundó otra en 1952—la A. T. I. A. S.—, que seguía la Tercera Posición del peronismo. Aparte de todas ellas, existe también en Iberoamérica la C. L. A. S. C., cristiana, pero que no agrupa a sindicatos, sino a personas, por estimar que los católicos no deben crear organizaciones propias, sino luchar en el seno de las existentes.

La realidad socio-cultural hispánica

La experiencia colectiva contemporánea de los hombres ibéricos de Europa, América y Asia es la de una comunidad en transición. La caída del régimen absolutista, en el primer decenio del siglo XIX, introdujo a nuestra comunidad ibero-parlante, tanto ideológica como estructuralmente, en un complejo período revolucionario. Período que no podrá ser clausurado en tanto que un nuevo proyecto vital no vuelva a imponerse con vigor en la conciencia colectiva. Para lo cual es necesario que el proyecto vital en cuestión realice en cierto modo—capaz por su autenticidad de gozar de vigencia popular—la síntesis de los factores en conflicto durante dicho período, y llegue a alcanzar la indispensable formulación minoritaria, y sea aceptado entonces con entusiasmo por la misma opinión del pueblo, en cuya conciencia directa y manantial de realidad, en forma de intuición básica, aquél se haya gestado inicialmente.

Pero la crisis consiste precisamente en el desajuste de todo el proceso señalado. Las creencias, los intereses, las instituciones y la misma idea profunda del sentido de nuestra existencia, en cuanto comunidad, aparecen como constitutivamente escindidas y contrapuestas. Las minorías, con una carencia de realismo y de responsabilidad histórica—que es, a mi juicio, la causa de donde la crisis ibérica viene fluyendo constantemente desde hace siglo y medio—, se han desviado del papel piloto y rector que les correspondía respecto a sus grupos de distinta índole y a la comunidad global, y han aceptado fácilmente el de jefes o parásitos de las facciones contrapuestas.

Señalaré, ante todo, en este aspecto, nuestra original estratificación, dinamismo y tipos de conflictos sociales. Creo que debe distinguirse en la comunidad española, por ejemplo, de los últimos años, por lo menos, un doble foco de dinamismo social interclases. Primero, el «aburguesador», que proyecta el espíritu y formas de vida materialistas del sistema liberal-capitalista, en primer término, desde la «burguesía económica» a la «política»—hasta el punto de formar ambas clases una cierta unidad de riqueza y poderío, que, por sus rasgos oligárquicos y, en buena medida todavía, agrarios, bien puede calificarse de «feudoburguesía»—, espíritu y formas de vida que se proyectan después desde la «feudoburguesía» a la «burguesía nacional» de los medianos y pequeños intereses empresariales, así como a la «minoría del espíritu», que integran los intelectuales y hombres de acción prestigiosos, y al «residuo marginal» de los individuos y grupos funcionalmente parasitarios, para llegar, por último, presionando, desde estos grupos, a la «clase obrera reformista» y aburguesada.

El segundo foco de dinamismo social es el «revolucionario», que sigue el proceso inverso al anterior: arranca de la toma de conciencia de la injusticia sobre la que descansa la sociedad liberal—por parte de la «clase obrera revolucionaria», o grupos populares análogos—, y puede alcanzar, sobre todo a partir de un determinado momento de evolución de la experiencia colectiva, a la «reserva comunitaria», concepto con el que trato de definir al conjunto de hombres y grupos puestos con plena conciencia funcional u ocupacional al servicio de los valores comunitarios, en la familia y en la comunidad socio-cultural global.

Un tercer foco de síntesis ha comenzado a dibujarse en los últimos años, cuyo papel estructural puede llegar a ser el de convertirse en un nuevo eje integrador del dinamismo social: es la propia «reserva comunitaria», en la medida en que logra dejar de sentirse parte mesocrática de la sociedad burguesa, para pasar a formar un todo comunitario con las energías creadoras, sanamente humanistas y antimarxistas, que aún atesora el movimiento obrero en Iberoamérica.

También merecen destacarse los acusados rasgos configuradores del estilo cultural hispánico, tan distinto del occidental.

¿Hasta qué extremo ha alterado la doble fase experimentada en nuestro proceso de industrialización a ese biotipo ibérico fundamental? ¿Hasta qué extremo lo afectó la primera fase de nuestra proletarianización, que dió origen a la experiencia revolucionaria obrera más rica de Europa, y lo sigue afectando esta segunda fase de proletarianización industrial que transforma de nuevo las bases de nuestra demografía? ¿Es «retroceso» nuestro semidesarrollo actual: o es diferencia de estilo cultural y vocación colectiva, que se resiste a adoptar sin seguridades vitales un mimetismo irresponsable y materialista capaz de desvirtuar definitivamente sus convicciones históricas y comunitarias, permanentes hasta ahora: las mismas que, a partir del Renacimiento, nos han enfrentado como cultura con la conciencia abstracta, racionalizadora y atea de la Europa burguesa? ¿En qué medida han contribuido a quebrantar nuestra estructura, de personalidad colectiva y ritmo vital bien ajustado, las sucesivas aculturaciones recibidas hasta ahora del continente europeo, a partir de la formación de nuestro pueblo, en los ocho siglos de la reconquista peninsular; aculturaciones que serían la absolutista-cesaria introducida por nuestro primer Austria, la despótico-ilustrada, la liberal-capitalista y la marxista-comunista? ¿Cómo nos afecta, además, por último, el vivir colectivo, nuestra actual condición fragmentaria, históricamente interrumpida, respecto al resto de la comunidad ibérica de cultura: políticamente extinguida, hasta el momento presente, desde hace ciento cincuenta años? He aquí algunas cuestiones que las nuevas minorías nacientes deben plantearse con claridad en los países de nuestra cultura hispánica o indoeibérica.

MANUEL LIZCANO

Mensaje para la otra orilla

OPERACION CONTRA EL SUBDESARROLLO

1 Ha quedado ya atrás la Conferencia del Hambre, celebrada en La Habana. También, en el mes de marzo, se han reunido en Washington delegaciones de nueve repúblicas iberoamericanas, para preparar las bases de una gran operación contra el subdesarrollo.

Por todo ello cabría decir, en escuetas y cortadas palabras, que comenzamos a asistir, seriamente, a la presentación de un vasto problema que no puede ser resuelto aisladamente, sino en común y con la participación norteamericana y occidental.

Sin tener excesiva confianza en la «operación», no deja de ser cierto que el problema está ahí y que es de dimensiones suficientes para que termine por romper todas las barreras. Consideremos que el crecimiento demográfico de los países hispánicos—globalmente, porque en América central y México es mucho mayor—está instalado en un 2,5 por 100, frente al 1,5 de Norteamérica o el 2,6, por ejemplo, de Argelia.

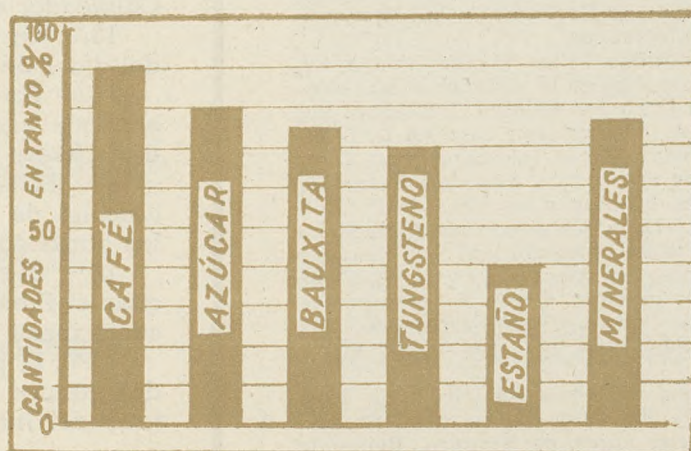
Este gigantismo demográfico, que tiene que aceptarse como un don y no como una catástrofe malthusiana, requiere, precipitadamente, una profunda transformación de las estructuras económicas y, lo que es más importante, la integración en un mercado común.

Por otra parte, no hay duda en cuanto a la gravedad y urgencia del dilema. «Teniendo en cuenta el índice demográfico—dice Georges Friedmann—y el capital ya invertido, sería necesaria una inversión del 9 al 12 por 100 para «mantener» el actual nivel de vida, y elevarlo al 12 o al 15 por 100 para aumentar el nivel de vida en un 1 por 100 al año.»

Las cifras del 10 por 100 vienen a ser, en líneas generales, las inversiones, sobre la renta nacional, de diversas repúblicas iberoamericanas, de donde resulta que el índice demográfico tendría que ser del 1,5 por 100, en vez del 2,5 actual. Es obvio que nosotros entendemos, bien claramente, que la solución no reside ni radica en las prácticas anticoncepcionales, sino en la ordenación justa de los bienes, en su desarrollo y en su multiplicación. Lo social y lo cristiano están antes.

Baste ver, por ejemplo, que en Norteamérica—con 2.600 dólares de renta por capital anual, frente a los 260 de Hispanoamérica—una inversión apropiada en la agricultura y en la maquinaria sigue produciendo, invariablemente, un aumento notable en las cifras de los alimentos, en tanto y cuanto que, en los últimos años, Hispanoamérica se halla estancada, sin producirse cambio favorable importante, por razones justamente contrarias.

No obstante, el mundo de lengua española proporciona a los Estados Unidos una ingente cantidad de productos. Los más populares son los siguientes: el 90 por 100 del café que consume; el 80 por 100 del azúcar; el 75 por 100 de la bauxita; el 70 por 100 del tungsteno; el 39 por 100 del estaño; el 77 por 100, en fin, de los minerales que importa anualmente. Nada digamos, por otra parte, del petróleo venezolano.



Hechos constantes y soluciones de hoy

3 En el mundo afroasiático es fácil encontrar zonas profundas y graves carencias alimenticias; pero tampoco es extraño hallarlas en la América inglesa. Sobre todo, en las Antillas y Honduras Británica volvemos a encontrarnos, como en un derrotero dramático, con el mismo desequilibrio en el reparto de los bienes. En las Antillas inglesas—como ocurre en diversas zonas de las repúblicas de lengua española—son idénticas las causas fundamentales de la desnutrición: un monocultivo, llevado a sus últimos extremos, que deja la tierra en manos de muy pocos y que impide cultivos adecuados para todos, o, al menos, la distribución regular de la renta.

Toda Hispanoamérica vive en estos momentos, por uno u otro camino, pese a extremismos ocasionales o retrocesos a las corrientes del pasado, en una atmósfera de grandes cambios. Se tiene conciencia de que, en el curso de dos generaciones, se superarán los 500 millones de habitantes, y que, por tanto, es preciso revalorizar y dar vuelta, con un desarrollo común y solidario, al viejo y dramático paisaje.

En cierto modo, el mundo occidental—y, fundamentalmente, Norteamérica—está comprometido en favorecer su desarrollo. Ha llegado la ocasión—histórica, al menos—de hacerlo, porque el tiempo corre en esa dirección. La obra es compleja y delicada. Se trata de una vasta operación de bisturí, que no puede ser ni eludida ni olvidada, y que se producirá inevitablemente.

ENRIQUE RUIZ GARCIA

Necesidad de diversificar la agricultura

2 Esta situación de constante desequilibrio—pese al evidente desarrollo general de Hispanoamérica—no puede separarse de la relación existente entre crecimiento demográfico y estabilidad, industrialización y mejor nivel de alimentación.

Cuando se habla de hambre—de hambre a secas—, apenas se piensa que en el mundo subdesarrollado—que abarca a una masa de 1.800 millones de personas—, las Naciones Unidas han llegado a calcular que 9.500 personas mueren, diariamente, de inanición. Josué de Castro ha demostrado claramente—con el arsenal estadístico que le proporcionara su antiguo puesto de presidente del Consejo de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura—que el actual planteamiento latifundista y de productos coloniales que aqueja a Hispanoamérica está en estrecha contradicción con el deseado desarrollo armónico capaz de integrar, en un «standard» de vida más alto, a las poblaciones agrícolas de Iberoamérica, que llegan a ser, en determinados países, superiores al 70 por 100 de la población, y no bajan del 50 por 100, si se consideran globalmente y al margen de media docena escasa de repúblicas.

«El tipo de productos elegidos para servir de base a la explotación de la tierra ha venido a determinar—dice G. K. Meek—la forma de propiedad: el latifundismo.» Aunque esto no sea cierto en todos los casos, es indiscutible que la caña de azúcar, por ejemplo, ha favorecido el monocultivo intenso, el régimen de las grandes plantaciones y, supuestamente, el absentismo, con todas las lacras de desmoralización social, y aun política, que ello acarrea.

Son evidentes los déficits alimenticios que las estadísticas de las Naciones Unidas, del Consejo de Alimentación y Agricultura o los datos esquemáticos del doctor Fernández Milánez proporcionan sobre asunto de tan extrema importancia. El propio Josué de Castro, en su «Geopolítica del hambre», no ha dudado en decir: «Ninguna otra isla como Cuba posee condiciones más favorables para la autoalimentación de su población. Con tres cuartas partes de su territorio, representadas por llanuras recubiertas de terrenos muy fértiles, este país podría permitir el desarrollo de una agricultura diferenciada de las más remuneradoras. Agricultura que debiera alimentar muy bien a los cien habitantes que ocupan cada milla cuadrada del país. Pero la agricultura, orientada únicamente hacia los productos de exportación—inaugurada en tiempos coloniales y ampliada por apoyos financieros internacionales—, ha conducido al terrible estado de subnutrición denunciado por las encuestas realizadas a este efecto.»

Tales son, entre muchos, los hechos que debemos tener presentes al examinar el cuadro global de la política económica iberoamericana, cuando, de manera evidente, comienza a tomarse conciencia en el mundo de que es preciso, y absolutamente necesario, proceder a una vasta reforma y a una no menos importante ayuda exterior.

HERALDICA

MUNDO HISPÁNICO reanuda su vieja y famosa sección "HERALDICA HISPANOAMERICANA". El propósito, hoy, es más amplio—como lo revela el título—y responde a los deseos manifestados en muchas ocasiones por nuestros lectores de conocer el origen y el blasón de sus apellidos, o, simplemente, de apellidos famosos. Comenzamos, pues, desde ahora mismo, contestando cartas recibidas.

Para utilizar esta sección bastará escribir a «MUNDO HISPÁNICO. "Heraldica", Avenida de los Reyes Católicos. Ciudad Universitaria. MADRID», indicando los extremos de la consulta, con la especificación de si el solicitante es o no suscriptor.

HERALDICA está a cargo de don Julio de Atienza, Barón de Cobos de Belchite, del Instituto Salazar y Castro, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid, del Instituto Internacional de Genealogía y Heraldica, etc., etc.



En campo azul, un castillo de plata, y saliendo del homenaje, un caballero armado con una espada desnuda en la mano diestra y una roela en la siniestra. Bordura de plata, con esta leyenda en letras negras: «Son las armas del vencido.»

Doctor J. Vivanco. San Antonio de los Baños (Cuba).—Efectivamente, existen dos linajes de Vivanco sin relación alguna entre sí, por lo menos que pueda probarse documentalmente, y que ostentan diferentes armas. Uno es el de Vizcaya y otro el procedente de la abadía de Vivanco. A pesar de los escasos datos genealógicos que me facilita de sus antepasados, creo sinceramente que éstos pertenecen al linaje de la legendaria abadía, dada la proximidad geográfica entre Vivanco y Céspedes—la pequeña aldea del ayuntamiento de Aldeas de Medina, partido judicial de Villarcayo (Burgos)—, donde nacieron estos antepasados. Y, revisando genealogías de los Vivanco de la Abadía, es digno de hacerse constar los repetidos enlaces que estos Vivanco tuvieron con otros linajes de Espinosa de los Monteros y pueblos cercanos.

Es este linaje de los Vivanco uno de los más esclarecidos en el valle de Mena, comparable solamente al de los Vallejo, los Gil y los Velasco. Procedían del lugar de su nombre, donde tenían solar, y levantaron casa en la falda del monte Enguiza, ostentando el patronato de la iglesia de San Juan de Vivanco, con el título de Abad; por cesión que hizo don Fernando Sánchez de Velasco del monasterio y sus derechos a los hijos de Perejón de Lezama, que murió en defensa del citado Velasco, cuando luchaba contra los Salazar, en una de tantas batallas banderizas que durante varios siglos asolaron, inexplicablemente, las tierras vascas. Así fué cómo los Velasco, en prueba de agradecimiento, dieron a los hijos de Perejón—los Vivanco—el monasterio de Vivanco, que, arruinado más tarde, se transformó en la iglesia de San Juan, que, con la de Arceo, perteneció al abad lego de Vivanco.

El primer miembro de esta casa que hallamos con título de abad es Martín Pérez de Vivanco (año 1150). En 1298 era tal abad Sancho Pérez de Vivanco, y en 1350, don Sancho López de Vivanco. Reinando don Felipe V, ostentaba esta dignidad don Lorenzo de Vivanco y Angulo, secretario del Real Patronato. Enlazó esta casa con los Velasco y los Angulo, del mismo valle de Mena; con los Quijano; con los más ilustres linajes de Santander, Asturias y Galicia, y con los marqueses de Montecastro y Llamahermosa. Uno de estos abades, general de los Reales Ejércitos, murió en La Habana, a finales del siglo XVIII, defendiendo a su patria. Su hijo, don José Manuel de Vivanco, teniente general de Artillería, sacrificó su vida por España luchando contra los franceses en Espinosa de los Monteros. Don Lorenzo de Vivanco y Angulo, abad de Vivanco, fué gobernador de la Audiencia de Guatemala, secretario de Justicia de la Corona de Aragón y oficial mayor en la Secretaría del Derecho Universal, hacia 1730.

Usa este linaje como armas propias: Escudo de azur (azul), con un castillo de plata y, saliendo del homenaje, un caballero armado, con una espada desnuda en la mano diestra y una roela en la siniestra; bordura de plata, con esta leyenda en letras negras: «Son las armas del vencido.»

INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA

I PREMIO DE TEATRO

"TIRSO DE MOLINA"

El Instituto de Cultura Hispánica, con el fin de fomentar la producción de obras teatrales escritas en lengua española, convoca el I Premio de Teatro «Tirso de Molina», con arreglo a las siguientes

BASES

- 1.ª Podrán concurrir escritores de cualquier nacionalidad, sean o no noveles, siempre que los originales presentados al concurso estén escritos en lengua española.
- 2.ª Las obras deberán ser originales e inéditas, siendo el tema libre.
- 3.ª La duración de las obras presentadas será la habitual en representaciones normales, quedando a elección del autor la división de actos, cuadros y escenas.
- 4.ª Cada autor puede presentar cuantas obras tenga por conveniente.
- 5.ª Los originales deberán ser presentados por duplicado; mecanografiados a dos espacios y por una sola cara; firmados y con mención del nombre, dos apellidos y dirección del autor.
- 6.ª Las obras deberán enviarse al Departamento Audiovisual del Instituto de Cultura Hispánica (Ciudad Universitaria. Madrid-3), mencionando en el sobre «Para el Premio de Teatro Tirso de Molina».
- 7.ª El plazo de admisión de originales se abre con la publicación de estas Bases, y termina el día 15 de septiembre de 1960.
- 8.ª El Premio de Teatro «Tirso de Molina» está dotado con la cantidad de CUARENTA MIL PESETAS.
- 9.ª El Premio de Teatro «Tirso de Molina» no podrá ser declarado desierto.
- 10.ª El Jurado calificador será nombrado por el Excmo. Sr. Director del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, institución que lo otorga.
- 11.ª El Jurado seleccionará, mediante lectura, las cuatro mejores obras presentadas, que pasarán con la categoría de finalistas a la fase decisiva del certamen.
- 12.ª Las cuatro obras calificadas como finalistas serán representadas en Madrid, en público, y el Jurado Calificador emitirá después el fallo.
- 13.ª La decisión del Jurado se hará pública antes del día 1 de enero de 1961.
- 14.ª Por el hecho de presentación de originales se entiende que los concursantes aceptan la totalidad de estas Bases y el fallo del Jurado.
- 1.ª El Instituto de Cultura Hispánica se reserva el derecho de publicar en su revista *Mundo Hispánico* las obras calificadas como finalistas.
- 16.ª El autor de la obra premiada se compromete a citar el Premio otorgado en todas las ediciones, representaciones y citas que de la obra se hicieren.
- 17.ª El plazo para retirar los originales no premiadados caduca a los noventa días de la publicación del fallo del Jurado.

Madrid, 1 de febrero de 1960.

El Secretario General del Instituto
de Cultura Hispánica,
CARLOS ESTEVEZ MONTAGUT

V.º B.º:
El Director,
BLAS PIÑAR LOPEZ

NOTA.—Para toda clase de información, dirigirse a:
I PREMIO DE TEATRO «TIRSO DE MOLINA», Departamento Audiovisual, Instituto de Cultura Hispánica, Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria, Madrid-3 (España).



En Madrid...

CAFETERIAS California



Modernos Establecimientos dotados
de aire acondicionado

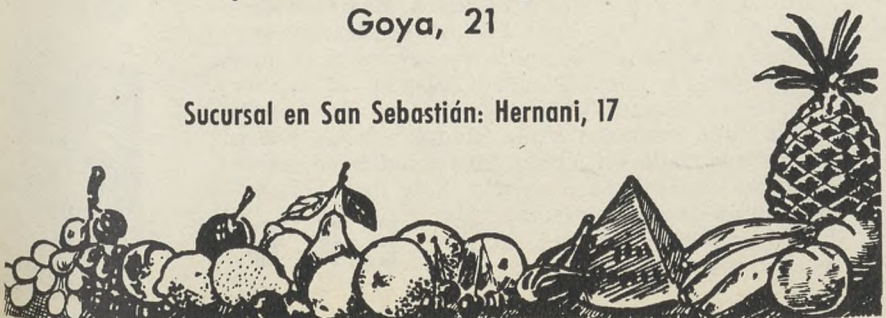
**¡Preferidos por nuestros
amigos de América!**

Para sus desayunos, aperitivos, almuerzos,
meriendas, refrescos, cenas, etc.

Abiertos desde las ocho a. m. hasta medianoche

Salud, 21
Plaza del Callao, 7
Avenida de José Antonio, 49
Marqués de Valdeiglesias, 6
Goya, 21

Sucursal en San Sebastián: Hernani, 17



S U M A R I O

MUNDO HISPÁNICO

Director: JOAQUIN CAMPILLO

NUMERO 144 - MARZO 1960 - AÑO XIII

Depósito legal. M. 1034-1958



	Págs.
Guadalajara, mar de Castilla, por J. G. S.	10-15
Drama y gloria del Furadouro, por F. Riveiro	16-19

	Págs.
El santo y su ciudad, por T. Bledsoe	21-23
Una guerra romántica, por J. Díaz de Villegas	24-30



	Págs.
EN PAGINAS DE TIPOGRAFIA:	
Los trabajos y los días	4
Mensaje para la otra orilla, por Enrique Ruiz García	5
El español en el norte de Europa, por Boris Osés	31
Los gallos de dos mundos, por José Tudela	32
Los premios March	34



	Págs.
Nuevo México, país de ensueño, por B. Piñar	38
La reina de las sacris- tías de España, por Fray A. Alvarez ...	40
Valencia; la industria de la seda, por C. Payá	42-45
De gusano a maripo- sa en 65 días, por J. C.	46
Modas, por Helia Es- cuder	48-49



Y ADEMAS, EN ESTE NUMERO:

Heráldica. — «La ventana abierta». — Poemas de Manuel Alcántara y de Manuel Conde. — «Luiso», de Sánchez Silva y Luis de Diego. — Cuentos de Colorado. — «El "Murciélago"», cuento de José Fernández Santos. — Y las secciones habituales: Exposiciones, Libros, Pasatiempos, Humor, etc.

PORTADA: Belleza colombiana (Fotocolor Masats).

CONTRAPORTADA: «Padre Andrés Salmerón», cuadro de Zurbarán. Sacristía de Guadalupe.

Fotografías de Masats, Europa Press, Riveiro, B. P., Hauser y Menet, A. Alvarez, Gimena, López y Archivo «M. H.».

Colaboración artística de Molina Sánchez, Manzano, Daniel del Solar, Shandy, Carpe y Gómez Perales.





Leyland Ibérica
S.A.

Distribuidores de la

**EMPRESA NACIONAL
DE AUTOCAMIONES, S. A.**

Fabricantes del camión español.

PEGASO

**AMPLIA GAMA DE MODELOS PARA EL
TRANSPORTE DE MERCANCÍAS Y PASAJEROS**

ENTREGAS DEL MODELO

Z-207 de 120 CV.

**EN BREVE PLAZO Y POR
RIGUROSO ORDEN DE PEDIDO**

*Solicite información sobre sus
características técnicas
y Condiciones Generales
de Venta.*

OFICINAS CENTRALES:

P.º MARQUES DE MONISTROL, 7

Tel. 47 44 00 (5 líneas)

MADRID

La ventana abierta

*Arte, vida y mensaje
de Tepotzotlán*

ESTOS tres niños—de sangre, apellidos y ascendencia astur-montañesa—han nacido en México, en la alta meseta, a la vera de lagos secos en cuyos canales—es fama—diera Alvarado un salto histórico a caballo, que Bernal Díaz—ver para creer—no se atreviera a decir si fué tanto, demasiado o sueño.

Estos tres niños han ido un día de excursión a la iglesia de San Francisco Javier de Tepotzotlán. Está no más allá de 42 kilómetros de la ciudad de México, y se llega por caminos secos, horizonte desnudo y a través de la tierra que fuera habitación y morada de los indios chichimecas.

Los niños—Luis, María del Pilar y María Isabel—se han sentado en las escaleras que dan acceso a esa intacta maravilla del barroco colonial hispano-indio. Los niños tienen a sus espaldas, pero no lejos de los ojos, un templo mágico cuya arquitectura está asaltada, como el fuego, por la ancha palpitación de una edad: la de los soldados y frailes que vivieran y trabajaran, allí, con los chichimecas.

Porque la iglesia de Tepotzotlán fué uno de los mayores centros culturales de su tiempo. Allí se enseñó castellano y latín, letras y matemáticas, ciencia y teología. El corro indígena de Tepotzotlán se hizo grande y fué destinado a educar, como un colegio mayor, a los hijos de los caciques autóctonos, mientras los hombres, día tras día, levantaban los muros a Dios.

Cuando los jesuitas, que eran los encargados de esta misión, recibieron orden de abandonar México, el cacique indio de Tepotzotlán—bautizado con el bello nombre de Martín Martín Maldonado—se reunió con los aborígenes para impedir su marcha. Tanto hicieron que algunos se quedaron. Los indios les dieron sus casas y huertas, les regalaron sus propiedades, para que echasen raíces en tierra fresca y profunda y no buscaran otros horizontes. Entonces, todos juntos, edificaron ese seminario donde se aprendía, al tiempo, el castellano, el mexicano, el otomí y el mazahua. Músicos y artistas salieron de sus aulas. Dicen también que el seminario de Tepotzotlán estuvo siempre bajo la advocación de San Martín. Y Martín se llamaba aquel cacique indio del siglo XVI que cerró el paso a los religiosos para decirles: «Compartamos la tierra, vivamos juntos.»

Estos tres niños, hijos de padres españoles, saben que todo eso está detrás de ellos y que, a poco que vuelvan la cabeza, tendrán que cerrar los ojos para evitar el ancho resplandor de la fachada. Pero esos tres niños tendrán que inventar, incluidos los de los nuevos caciques y aquellos otros nacidos en la ancha meseta popular de los ejidos, un idioma de nuestro tiempo que nos articule a todos—con palabras de hoy y sin perder conciencia de lo que somos—en la obra inmediata e irreversible de esta hora.

Estos tres niños, sentados en las escaleras de la Historia, representan no el criollismo, sino al mexicano o el iberoamericano moderno. No se puede decir «Voy a hacer dinero a México.» Hay que decir: «Voy a colaborar en su desarrollo.» Es decir, vamos a incorporarnos, global y permanentemente, a una identidad superior al «aquí» o al «allá», cuando es necesario, como en Tepotzotlán, que sepamos vivir juntos (como hacen países que nada en común tienen entre sí, salvo intereses sucios), para salir a flote de la inmensa prueba de nuestros días. Aislados, pereceremos ante la inmensa maquinaria del día de hoy.

E. R. G.



Guadalajara

mar de Castilla



A agricultura española ha debido luchar permanentemente contra dos enemigos tradicionales: las mínimas higrométricas y los fenómenos de erosión.

Para comprender el primero basta observar someramente el mapa del relieve ibérico. Las grandes cordilleras, paralelas a la costa, impiden la penetración en el interior de las nubes, que se ven obligadas a dejar su benéfica carga en el litoral. Dentro de este recinto natural queda cercada una gran meseta de unos setecientos metros de altitud, en la que, como consecuencia, no existen más cultivos naturales que los cereales, la vid y el olivo. En medio de centenares de kilómetros de resacas tierras, manchas

aisladas de verdor anuncian, a modo de oasis, la presencia vivificante del agua.

Así, pues, sólo la captación de aguas subterráneas y, sobre todo, la creación de embalses cada vez más considerables, puede ir afrontando progresivamente este problema.

La política de nuevos regadíos a través de los procedimientos antes apuntados ha sido muy intensa en los últimos años. Más de 450.000 hectáreas de secano son ya hoy de regadío. Muchos ríos han sido regulados, y actualmente se trabaja con toda intensidad en la perforación del suelo por medio de trenes de sondeo del Instituto Nacional de Colonización.

El paisaje cambia. Por obra del hombre, las rústicas norias de la Mancha van dejando paso a los motores y los pozos artesanos.

El contraste de estos dos trozos de tierra española sintetiza todo el hondo y fecundo significado que tiene la acción colonizadora y la construcción de pantanos emprendidas por el Estado español.



COLOQUIO SOBRE ZONAS ARIDAS CON LA UNESCO

El coloquio sobre zonas áridas recientemente celebrado en Madrid entre España y la Unesco puede ser de una importancia capital para nuestro país. Padeciendo la Península multitud de climas, con predominio de zonas áridas o semiáridas, debe sacar provechosas enseñanzas de este esfuerzo conjunto de la Humanidad por aportar nuevas superficies cultivables al planeta.

Es en esta línea en la que España había proyectado sus planes de regadíos en Badajoz, Jaén, Almería, los Monegros, Cáceres, etc., planes que están consiguiendo y conseguirán la transformación hidrológica de estas regiones por medio del riego artificial.

Pero existen en nuestra Península grandes zonas áridas en diecinueve provincias. Estas superficies ocupan la parte sur de Castilla la Vieja, una gran parte de Castilla la Nueva y Aragón, todo el litoral mediterráneo y Andalucía sudoriental.

Como se comprenderá, a la vista de los datos apuntados, la creación de regadíos no puede extenderse indefinidamente. Llegará un momento en que todas las zonas factibles de ser trans-



Los campos de España pronto tendrán una fisonomía distinta, gracias a los regadíos, y hasta los pueblos cambiarán también su parda y tosca faz.

formadas habrán recibido el beneficio del agua, retenida en los pantanos y conducida a través de canales. Seguirán entonces existiendo zonas que sufrirán las consecuencias de su desfavorable clima natural. Para ellas no habrá otra solución que el cultivo de plantas forrajeras e industriales cuyo comportamiento sea idóneo en esta clase de suelos.

LA LUCHA CONTRA LA EROSION

El problema de la erosión no es tanto de origen natural como el resultado de una política agraria equivocada, cuyas desastrosas consecuencias hemos heredado.

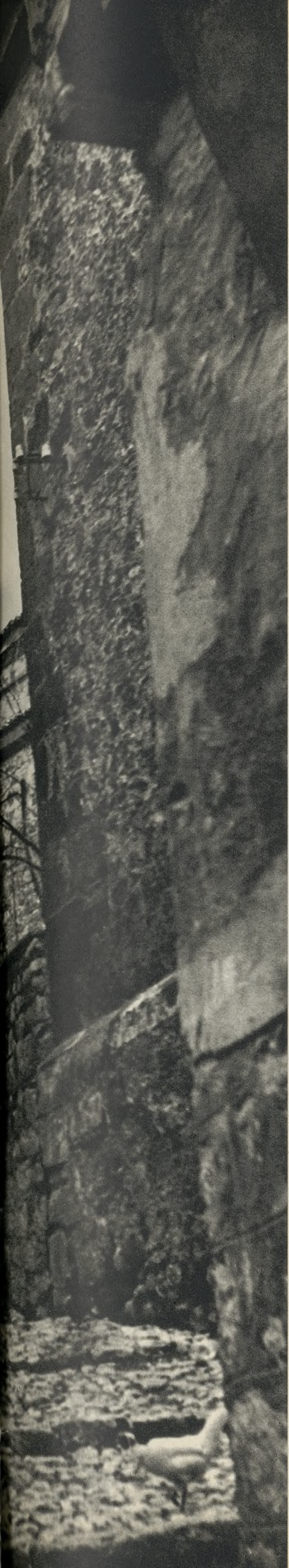
Los montes pelados por la erosión, las grandes torrenteras y la falta absoluta de humedad ambiental son la triste secuela de siglos de abandono.

La famosa ardilla del historiador romano Plinio, que en tiempos del Imperio podía ir de los Pirineos a Gibraltar sin tocar el suelo, hoy difícilmente salvaría el valle del Roncal.

Grandes extensiones de bosques fueron taladas, principalmente el pasado siglo, y sobre aquellas tierras, temporalmente férciles, se asentó una población campesina, cuyo odio al árbol fué su característica más importante. Pero a las cosechas óptimas siguió rápidamente la desaparición de las capas ricas del suelo y una terrible erosión.

La lucha contra esta amenaza ha sido particularmente intensa. Mientras el Servicio de Repoblación Forestal del Ministerio de

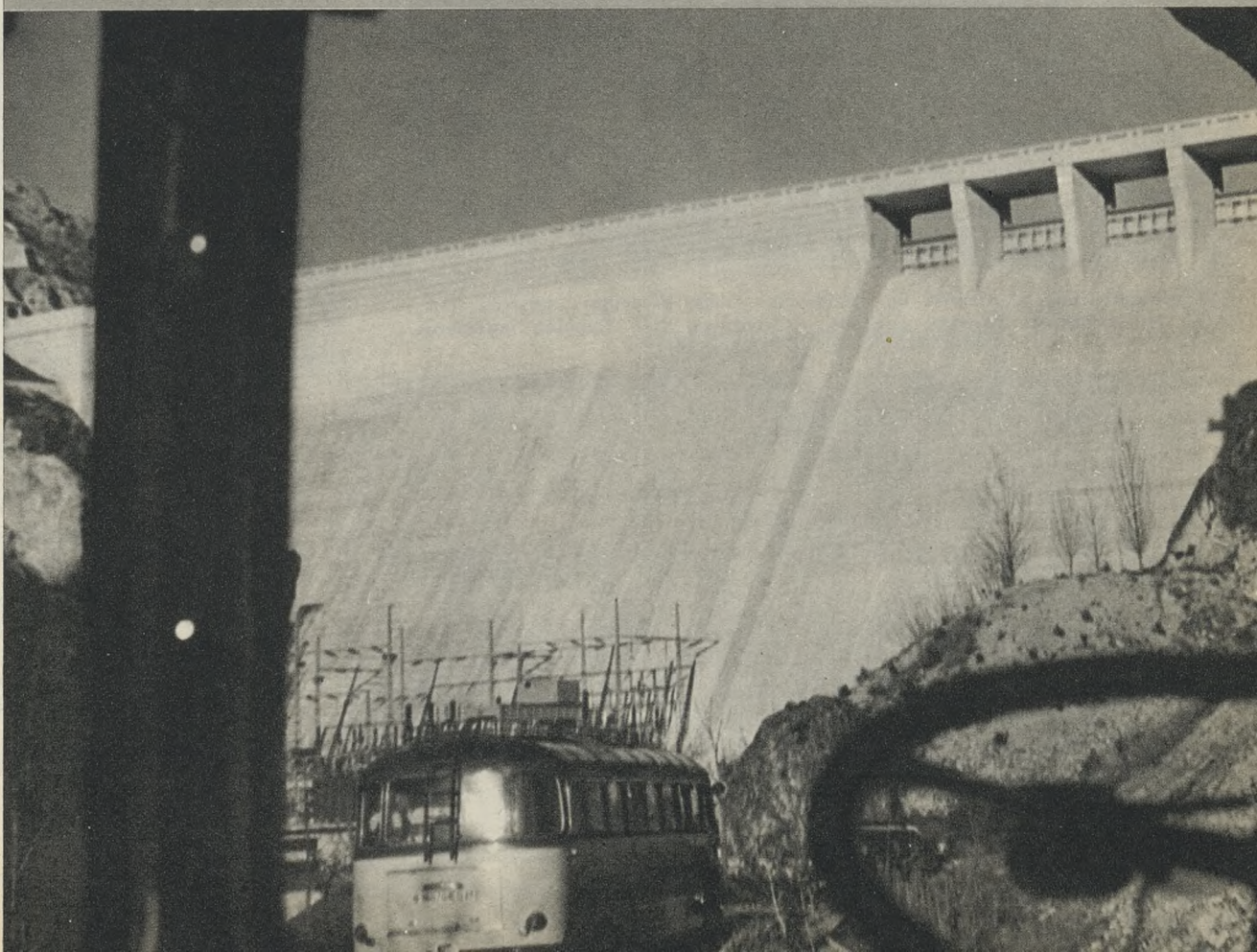




El embalse de este soberbio pantano tiene una capacidad para 775 millones de metros cúbicos de agua.

El sistema Entrepeñas-Buendía permite acumular 2.500 millones de metros cúbicos de agua en el centro de España, a una cota superior a 700 metros de altitud

La inmensa mole de los pantanos de Entrepeñas y Buendía es una gigantesca obra de ingeniería.





La ruta de los pantanos de Guadalajara tiene también el aliciente de la visita a la Colegiata y al palacio de los Mendoza enclavados en Pastrana.



El itinerario por la Alcarria ha atraído ya a muy diversos e ilustres viajeros. No solamente turistas, curiosos o escritores, sino también ingenieros.



Agricultura ha plantado árboles en un millón ciento cincuenta mil hectáreas de terrenos, el Servicio de Protección de Suelos ha trazado y ejecutado importantes obras agrícolas en el mismo sentido.

La repoblación ha evitado el arrastre de tierras por las lluvias torrenciales y ha dado lugar a la creación de una riqueza maderera que ha empezado a rendir sus frutos. Jaén, Granada, Almería y Zaragoza son actualmente las provincias españolas donde más intensamente se trabaja en la conservación de los suelos.

LOS LAGOS DE CASTILLA

La geografía de la meseta ha cambiado sensiblemente en las últimas décadas. A vista de pájaro o de pasajero de avión, el mapa físico de España cuenta con una serie de manchas azules, líquidas, que no figuraban hace unos años en los mapas escolares, y valen la pena hoy de ser mencionadas.



Rodeando a Madrid, en una especie de semicírculo, por el norte, el este y el oeste, se ha ido formando en poco tiempo un cinturón de lagos artificiales, algunos de los cuales cuentan entre los más importantes de Europa, los veinte lagos de Madrid, que en un radio de cien kilómetros le abastecen de agua potable, energía eléctrica, playa, pesca y paisaje.

La silenciosa epopeya de la inteligencia y el trabajo de los ingenieros españoles se cifra aquí en veinte embalses, tres mil millones de metros cúbicos de agua y un espejo líquido de más de quince mil hectáreas.

LA RUTA DE LOS PANTANOS

Un nuevo aliciente en el calendario turístico español, que ofrece ya recorridos de una gran belleza e interés, es la «ruta de los pantanos», recientemente inaugurada. En esta ocasión se han

unido los monumentos y reliquias del pasado glorioso con las estructuras férreas y elegantes de los pantanos más grandes de Europa: Entrepeñas y Buendía, que son el futuro esperanzador.

Por estos caminos—camino de tierra desnuda con sed de agua y de árboles—fueron y volvieron muchas veces los carmelitas. Su presencia y la de Santa Teresa—caminante revolucionaria—llenan toda la historia de Pastrana y sus contornos.

Pastrana es un pueblo que no trata de disimularlo. Sus calles son empinadas y retorcidas, empinadas con cantos desiguales. Es la casa solariega de los Mendoza y el panteón que guarda sus restos, entre ellos los de personajes tan conocidos como el marqués de Santillana, la princesa de Eboli y el gran arzobispo don Pedro González de Mendoza.

La Colegiata es historia en la piedra y los tapices, historia en lana y lino y sedas. El cemento es futuro. Por eso, después de pasar el castillo de Anguix, se entra en un paraje donde el panorama cambia totalmente. La carretera se retuerce y de improviso, entre paredes cortadas a pico, surge la enorme mole de En-



trepeñas, con su presa, que forma un inmenso lago de 775 millones de metros cúbicos de agua. A su lado está el embalse de Buendía, que completa los 2.300 millones de metros cúbicos que encierra esta cuenca.

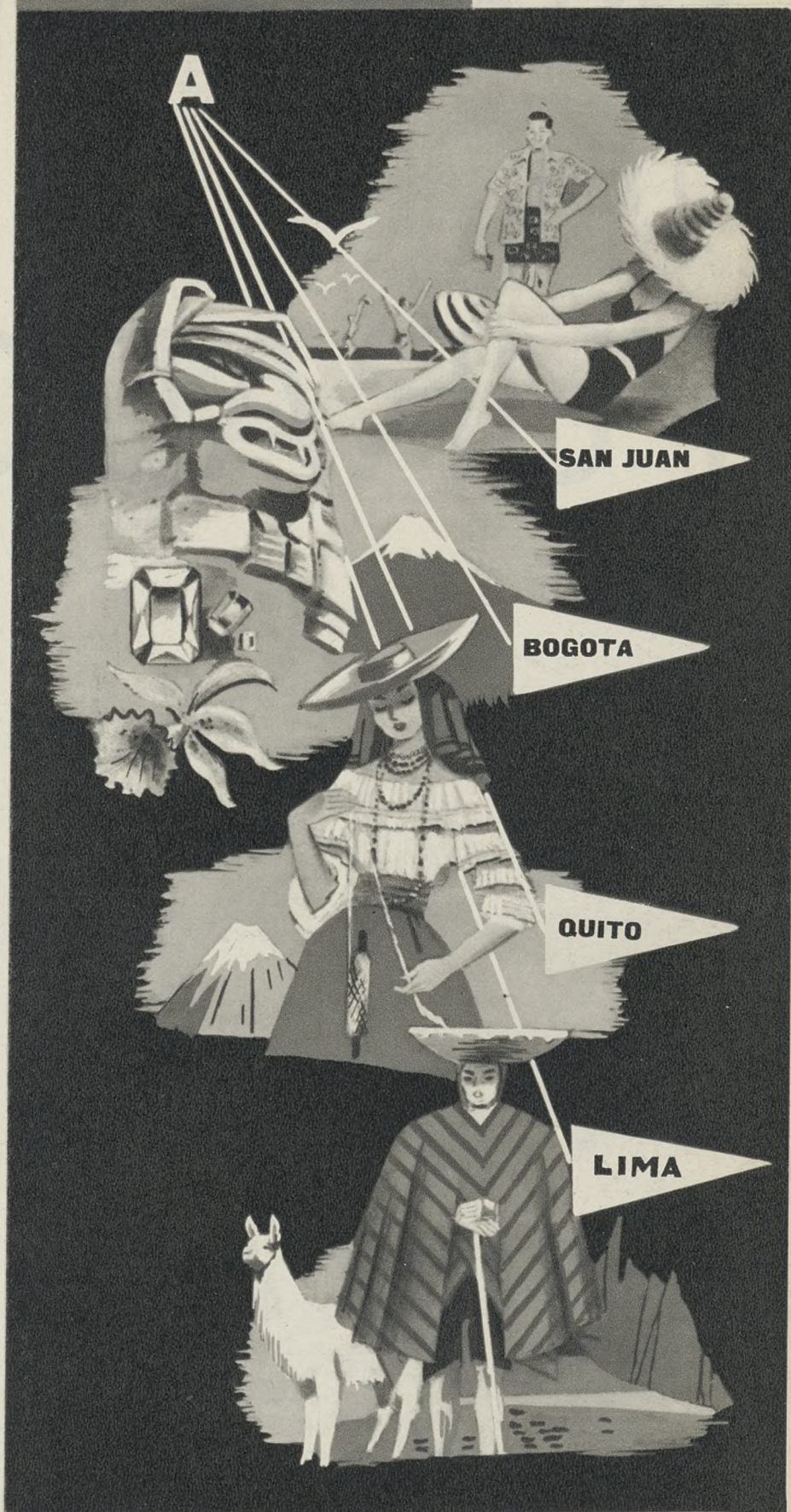
La presa de Entrepeñas, que retiene las aguas del Tajo en medida muy superior a la aportación del Guadiela, que alimenta la presa de Buendía, está comunicada con el vaso de Buendía por un túnel de ocho metros de diámetro y cuatro kilómetros de longitud, que permite trasvasar el sobrante de Entrepeñas.

La ruta de los pantanos, la de la Alcarria, promete convertirse en itinerario obligado de propios y extraños. El proyecto turístico creará en este inmenso lago artificial un centro de deportes acuáticos, en un paisaje impresionante, y la repoblación forestal de los montes circundantes hará de este lugar uno de los más bellos de España.

J. G. S.

AVIANCA

**VUELA
DIRECTAMENTE**



AVIANCA

AEROLÍNEAS NACIONALES DE COLOMBIA



Consulte a su Agencia de Viajes
o a nuestros Agentes Generales

PAN AMERICAN WORLD AIRWAYS

Madrid: Edificio España, Pl. España - Tel. 41-42-00
Barcelona: Mallorca 250 - Tel. 37-00-03

DRAMA Y GLORIA DEL FURADOURO



Veinte hombres contra el mar con una sola voluntad, con un solo deseo: arrancar la buena moneda de la pesca al oscuro valle del mar.

Texto y fotografías: FERNANDO RIBEIRO

—¿Cómo va la vida por aquí?

Antonio, el viejo pescador, nos mira sorprendido; extiende un brazo a lo lejos y nos dice simplemente:

—La vida es el mar.

Todo queda resumido en esta frase. El periodista, que ha llegado hasta aquí para conocer algunos aspectos del paisaje y del trabajo de los pescadores del Furadouro, ha caminado cincuenta kilómetros de costa portuguesa, desde Oporto hacia el sur. Ahora se deja envolver por el viento y la opaca luz de esta tarde de invierno. Las gentes trabajan en silencio. El mar es bravo, y el noroeste, implacable. La estéril arena, movida por el viento, corre de duna en duna, como una arena rechazada; criatura maldecida, como el judío errante. Algunos marinos contemplan, solemnes y tristes, aquella gran soledad.

Un día, muy remoto ya, un grupo de marineros se unió para construir en aquella región unas cabañas. Fueron, desde entonces, el albergue para el descanso del incesante trabajo de la pesca; el puerto, para recomenzar cada



Las mujeres del Furadouro, viejas y jóvenes, ayudan, tras la persignación, en el trabajo. Conocen bien el peligro y la tarea, el rezo y la soledad.



El trabajo comunitario da, al final, su fruto, pero queda aún mucho por hacer: la limpieza y la salazón.

La característica embarcación de estos pescadores es traída a tierra a impulso de sus propios brazos.



Un paraje singular de la costa portuguesa, donde los hombres aúnan sus esfuerzos y la estéril arena recoge el regalo multiplicado y maravilloso del mar.

DRAMA Y GLORIA DEL FURADOURO

vez la aventura de adentrarse en el mar en busca de la fabulosa pesca, que proporciona alegría, bienestar y riqueza. Este fué el origen del Furadouro.

En 1600, ese puñado de hombres era ya multitud, y, en grupos de más de doscientos, trabajaban unas dos mil personas. Pero vinieron los días negros de desesperación: días de pesca abundante y de consumo escaso. El pescado acumulado en tierra no podía ser vendido ni devuelto al mar, y el consumo del poblado no alcanzaba a agotar las grandes canastas. El pescado se descomponía, marcando con reflejos cobrizos y con un denso hedor aquella zona de la costa. Era como una diabólica multiplicación de la cosecha marina.

En 1776 llegó la fortuna, la revolución, el milagro. João Pedro Myoule—junto con algunos catalanes—fué a establecerse a Furadouro; traía de su país el secreto para preparar y conservar la sardina.

El pueblo creció; cada uno se construyó su casa según sus necesidades. Las casas las hicieron bajas, para resguardarlas de las furias de los vientos, y lo más cerca del mar que les fué posible, dado su género de vida. Aquellos pescadores sintieron también el deseo de tener próxima la imagen del Santo Protector. La iglesia se hallaba demasiado lejos; los hombres pasaban días enteros en el mar, en el que vivían muchas horas de peligro. Así, en 1789, fueron ya en procesión hacia una humilde y pobre capilla que construyeron cerca de la playa, consagrada al Señor de la Piedad y a la Señora del Livramento.

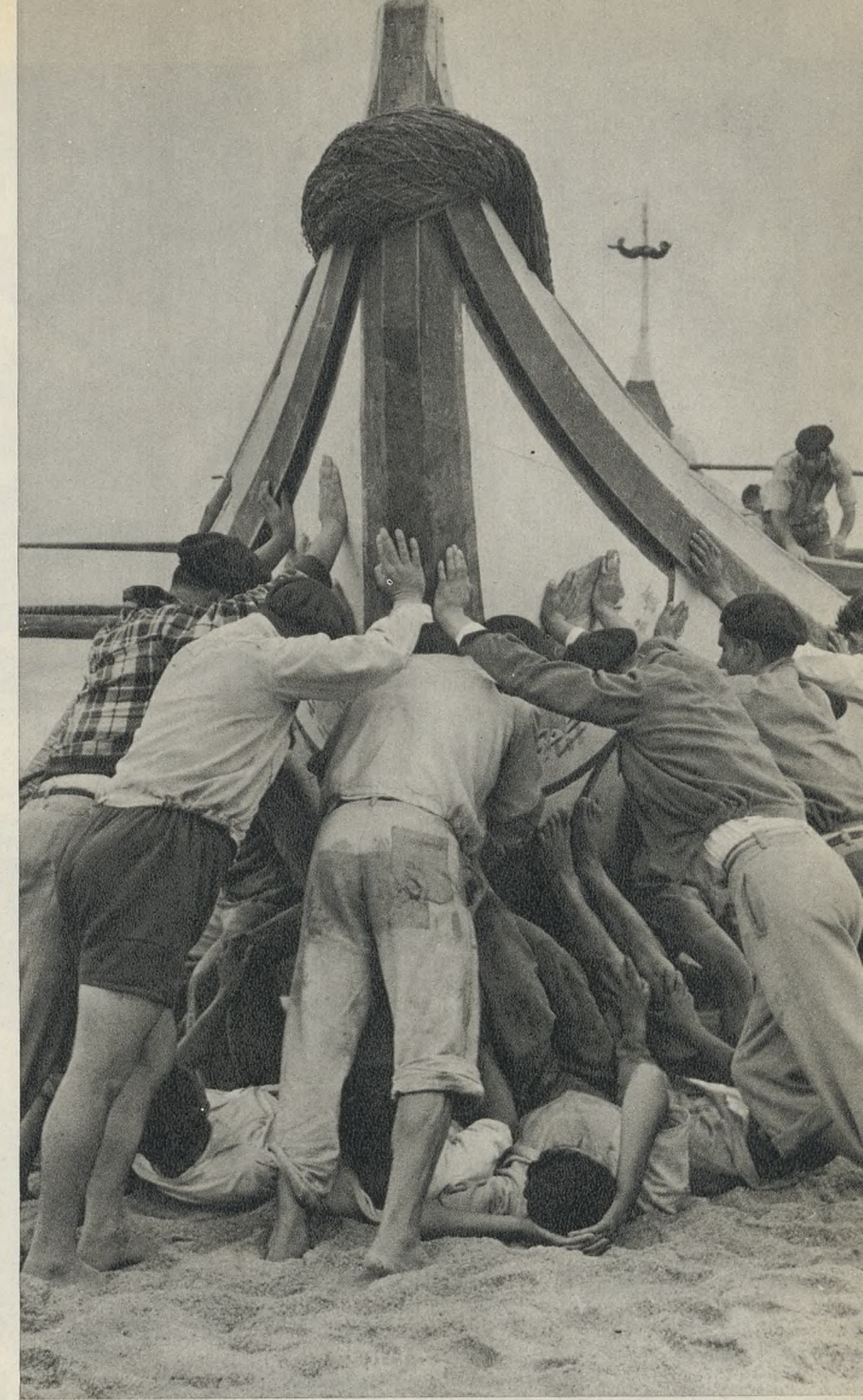
La costa es de una gran belleza, y la plasticidad de los cuadros de sus trabajadores es su más pintoresco atractivo. El instante de trabajo febril en que la pesca es arrastrada por diez yuntas de buéyes, constituye un espectáculo único. Todos están tensos, en el anhelo de amontonar la plateada riqueza recién arrancada del mar. Los torsos, desnudos, brillan.

La vieja estampa se repite cada día, como en años anteriores y siglos atrás. Los hombres salen todos los días hacia el mar; las mujeres rezan a su Santa Patrona por la suerte de los pescadores. El mar, furioso, puede arrebatarnos, sepultarnos en el profundo valle submarino. La gente del Furadouro ama y teme al mar y a su rugido.

Todavía queremos hacer algunas preguntas; pero Antonio, el viejo pescador, no responde, ni siquiera escucha. Hace la señal de la cruz y se une al silencio circundante con una oración.

El Furadouro, al fin, es esto: trabajo, oración y paciencia. Fe, acción y recuerdo; trilogía del alma portuguesa, drama y gloria del Furadouro.

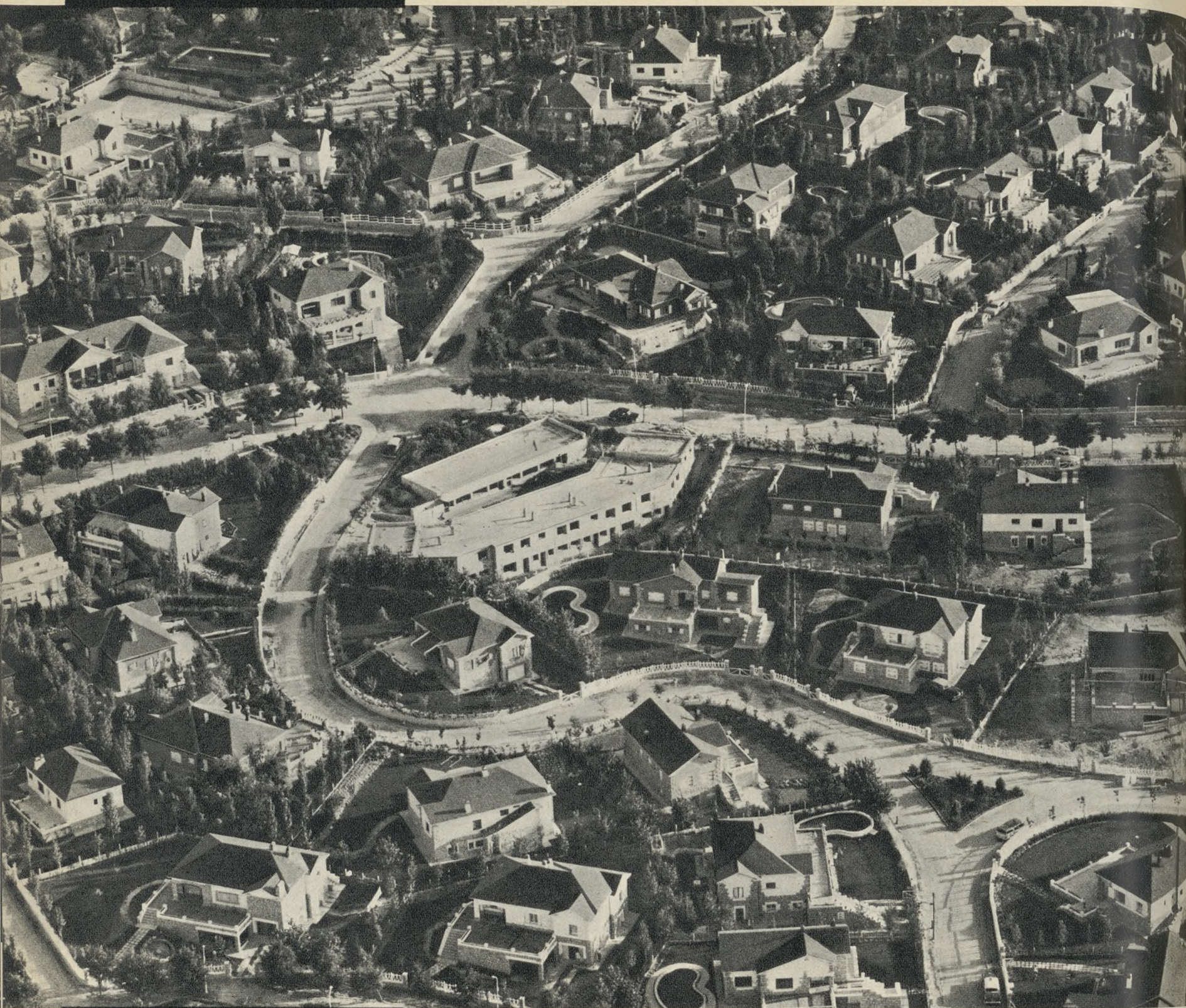
F. R.



Los hombres, apiñados, componen bellas formas rimadas con la popa de la nave.

El corte y preparación del pescado corre a cargo de las mujeres del poblado.





Presidente-Director:

JUAN BANUS MASDEUS

Vicepresidente:

JUAN MIARNAU CIURANA

INFORMACION:

MADRID:

Santa Clara, 4. Teléf. 47 49 02

BARCELONA:

C. Valencia, 230. Teléf. 28 00 31

Y en la propia ciudad satélite:
permanente, incluso festivos

MIRASIERRA CIUDAD SATELITE

Inmobiliaria JUBANSA

HOTELES BONIFICABLES DE TODOS LOS TIPOS

Desde cinco habitaciones, con calefacción y garaje, para vivir todo el año. Urbanización completa, con agua de Lozoya, luz y alcantarillado. AUTOBUS HASTA LA PROPIA CIUDAD. Desembolso inicial: 25 por 100 de su valor, resto, en pagos aplazados. SOLIDA INVERSION, MAGNIFICA RENTA Y REVALORIZACION PROGRESIVA. Sea libre y único propietario de su casa y jardín.

Viva en la ciudad con las ventajas del campo.

EN CARACAS: Inmobiliaria Ibero-Venezolana, Real Sábana Grande, Edificio Atlántico, Local B - Apartado de Correos: Sábana Grande 10029 - Teléfono 71 72 44 y 71 03 04 (Ext. 909)

LA MAS BELLA ZONA RESIDENCIAL DE MADRID

EL SANTO Y SU CIUDAD

Por THOMAS BLEDSOE



Imagen de San Pedro Claver en la villa de Verdú, patria chica del santo.

En la lepra, como en la santidad, existen grados. Y así, hay leprosos de apariencia tan terrible que, aun en el infierno del mal, forman un círculo de proscritos, aislados de los restantes apestados tanto como éstos lo están de los hombres sanos.

Pero a esas regiones oscuras y de los muertos vivos, donde ninguno de sus compañeros se atrevía a seguirle, Pedro Claver se iba solo.

Luego, de su alforja sacaba vendajes limpios y ungüentos, con los cuales curaba las yagas «con tanta complacencia—así lo hace notar uno de sus antiguos biógrafos—como si hubieran sido flores delicadas».

Pedro Claver, el santo alegre, amante de las fiestas de los santos y de nuestra Señora, no perdía ocasión de regocijo en la que poder compartir algo bueno con quien de ello carecía.

Su silueta era conocida en el mercado de la plaza de la Hierba, dentro de las murallas de Cartagena de Indias.

En una mano tenía una canasta grande, y en la otra, su tradicional bastón terminado en una cruz. La canasta se llenaba de regalos para los enfermos, a quienes Claver hacía menos infelices por un rato.

Y así, el rostro del santo se iluminaba con un fuego interior, que vio brillar el arcediano de la catedral de Francisco Rivera, cada vez que se celebraba una fiesta más, con amor, con regalos, con canciones y buena mesa, en su comunidad de San Lázaro. Comunidad de leprosos y santos.

Los paisajes que conmovieron a San Pedro Claver en Cartagena no están registrados en su gran mayoría, aunque la gran crónica de su apostolado entre los esclavos nos indica que tanto éstos como lo que él vió de ellos se incrustaron profundamente en su ser. Algunos de los escenarios que encontró Claver en los primeros días de su arribo al gran puerto del Caribe nos son familiares por haberse conservado hasta nuestros días.

Las eternas realidades de la naturaleza—el mar, la bahía, las colinas—estaban allí como ahora. La incesante música del mar Caribe se escuchaba entonces, y aún se escucha, en los barrios próximos al mar. Las profundas aguas de la misma bahía todavía brindan seguro refugio a las naves ancladas.

Y allá, dominando el panorama por millas a la redonda, se alza la Popa de la Galera, en cuya cima se levanta el legendario convento y el santuario de la virgen de la Candelaria.

Cuando Claver salía acompañado de algún cicerone de la residencia de los jesuitas a pasear por las calles de la ciudad de las murallas, sentía, como cualquier otro advenedizo, el inolvidable impacto del color de sus días y de sus múltiples aspectos.

Mucho de lo visto por el santo pudo ser igual a lo de España; pero ¡qué de cosas diferentes!

Indios con sus multicolores vestidos de algodón; plumas en sus largos y brillantes cabellos; ornamentos de oro y piedras preciosas; negros, en su mayoría harapientos o casi enteramente desnudos. Eran tan variados los contrastes en las escenas callejeras, que Pedro Claver no pudo menos que sentirse sorprendido.

La conversación resultaba familiar y simultáneamente extraña. Las lenguas africanas e indígenas resultaban en extrañas mezclas con el español.

En la plaza de la Aduana y el cercano Surgidero, donde anclaban los galeones y los barcos negros, se toparon sus ojos con todo el bullicio y los negocios del gran puerto del Caribe; sus oídos fueron asaltados por la parla poliglota de la marinería, confundida con los gemidos de terror y dolor de los africanos. Al recorrer las a trechos rectas y en otros zigzagüeantes calles, en compañía del padre Alonso de Sandoval, quien entrenaba a Claver en la técnica sociológica de su gran apostolado entre los esclavos, se iba enterando de cuanto había sucedido en esas calles y en las casas que se alineaban a lo largo de ellas.

Los esclavos comprados por los cartageneros—cuando no eran revendidos—eran enviados a trabajar en las granjas de los amos, no lejos de las murallas de la ciudad. Era frecuente que se los destinara a labores domésticas en el casco de la población o en los almacenes de sus propietarios. Las relaciones estrechas que se desarrollaron como resultado de los quehaceres domésticos dieron como fruto un tratamiento más considerado para quienes los desempeñaban. Sin embargo, ocurrían algunos casos de violencia cuando los castigos eran excesivos o el amo abusaba carnalmente de alguna mujer negra.

Los malos tratos por parte de los propietarios de esclavos fueron el origen de rebeliones frecuentes o de fugas en masa, como ocurrió con la de Palenque.

La bahía de las Animas en Cartagena de Indias, cuyas plazas guardan todavía el recuerdo del santo.



LA CIUDAD-FORTALEZA

San Pedro Claver debió de comprender muy pronto que Cartagena era, ante todo, un puesto militar del Imperio español, construido para guardar las arcas del tesoro de las Indias. Iglesias, conventos, edificios administrativos de sus majestades, elegantes casas de habitación, de ladrillo y piedra, extraída de las canteras de la isla de Tierra Bomba, adornaban por doquier la urbe.

Los buques que salían de Cartagena con destino a la Península o al África, o viceversa, en combinación con el comercio interior—realizado por la vía del no muy distante río Magdalena, la vital arteria fluvial de la Nueva Grana-



Cúpula de la iglesia de San Pedro Claver, memoria en piedra para la posteridad.

da—, inundaron con una oleada de oro la ciudad, que por esa razón vino a ser conocida como «la sede comercial de medio continente».

Al otro lado de la fachada de piedra labrada de la Aduana, que recordaba al santo la arquitectura sevillana, quedaban el mercado y las carnicerías y otras tiendas. Y, allí también, los muelles, donde se alineaban en altos montones las mercancías de las naves ancladas en la bahía. Cuando atracaba la Armada, los tenderos instalaban puestos especiales para lograr buenas ganancias de los tripulantes. Todos esos preparativos y movimientos hacían de la plaza un sitio de gran bullicio en la dorada época de los galeones.

Esta prosperidad, coadyuvada por la inmigración desde España y la isla de Santo Domingo, a más de la guarnición permanente y el crecido número de artesanos enviados de la Península, contribuyó al rápido crecimiento de la población. Muy pronto, el emplazamiento original de la ciudad se extendió a la isla de Getsemaní. Y Claver se enteró de que más allá del puente de la Media Luna existían grupos de familias blancas, esclavos negros e indios, dispersos en las granjas, laborando en los tejares o en núcleos de pescadores a lo largo de la costa.

Dentro de las murallas, el conjunto de las edificaciones creaba la impresión general de una mezcla del morisco hispano con el renacimiento herreriano y el barroco. Aun las casas de habitación—fueran de una o varias plantas, altas o bajas—habían adquirido ya un tipo tan inconfundible que hacía pensar en un estilo propio. Sus más notables características eran las de la elegancia, con sus balcones voladizos (que les prestaban el sello distintivo de las islas Canarias) y los blancos miradores, en las altas, que obligaban a pensar de inmediato en los minaretes. La construcción era funcional. Nada superfluo había en ellas. En épocas de asaltos, sus macizas estructuras servían para fines defensivos.

Las noticias de los tesoros recogidos por Heredia después de la fundación de Cartagena, en el sitio ocupado antes por la aldea indígena de Calamar—al pie de las aguas de la bella bahía, a la que el famoso navegante y cartógrafo Juan de la Costa dió su nombre—, llegaron a la isla de Santo Domingo y, posteriormente, a España.

Pero las noticias de las riquezas acumuladas en la ciudad descrita como «uno de los puertos mejores del mundo», llegaron con la misma presteza a oídos de los bucaneros que asolaban las Antillas. Varios ataques de los corsarios franceses agostaron la ciudad y despojaron a los habitantes de mucho oro, plata y otras especies; pero el mayor desastre fué el del famoso y temidísimo corsario inglés sir Francis Drake, quien, con una fuerza de

tres mil hombres y en veintitrés naves—quizá la más vasta y mejor equipada flota que haya sentado sus reales en el Caribe—, tomó la ciudad por asalto y cobró un enorme rescate.

Tan costosa y destructiva expedición, que dejó como saldo padecimientos sin cuento, quebrantos y pérdidas de vidas, tuvo una faceta constructiva, pues obligó al rey a tomar las medidas necesarias para agilizar las obras de defensa indispensables para el mejor estar de los habitantes y su protección contra futuros ataques.

Como los ojos de los bucaneros estaban fijos en ella, también lo estuvieron desde entonces los de Felipe II, desde su retiro de El Escorial, y los de sus ingenieros militares, que nunca se apartaron del puerto que había alcanzado la categoría de uno de los tres grandes centros comerciales de Hispanoamérica.

LAS MURALLAS

Una angosta muralla, cuya construcción se proseguía en zig-zag con dirección norte (desde un punto cercano al sitio que hoy ocupa el Hospital Naval), servía de defensa contra cualquier atacante que desembarcara desde alta mar. Y desde el sitio de donde partía esta larga línea, arrancaba otra en dirección opuesta, para encerrar la plaza de la Aduana. El suburbio de Getsemaní añadido a la ciudad se había asegurado con la construcción del revellín y el puente de la Media Luna, así llamado por su forma. Los bastiones de esta parte de las fortificaciones se prolongaban hasta Chambacú.

El castillo de San Felipe de Barajas, estupendo ejemplo de la arquitectura militar hispana y atracción para la imaginación de todos aquellos que visitan Cartagena, fué empezado tres años después de la muerte de San Pedro Claver.

LAS CASAS DE DIOS

No eran únicamente los ojos de los reyes, de sus ingenieros y de los corsarios ingleses y franceses los que estaban posados sobre la piedra rutilante de la corona del Imperio español en América. También se habían detenido sobre ella los de los religiosos y religiosas que, sin abandonar a España, elevaban sus preces por el éxito de la labor misionera que se desarrollaba en su territorio, cuando no incitaban a otros a ejercerlo.

En lo que toca a los santos que vinieron a América, Claver sólo estaba recorriendo literalmente los peldaños por otros recorridos. Por esas mismas calles había caminado Toribio de Mogrovejo, el famoso arzobispo de Lima, y en el primer convento dominicano vivió el gran Luis Beltrán.

De las iglesias que luego visitaría allí Claver, se destacaba la imponente catedral, al pie de cuyo bello y alto altar de madera dorada, con retablos de estilo renacentista español, se arrodillaba a orar.

(En este altar, restaurado por el arzobispo José Ignacio López en 1954, año del tricentenario de su muerte, cuando la catedral fué distinguida con el título de Basílica Menor por la Santa Sede, Claver recibió su ordenación sacerdotal, en 1616. La misma fábrica de herreriano renacentismo en la fachada, concluida dos años después del arribo del santo a la ciudad, se puede admirar en nuestros días, aunque fué considerablemente remozada durante el largo episcopado de monseñor Pedro Adán Brioschi.)

En otras ocasiones, las caminatas de Claver lo conducían a la humilde iglesia de Santa Teresa, donde con el correr de los días se convirtió en una figura familiar y en confesor favorito de las monjas que vivían bajo las reglas de la santa de Ávila.

Mientras transitaba por los amplios claustros del muy bien construido convento de San Agustín, Claver ni se imaginaba que, trescientos años después de su muerte, miles de jóvenes descendientes de sus contemporáneos animarían, como estudiantes de la universidad de Cartagena, las aulas del modernizado edificio. No lejos de San Agustín y a escasos pasos de las murallas, entre el murmullo incesante de la sinfonía marina, se levantaba el convento de Santa Clara, una amplia estructura (hoy ocupada por el hospital de Caridad) que también estaba dotada de imponentes claustros.

Días después, en el hospital de San Sebastián, administrado por los hermanos de San Juan de Dios, Claver tardaba poco en ser una figura conocida por sus solicitudes de experto enfermero para el alivio y cura de buen número de dolientes.

A veces, el camino seguido por el santo y sus compañeros conducía a la iglesia y convento de Santo Domingo. ¡El Santo Domingo de leyendas maravillosas!

Era allí donde Claver se hincaba a orar ante el Cristo de la Expiración, un gran crucifijo tallado en madera y de milagroso origen, según la tradición que en seguida se relata.

Un peregrino pidió posada en el convento y se identificó como tallista. Los monjes, entonces, le contaron que necesitaban precisamente un Cristo de la Expiración. Ante esta revelación, el peregrino ofreció tallarles uno, y, para el efecto, se encerró solo en uno de los cuartos; al tercer día de encierro, los monjes forzaron la puerta de entrada al cuarto y encontraron el crucifijo, pero no al escultor, que desapareció misteriosamente. Por esta razón los monjes dominicos sostuvieron que el tallista era un ángel enviado para labrarles el crucifijo que estaban necesitando.

Cualquier mañana, Claver y su guía debieron de cruzar la puerta de las murallas y atravesar el puente hacia la isla de Getsemaní, así bautizada por uno de sus propietarios, que la comparó, por su lejanía de la ciudad, con el monte de los Olivos y Jerusalén.

Sobre la isla quedaba el gran convento de San Francisco, punto final de su excursión. Con el caer de los días, la misma ruta llegó a serle muy familiar a Claver, pues llevaba a la calle de la Media Luna, donde estaba edificada la casa de doña Isabel de Urbina, quien luego se convertiría en su fiel amiga de muchos años. Por el mismo derrotero se llegaba al lugar donde, con ayuda del santo, se edificó el hospital de San Lázaro. En éste, haciendo las veces de enfermero, amigo, compañero y cura de los leprosos, iba a vivir uno de los más grandes y gloriosos aspectos de su apostolado.

Cuando Claver entraba a la iglesia de los franciscanos, debía de sentirse perfectamente de acuerdo con todos los que le describieron, junto con sus claustros, como de las mejores y más bellas de Cartagena.

Al penetrar al convento, el religioso se encontró en un amplio patio que daba entrada a espaciosos cuartos y celdas; pero lo más impresionante de todo eran sus majestuosos claustros.

En los siglos siguientes el convento fué usado en una serie de menesteres profanos y, lo mismo que la iglesia, estuvo en peligro de precipitarse a la ruina total. Empero, en 1949, después de que la semiderruida armazón fué



La exultante alegría y el perfil humano característicos de los colombianos se conservan en este conjunto Taganga de la generosa tierra de Cartagena de Indias.

declarada monumento nacional, el Gobierno central cedió la propiedad al Círculo de Obreros de San Pedro Claver.

Tan pronto finalizaron las más urgentes reparaciones, el Círculo dió comienzo a sus actividades. Y poco más tarde, al año siguiente, las hermanas de San Vicente de Paúl, también conocidas como Hijas de la Caridad, entraron a participar en sus trabajos.

Las actividades del Círculo de Obreros, organizado y dirigido espiritualmente por los jesuitas, es una versión—siglo xx—del modelo que, para la redención social, forjara el santo hace tres centurias.

En el inmenso y hermoso patio, rodeado por majestuosos claustros, las

altas palmas baten sus hojas a la caricia del viento y la lluvia, o permanecen serenas y enhiestas cuando el aire se sosiega; las palomas hacen sus nidos sin temor, y los prados y las flores tropicales crecen lujurosamente, formando mosaicos de vivísimos colores. Allí se destaca una estatua de mármol blanco, de tamaño casi natural, del santo Claver. En el pedestal está grabada la frase y el nombre que él prefirió para sí: «Esclavo de los esclavos para siempre.» La figura de mármol blanco y su leyenda son el símbolo externo visible de la cotidiana presencia de Claver en el convento, donde se continúa, en pleno siglo xx, y en su nombre, la obra de redención social que empezó durante su apostolado. (Traducción de Carlos Arturo Truque.)



TRABAJO REALIZADO
MINIATURES
PORTRAITS IN OIL
PASTEL
CRAYON
FROM ANY PHOTO

Miniatura sobre marfil
de 53 x 78 mm.

ORIGINAL



LINKER

PRINCIPE, 4 MADRID
TELEFONO 31 35 13

De sus fotos viejas de familia, así como de las actuales, le podemos hacer estas artísticas miniaturas.

Hacemos notar a nuestros clientes que el actual cambio de moneda los beneficia considerablemente, dado que esta casa no ha elevado sus antiguos precios.

Linker

**CONSULTENOS PRECIOS Y CONDICIONES
PREVIO ENVIO DE ORIGINALES**

TRABAJO REALIZADO



Miniatura sobre marfil
de 53 x 78 mm.

RETRATOS AL OLEO
ID. AL PASTEL
ID. A LA ACUARELA
MINIATURAS
SOBRE MARFIL
MINIATURAS
CLASE ESPECIAL
DIBUJOS DE CUALQUIER
FOTOGRAFIA

ORIGINAL



En la sala de nuestro Museo del Ejército, precediendo al relicario heroico de la Guerra de la Independencia, el recuerdo glorioso de la de África. En el centro, en primer término, el busto del general Ros de Olano, y detrás, el del duque de Tetuán. En la vitrina de la derecha, las banderas tomadas al enemigo por el soldado Juan Antonio Pérez y por el cabo Mur, y en la de la izquierda, más banderas arrebatadas al adversario. Un rincón del Museo en el que se evocan los heroísmos de aquella guerra romántica.



UNA GUERRA ROMÁNTICA

Centenario
de la
campana
de Africa
de 1860

"No vamos a Africa
animados de espíritu
de conquista...,
vamos a lavar
nuestra honra"

Los intérpretes de la gran epopeya de aquella Guerra que se llamó, por antonomasia, de Africa, erraron todos a una en la exégesis. Todos sin excepción—historiadores, políticos, militares y literatos—han hecho girar sus comentarios y su glosa en torno de ese denominador común que convino que aquella lucha épica fué «una guerra grande y una paz chica». En realidad, sólo la perspectiva del tiempo permite ahora enjuiciar debidamente semejante acontecimiento. La guerra es siempre un fenómeno no sólo militar, ni siquiera político. Es también, en efecto, un hecho social de inmensa trascendencia. Germina y se desarrolla en un ambiente, en una época y en una sociedad—la que sea—que, naturalmente, lo impregna todo. Del mismo modo que al enjuiciar los tratadistas militares una guerra analizan los armamentos, la táctica y las circunstancias del momento, es preciso enjuiciar, con mayor proyección, para situar el acontecimiento bélico a la vez que el lugar y el tiempo, el ambiente social, cultural e ideológico, en fin, del instante. Y si esto siempre es preciso, no podría dejar de serlo en nuestra Guerra de Africa. Bastaría situar, en toda su amplitud, ésta para comprenderlo todo fácilmente.

Si, en lo material, el siglo XIX fué la conquista de las nuevas fuentes de energía: la industrialización, el desarrollo de los nuevos medios de transporte—el ferrocarril, el vapor, las transmisiones—, etcétera, en otro orden de cosas fué, sobre todo, el romanticismo, el gran acontecimiento literario, cultural, plasmado en las letras, en el lienzo y hasta en las normas habituales de acción de la época. El movimiento nos llegó también y arraigó aquí con firmeza indudable. Significa el romanticismo la reacción ante el clasicismo galo; algo así como la revolución, también, llevada al campo de las letras. La libertad artística contra la disciplina académica. El auge del idealismo, de la fantasía, en lucha incluso con la realidad estricta. Larra dice del romanticismo que es la «libertad en la literatura, como en las artes, como en la industria... He aquí—concluye—la divisa de la época». El romanticismo lo invade todo. Le cultivan los políticos; incluso desde la izquierda, liberales y progresistas, hasta la derecha, moderados y conservadores. Los pinceles de Esquivel, en un cuadro famoso, retrataron una reunión de literatos españoles de la época: Nicasio Gallego, Gil y Zárate, Bretón de los Herreros, Ros de Olano, Burgos, Mar-



Grabado de la época en el que se representa la conferencia celebrada el 25 de marzo de 1860.

tínez de la Rosa, Zorrilla, Quintana y Espronceda. ¡Y, como éstos, tantos más! Coétaneos del proceso histórico—poco más o menos—que enjuiciamos, cabría citar también a García Gutiérrez, Hartzenbusch, López de Ayala, Tamayo, Concepción Arenal, y políticos como Cánovas, Castelar, Pi y Margall, Martos, Salmerón, Aparisi y Guijarro... He aquí el marco de la época. Su propio ambiente, diríamos aún mejor. El ambiente, concretamente, en que debía desarrollarse, en la segunda mitad del siglo XIX, la gran epopeya africana de España. Un extremo que no cabe olvidar. Porque lo explica todo. La Guerra de Africa fué, en efecto, así: una guerra romántica, cantada por nuestros poetas—Cerviño, Arnáu, Barón de Adilla, Aparisi y Guijarro, Romeo, etc.—; relatada de cerca por la cálida pluma de Alarcón, y pintada por los pinceles de un Fortuny, embriagados de un colorismo orientalista.

Sin embargo, la época fué agitada. Revuelta como pocas. Un caos, en fin, de desastres políticos y financieros; de crisis económicas, repleto de incultura y azares. Llena de luchas exteriores e intestinas. Turbulenta como ninguna otra. Fecunda en golpes políticos. En medio siglo—anota uno de nuestros más ilustres tratadistas militares, Villamartín— «Una horrible guerra de cinco años; dos civiles, una de tres y otra de siete; tres guerras coloniales; una lenta revolución de cincuenta años—y ello, acotamos nosotros, debía ser lo peor—, manifestada por sacudidas periódicas frecuentes».

En 1843, Isabel II fué declarada mayor de edad. Los efímeros gobiernos progresistas son reemplazados por «el largo» de Narváez, que hace una buena labor. Hay que acotar, sin embargo, revueltas en Galicia; incremento del bandolerismo, que la naciente Guardia Civil terminaría, al fin, por dominar; las sublevaciones de Sevilla y de Buceta en Madrid; insurrección en Cuba; diversos movimientos revolucionarios en la Península; expedición a Italia, para apoyar al Papa; intervención en Portugal, con motivo de la agitación miguelista. Al fin, Narváez es sustituido por Bravo Murillo. Su majestad la reina se ha casado, entre tanto, con su primo el infante Francisco. En 1854 es la sublevación de O'Donnell, en Vicálvaro. Manifiesto de Manzanares, que redactó Cánovas. Entre los vicalvaristas—los doce hombres de cora-

UNA GUERRA ROMANTICA

zón—estaban también los generales Serrano, Echagüe y Ros de Olano. Gobierno de Espartero, sustituido dos años después por el propio O'Donnell. Y llegamos así a 1856. Acotemos, en el interregno, una expedición a Cochinchina; y, en fin, tres años más tarde surgirá—ahora justamente hace cien—la gloriosa Guerra de Africa.

Los propósitos

En aquella guerra todo debería ser romántico. Incluso, naturalmente, su iniciación. ¡Como que de su planteamiento debería—es razonable—derivar todo luego!

Ceuta, que había quedado para España con ocasión de acabar la Unión Ibérica, por libérrima decisión propia—una auténtica *autodeterminación*, como se dice ahora—, tenía, a la sazón, delimitado su confín entre nuestra nación y Marruecos, que databa de 1845. Los llamados *Moros del Rey* garantizaban la seguridad del contorno fronterizo y de la *Zona Neutral* anexa. Sin embargo, en la noche del 10 de agosto de 1859, los moros vecinos se mostraron violentos; hicieron fuego contra nuestras guardias e incluso derribaron los sillares-hitos, que tenían grabado el escudo de España. La injuria irritó en la Península, tanto más cuando que a las reclamaciones españolas los marroquíes respondieron, días después, con una formal agresión a nuestra plaza, en la que intervinieron de 500 a 600 hombres armados. El Gobierno de Madrid pidió, en consecuencia, reparación: seguridad contra estas violencias y la reparación debida de los daños. Pero sus peticiones, ciertamente terminantes, quedaron sin atender. Al fin, resultó lo inevitable. España ardía en pasión. Y la guerra estalló exactamente el 17 de octubre de 1859.

Para que todo fuera romántico en la empresa que se planteaba así, allá del Estrecho, he aquí lo que O'Donnell, jefe del Gobierno, manifestó, espontáneo, en las Cortes el 22 del mes citado: «No vamos a Africa animados de espíritu de conquista...; vamos a lavar nuestra honra, a exigir garantías para el futuro; vamos, en una palabra, a pedir, con las armas en la mano, satisfacción de los agravios sufridos por nuestro pabellón.» Y, por si fuera poco, Esteban Collantes, a la sazón nuestro ministro de Estado, repetía a las potencias extranjeras: «Al llevar las armas a Africa, el Gobierno no cede a un deseo preexistente de engrandecimiento territorial; sus operaciones militares tendrán por objeto el castigo de la agresión...» He aquí, pues, una revelación quizá sin precedentes. Un propósito llevado luego estrictamente a la práctica. España renunciaba de antemano, de la manera más contundente y solemne, a toda conquista, a toda ventaja, a todo premio de un triunfo que estaba decidida a lograr. ¿Fué o no nuestra Guerra de Africa una guerra romántica desde el principio al fin? Porque, en efecto, tras de los éxitos sucesivos y reiterados—de veintitantas acciones, combates y batallas sin la menor desventura—, España cumplió lo ofrecido: nada quiso ni exigió. Vengada la afrenta, sus soldados heroicos, que se atrajeran la admiración del mundo, volvieron a sus lares sin más. La Guerra de Africa tenía tan sólo un objetivo plenamente romántico. Y, logrado, ¿para qué pedir más?

El Ejército

La guerra electrizó a los españoles. Isabel II quiere «que se vendan todas sus joyas, si es necesario para el logro de tan santa empresa; que se disponga, sin reparo, de su patrimonio». Un gesto a «lo gran reina», como en los días que precedieron a los descubrimientos colombinos, cuando el viaje de las tres carabelas. El compositor Castro improvisó un himno, que se haría en seguida popular, cuyo primer verso decía así: «Guerra, guerra al audaz africano.» Los historiadores acotaron una novedad singular en nuestra política interna. La profusión y la revuelta de los partidos cesó. Ya no hubo, dicen, más que un partido único. Se llamó España. «Desde 1808—dice un ilustre comentarista—no se había visto en España tan grandioso concurso de voluntades, tan perfecta unanimidad de deseos y aspiraciones de sus hijos.» El entusiasmo, en efecto, fué general. Se ofrecieron voluntarios. El país latió sólo al impulso de un corazón que sentía Africa. O'Donnell dejó el Gobierno, para tomar el mando del ejército. Es el general hombre de media edad.



Un grabado de la época nos muestra cuatro tipos de la Guerra de Africa. De izquierda a derecha y de arriba abajo: soldado de Cazadores de Baza, soldado de Cazadores de Madrid, húsar de la Princesa y voluntario catalán.



Acaba de cumplir cincuenta años. Ha escalado su alto rango, en la milicia, repleto de prestigio. Ganó el ducado de Lucena al levantar el asedio de esta plaza. Luchó en el Norte. «Sus soldados le admiran», testimonia Alarcón. Y Espartero lo distingue con preferencia.

* * *

Comienza la movilización. Por cierto que, parcialmente, se hace utilizando los primeros ferrocarriles de nuestra red. Las tropas comienzan a concentrarse. Sin embargo, los tiempos imponen un ritmo que hoy asombraría por lento. Primeramente se refuerza—es natural—la plaza ceutí con una división, que luego se convertiría en el primer cuerpo de ejército, que mandará Echagüe, que pasa el Estrecho, desde Algeciras, donde previamente ha reunido su gran unidad. Sucesivamente, en la zona Cádiz-Jerez-Chiclana El Puerto, se concentra el segundo cuerpo de ejército, a las órdenes del general Zabala; y, en torno de Málaga, el tercero, que mandará Ros de Olano. (Por cierto, el general que inventará un cubrecabezas, durante mucho tiempo clásico en nuestro ejército, al que dió su nombre: el *ros*.)

Don Juan Prim fué encargado de mandar la división de reserva (que, entre paréntesis, no actuó como tal jamás—¡el ardor del general no hubiera resistido, en modo alguno, semejante relativa pasividad!—), que se concentró primeramente en Antequera. Fué nombrado jefe de Estado Mayor el general García y Miguel. Con las fuerzas marcharía también una división de caballería, a las órdenes del general Alcalá Galiano. La escuadra—compuesta de un navío, tres fragatas, dos corbetas, cuatro goletas, diez vapores y diez transportes—se puso a las órdenes del almirante Herrera. Para prevenir cualquier contingencia, en la Península se prepararon cinco cuerpos de ejército. En total, el ejército español expedicionario a Africa reunió, inicialmente, 45.000 hombres, 1.600 caballos y unos 135 cañones. Este ejército se reforzaría incluso después. Disponía de armas rayadas—entonces una gran novedad—; y, por cierto—el detalle es curioso—, de una *batería de cohetes*, de cuya actuación no encontramos posteriores noticias. Pero quede aquí la referencia. El ejército español de la Guerra de Africa fué el primero en el mundo que dispuso de cohetes. Hispanos han sido, pues, los primeros *misiles*. A la postre, nuestra técnica militar se ha adelantado con frecuencia a las ajenas. Tal ocurrió, como es bien sabido, con los submarinos, con la aviación, el motorismo, ciertos medios de fortificación, los combates de noche, los barcos acorazados, el destructor, etc.

(Sigue.) ➔



PRESENCIA DEL AGUA

Sé que es inútil conciliar azogue
y viento, tierra o principales lluvias.

Insisten las praderas mientras pasa,
oscuro flotador, las manos juntas
asiendo yerba y soplos convocados,
camino de sus lámparas difusas.

Sé que es inútil intentar su suerte,
averiguar la sombra que sepulta.

Sonoros precipicios, roncós tumbos
le sacuden, le arrasan las preguntas.
Entre las dos orillas asombradas,
hierros arrastra, lima piedras duras,
hacia finales deltas que le esperan
acuciando sus aguas absolutas.

Es inútil quererlo: no podría.
El hombre, nunca.

No valen las razones. Ni siquiera
—oscuro flotador—las manos juntas.

Se empañan los deseos. Sigue el prado.
Hay que vivir hasta las fechas últimas.

Entre las dos orillas asombradas
pasa y se queda y pasa sin preguntas,
ignorando los puentes y las sombras,
camino de sus lámparas difusas.

Sé que es inútil intentar su suerte,
tentar su suerte, amar la muerte suya,
rápido río, turbio entre los campos
claros de Asturias.

MANUEL ALCANTARA

(Del libro inédito *Plaza Mayor*.)



UNA GUERRA ROMANTICA

El adversario

Marruecos, por entonces nuestro enemigo ocasional—pero tradicional país amigo—, vivía también días agitados. La historia interna del Mogreb del siglo XIX fué, del mismo modo que la nuestra, una sucesión de altibajos. La guerra de Argelia, con la incidencia de Abd el-Kader, provocó la de Francia y Marruecos, que culminó de hecho en la batalla de Isly, con la victoria del mariscal Bugeaud, el ilustre militar francés que confesara haber aprendido a hacer la guerra en Africa, con su experiencia de la de España, en los días de la invasión napoleónica a la Península. En 1844, al fin, fué la paz entre aquellas potencias. Un año más tarde, el tratado de La Marnia trazaba los límites entre Argelia y Marruecos.

En este último país menudeaban los disturbios más graves por entonces. Muley Sliman, que reinó entre 1792 y 1822, sufrió las presiones europeas, naturalmente, para poner fin a la esclavitud de los cristianos. Muley Abd er Rahman, que reinó luego, luchó con Francia, como hemos visto, y se debatió para sostener su autoridad en el interior. Murió este sultán justamente el año que estallara la guerra española. Es, en consecuencia, Sidi Mohamed quien deberá cargar con semejante grave responsabilidad. Desde finales del siglo XVIII, los sultanes alauitas se enfrentaron con una serie de revueltas, y, sin recursos, les resultaba muy difícil equipar al ejército. Mandaba éste, en los días de la Guerra de Africa, el príncipe Muley el-Abbas, que une a su prestigio una natural y bien reconocida caballería. El ejército marroquí había sido reorganizado tras de la derrota de Isly y se constituye inicialmente con 25.000 infantes y unos 10.000 jinetes, excelentes éstos, aunque acostumbrados a luchar en orden disperso. La infantería, aunque sin armamento totalmente homogéneo, era muy aguerrida, conocedora naturalmente del país, y disponía de fusiles rayados de fabricación inglesa. En cambio, la artillería ni era numerosa, ni buena, ni su personal estaba convenientemente capacitado. Era esta arma notoriamente inferior a la nuestra, al revés, bien servida, con material procedente en general de nuestras fábricas más importantes, a la sazón las de Trubia y Sevilla.

Por entonces, el fusil rayado, en efecto, constituía el mejor armamento del infante. Alcanzaba unos cuatrocientos metros. La caballería, pese a la crisis de la campaña de Italia, coincidente con nuestra Guerra de Africa—en el tiempo—, jugaba por entonces un importante papel táctico. La artillería, por su parte, comenzaba a ganar una trascendental importancia en el combate. En realidad, su técnica databa de finales del siglo XVIII: el tiro no se reglaba; la artillería de la reserva raramente intervenía; no era móvil, y tiraba a bulto, lo que los franceses llamaban *tirer au juger*; esto es, con muy poca precisión. Las lecciones de Crimea, algunos años antes, habían sido tácticamente desgraciadas. Toda la técnica militar allí se redujo a dar primacía al material, a emplear en masa a los hombres, a renunciar a la maniobra. La importancia de las armas rayadas y de la infantería convirtieron de este modo las batallas de aquella contienda—desde la de Alma al sitio de Sebastopol—en horribles carnicerías. El fuego se mostraba eficazísimo. Pero la táctica del empleo de las tropas no evolucionaba acorde con aquella realidad palmaria. Iguales consecuencias deberían obtenerse de la guerra de Italia. ¡Carnicerías sangrientas, a su vez, de Magenta y Solferino! Horrores espantosos que deberían fructificar, provocando la creación de la Cruz Roja. Fracaso pleno del arte, convirtiendo la táctica en una rutina sin piedad. En

este orden de cosas, la guerra española en Africa sería diferente. Hubo maniobras estratégicas afortunadas, como el paso del Negrón. Y disposiciones tácticas sabias, como la adoptada por O'Donnell para librar la batalla cumbre de Tetuán.

La batalla de los Castillejos

La guerra comenzó en los mismos límites ceutís. La sostuvo, inicialmente, el primer cuerpo de ejército, que, tras garantizar el frente, comenzó a ampliar la zona defensiva, mientras llegaban, de la costa fronteriza, los otros dos cuerpos. No fueron ciertamente fáciles los primeros encuentros. El terreno favorecía la defensa de los moros. Faltaba espacio, en fin, y ello era peor para maniobrar. Ceuta, en efecto, se une al continente por un istmo muy estrecho. Los asaltos frontales, como hemos visto, resultaban difíciles y penosos. Durante largo tiempo la lucha se desarrolló, pues, en lo que llamaríamos antaño sierra Bullones—de *Bellunex*, el verdadero nombre de un *aduar* de la misma—, traduciendo tácticamente en acciones preparadas por la artillería, y resueltas a la postre, tras un activo fuego, en ataques frontales a la bayoneta, el arma predilecta de los tiempos. El general Echagüe mantuvo, con energía y acierto, los primeros choques en los días 22, 23 y 25 de noviembre, rechazando al enemigo y dando tiempo a la llegada del ejército entero. El primer cuerpo se empleó a fondo, logrando una señalada victoria el 28. Fueron entonces las jornadas gloriosas de Serrano, las Guardianas, etc. Diciembre, sin interrumpir los combates, permitió preparar el avance. Los ingenieros trabajaron de firme. Y, en medio de un entusiasmo general, O'Donnell dispuso pasar de la defensiva a la ofensiva. He aquí lo que sucedería, justamente al comenzar el año 1860, con la batalla de los Castillejos, a la salida de Ceuta y al iniciarse la marcha sobre Tetuán.

Castillejos se llama a unas ruinas de pequeñas fortificaciones, de ladrillo y mampostería, conservadas hasta la fecha, en el fondo del valle de Fenidak, junto a la costa. Los moros esperaban allí, sobre unas colinas dominantes. Salvo el cuerpo del general Echagüe, que permaneció asegurando la base de Ceuta, todo el ejército español se dispuso a la lucha. Durante ésta, Prim, impulsivo—temerario, diríamos mejor—, se lanzó demasiado adelante. Y si la *audacia* es una de las grandes virtudes de los grandes capitanes, la temeridad, al revés, constituye, en la guerra, un grave yerro; he aquí que los dos cuerpos de ejército, de Ros y de Zabala, debieron empeñarse porfiadamente en resolver la situación creada. Fué, sin embargo, el valeroso Prim el que, por sí mismo, rectificó la situación que había creado. El episodio es conocido. El general enarboló en alto, desde su caballo, la bandera del batallón del Regimiento de Córdoba, que en el confusionismo había retrocedido, dejando sus mochilas sobre el campo, y le arengó con estas frases: «¡Soldados, esas mochilas son vuestras y podéis abandonarlas; pero ésta es la bandera de la Patria! ¡Yo voy a meterla en medio del enemigo! ¿Permitiréis que el estandarte de España caiga en poder de los moros? ¿Dejaréis morir solo a vuestro general?» Y, dicho esto, Prim se lanzó hacia adelante, espoleando, nervioso, a su caballo. La reacción fué fulminante. Los

Los soldados españoles se han granjeado la admiración del mundo

batallones de Córdoba, el de Luchana, que le apoyara, la división entera... se lanzaron en un frenesí arrollador, bayoneta en alto, sobre los enemigos. Las bandas tocaban *ataque* frenéticamente. La música lanzaba ruidos mejor que notas. El espectáculo glorioso y cien veces heroico no duró mucho tiempo. Los moros abandonaron el campo, sorprendidos y arrollados. Tal fué la primera gran victoria de la campaña.

Tetuán y Uadrás

Desde Castillejos, el ejército de O'Donnell—salvo el primer cuerpo, que seguiría en Ceuta—se dispuso a continuar, por la costa, hacia el sur, camino de Tetuán. Sería esta una marcha difícil, de más de cincuenta kilómetros, apoyada en el mar por la escuadra de Herrera y flanqueándose el avance, del lado de la montaña, con muy fuertes destacamentos. El 6 de enero se rebasó el monte Negrón, que quedaba amenazante en el interior, utilizando

al efecto una lengua arenosa litoral. Pero el temporal impidió luego el suministro normal de las tropas. Los buques, pese a la decisión de sus comandantes, no podían acercarse a la costa. Alguno que lo intentó quedó embarrancado. Las tropas, imposibilitadas de aprovisionarse, quedaron en una situación singularmente crítica. Fueron los días del llamado «Campamento del hambre».

Amainado el temporal, el ejército siguió felizmente su avance triunfal, con la novedad de la sustitución del general Zabala por Prim, motivada ésta por la enfermedad del primero y la llegada de la Península de la división Ríos. El valle de Tetuán va a ser ahora escenario de una gran batalla. Arriba, sobre las estribaciones del Yebel Dersa—la sierra Bermeja de nuestros soldados—, el caserío blanco de la ciudad resultaba perfectamente visible. Los marroquíes cerraban el acceso. Muley el-Abbas había reforzado su ejército, que sumaba ahora cerca de 50.000 hombres, entre infantes y jinetes. O'Donnell quiere preservarse de los ataques de estos últimos. Al efecto, idea un frente abaluartado: la mitad de los batallones de ambos cuerpos de ejército despliegan en cuña—los batallones, en columna—, y detrás coloca el resto de éstos, la caballería y la división Ríos. Entre los dos cuerpos así dispuestos, la artillería y la masa principal de los jinetes. Un despliegue que alabarían luego los técnicos militares, el famoso Corsi entre ellos. Aquella masa armada tan geoméricamente dispuesta emprende, arma al brazo, su avance, hasta abordar, el segundo cuerpo de ejército—¡siempre Prim en cabeza!—, las fortificaciones enemigas, que el tercer cuerpo envuelve. La resistencia es vencida y el enemigo se retira derrotado y maltrecho. O'Donnell invita, para evitar daños mayores, a Tetuán para que se rinda, asegurando el respeto completo a la población, a su religión y sus costumbres y bienes. Justamente lo que se hará en seguida; pues dos días después el ejército español entró definitivamente en la plaza.

Tras de Tetuán, aún una gran y definitiva victoria sobre el camino mismo de Tánger. La victoria de Samsa abre a nuestros soldados el valle de Uadrás, que nuestra mala y vieja cartografía y los historiadores que descuidan la toponimia llaman Wad Ras—¡así, en inglés!—, cuando de árabe exclusivamente se trata, como es natural. En esta batalla, en donde intervienen, por cierto, los «Tercios Vascongados», que han llegado tras de los «Catalanes»—que iban con Prim—, se enfrentan casi 100.000 hombres, divididos sensiblemente por partes iguales entre los dos campos. La lucha fué muy empeñada. Pero la victoria fué también española. Tras de ella, la paz. Una paz generosa; mejor aún—como dijimos—, romántica. Levísimas rectificaciones de los límites ceutís; una indemnización de veinte millones de duros; reconocimiento de nuestros derechos en Santa Cruz de Mar Pequeña (Ifni); permanencia en Tetuán, como garantía de la indemnización citada—¡que no se cobró!—, a la que se puso fin rápidamente.

El epílogo

Tal fué el resultado de aquella epopeya. Eso sí, una epopeya que proporcionara inmenso prestigio a España y a sus soldados. El historiador Chautau dijo de éstos que se habían granjeado la admiración del mundo. Algo semejante añadió el *Times*. El general Yusuf, jefe del ejército francés en Argelia, felicitó con entusiasmo a O'Donnell por sus triunfos. «¿Paz chica?» ¿Pero acaso no había renunciado España de antemano a toda explotación de la victoria? ¿Acaso no fué nuestra Guerra de Africa la más cumplida coronación del período romántico español?

En Tetuán—eso sí—nuestro ejército dejó creados diversos servicios públicos; iniciada la urbanización; tendido el primer ferrocarril de tracción animal; establecido el telégrafo, levantado el plano; instalado el alumbrado público; redactadas unas *Ordenanzas Municipales*, y publicado el primer periódico que vió la luz en el país vecino, así como legitimada la misión católica de los PP. Franciscanos. Cuando España, al fin, se retiró de allí, todo esto quedó, desde luego, y con ello el recuerdo, entre los naturales, de nuestra hidalguía, de nuestra caballería y de nuestro afecto. Porque la guerra no es siempre un medio de exterminio. Con frecuencia es un elemento de fusión. Y esta vez debió serlo. ¿Acaso—insistimos—no fué aquélla, de la cruz a la raya, una guerra romántica?



GENERAL O'DONNELL

GENERAL DIAZ DE VILLEGAS

BORIS
OSES

NOTAS
DE
VIAJE
DE UN
CHILENO

El idioma español en el norte de Europa

TODAS las ciudades neerlandesas de importancia tienen centros y asociaciones hispanistas, entidades que se reúnen anualmente en las denominadas Jornadas Hispánicas, con el fin de escuchar conferencias en castellano, presenciar recitales y tomar acuerdos en común.

Las principales universidades del país disponen de cátedras de español. Pero las tres más antiguas e importantes—Leiden, Utrecht y Amsterdam—poseen organizaciones destinadas a la extensión del idioma y de la cultura hispano-luso-americana. El Instituto de Estudios Hispánicos, Portugueses e Iberoamericanos de Utrecht, por ejemplo, que preside S. A. R. el príncipe de los Países Bajos (S. A. habla correctamente el español) y dirige el eminente hispanista profesor doctor Van Dam, personalidad muy conocida en la Península e Hispanoamérica, realiza una valiosa labor en este sentido. El Instituto cuenta con la colaboración de las representaciones diplomáticas de los países de habla española y portuguesa ante la corte de La Haya. Los estudiantes de español de la misma universidad han organizado un club, con el simbólico nombre de «Molino de Viento».

En la bellísima e importante Amsterdam dirige la Asociación España-América Española el distinguido hispanista profesor doctor Van Praag, y la integra un numeroso y selecto grupo de personalidades de los diversos círculos de la ciudad. A la activa y simpática Asociación Hispánica de Rotterdam—uno de los primeros puertos de Europa—pertenecen cerca de cuarenta damas y caballeros.

EN DINAMARCA.—El Instituto Iberoamericano de Copenhague pertenece a la Escuela de Altos Estudios Mercantiles de la Universidad. Con motivo de celebrar el Instituto, precisamente en los días de nuestra visita, la Semana de Chile, hablamos sobre el folklore del país sudamericano, en las aulas de la antigua universidad, ante una nutrida concurrencia. Más tarde pudimos comprobar personalmente la eficiencia de la enseñanza del idioma en clases a que nos invitaron los gentiles profesores de Copenhague. Como todos los escandinavos, poseen los daneses una extraordinaria disposición para aprender nuestro idioma. «Dinamarca—nos informaba el distinguido subdirector del Instituto, señor Halvor Söborg—“exporta” un crecido número de chicas corresponsales de español a los Estados Unidos.»

LOS HISPANISTAS SUECOS.—Suecia es, incuestionablemente, una de las más importantes naciones de Europa. El país ha desarrollado enormemente su potencial industrial y su comercio, y posee, como consecuencia, un elevado nivel de vida. El equilibrio de sus clásicas instituciones democráticas, la riqueza nacional y, sobre todo, las virtudes del pueblo sueco, han colocado a esta nación en un lugar muy destacado en Occidente.

En torno a los grandes museos etnográficos (que figuran entre los primeros centros americanistas del mundo) e institutos iberoamericanos de Estocolmo y Göteborg (Gotemburgo, en nuestro idioma), desarrollan los suecos sus actividades hispanistas. En Gotemburgo, el puerto más importante de Escandinavia, observamos casi a diario la entrada de un barco sueco, de regreso de Hispanoamérica, enarbolando el pabellón del país de procedencia.

Bajo la inteligente dirección del doctor Nils Hedberg, el Instituto de Gotemburgo ha publicado una serie de monografías en español y portugués de alto valor científico. En Estocolmo, el eminente historiador doctor Magnus Mörner, catedrático de Historia Iberoamericana de la Universidad y director del Instituto, despliega una labor sostenida y trascendente.

Ambos establecimientos organizan conferencias—usualmente en castellano—, mantienen cursos de idiomas y cultura hispano-luso-americana; disponen de extensas bibliotecas, frecuentadas por un número cada vez mayor de lectores; ofrecen películas y exposiciones, etc.

EL LENGUAJE CASTELLANO EN ALEMANIA.—Son tradicionales los lazos intelectuales, comerciales y de simpatía que unen a Alemania con las naciones de habla española. Desde la coronación del César Carlos como emperador de España y Alemania, el acercamiento de ambos pueblos se hizo más auténtico. Posteriormente, en la centuria pasada y a principios de la presente, miles de familias germanas buscaron nuevos horizontes en el vasto campo americano. Luego, el sorprendente desarrollo industrial de Alemania encontró un buen mercado en Iberoamérica. La creación del poderoso imperio alemán, sustentado no sólo en el poder de las armas prusianas, sino también en el alto valor de su cultura y de su economía, llamó poderosamente la atención de las repúblicas jóvenes, como la de Chile. El país había recibido una fuerte colonización alemana, que dió resultados espléndidos, y los estadistas se propusieron llevar misiones de profesores, científicos y militares. Hasta hoy, en Chile, los nombres del sabio Johow, del profesor Schneider y del general Körner, son recordados con cariño.

El idioma castellano posee también en Alemania muchísima importancia. Casi todas las universidades de la República Federal tienen departamento de castellano, y el interés por estos estudios es cada vez mayor.

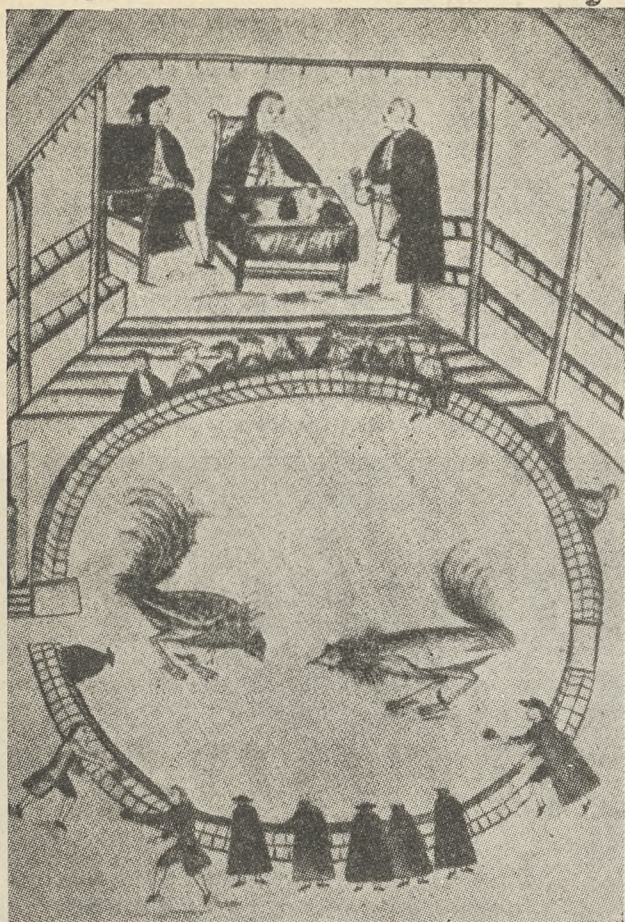
EL bello idioma de Cervantes empieza a ocupar el sitio de importancia que le corresponde en el concierto de las naciones. Casi 200 millones de habitantes de habla española están representados en las N. U., por más de una veintena de países hispánicos.

Actualmente es el español el idioma extranjero más cultivado y popular en los Estados Unidos. Por lo demás, millones de estadounidenses tejanos, californianos y de otros sectores geográficos de la Unión, hablan, indistintamente, español e inglés. El estado libre asociado de Puerto Rico, por su parte, ha mantenido hidalgamente el lenguaje de Castilla en la estratégica posición del Caribe. Las universidades de Nueva York, Florida, Texas, California, etcétera, son centros activísimos de estudio e investigación de los valores hispánicos. La Hispanic American Society y la Hispanic American Historical Review constituyen una comprobación fehaciente del interés de la intelectualidad estadounidense por comprender la cultura y la historia de las naciones de habla española.

Más allá del Pacífico, 22 millones de filipinos—hijos legítimos de la vieja Mater Hispania—se esfuerzan por mantener las tradiciones castellanas. Claro M. Recto, Magalona, Laurel, Rodríguez, Santos, Serrano, Molina—nombres españolísimos—figuran entre las relevantes personalidades filipinas que defienden el legado español en las islas de Felipe II.

Hasta hace poco tiempo era preciso saber inglés, francés o alemán para viajar por Europa. Hoy, en cambio, los títulos que anuncian «Se habla español» son frecuentes en las casas comerciales y en los hoteles de todas las ciudades importantes del Viejo Mundo.

En el mes de abril pasado cumplimos un extenso programa de charlas en castellano, gentilmente invitados por universidades y centros hispanistas de Holanda, Alemania, Dinamarca y Suecia. Con sorpresa y satisfacción, pudimos comprobar el enorme interés que existe en estos países por el idioma y la cultura de España e Iberoamérica. Casi siempre hablamos acerca de nuestra patria: «Paisajes y gentes de Chile.» Nuestra palabra fué escuchada por centenares de hombres de negocios, de intelectuales, de estudiantes, de profesores y hasta de dueñas de casa que hablan y cultivan el idioma español.



LOS GALLOS DE DOS MUNDOS

Por JOSE TUDELA

EL GALLO EN EL NUEVO MUNDO

En el segundo viaje de Cristóbal Colón se inicia la fecunda trascul-
turación alimenticia entre el Viejo y el Nuevo Mundo, con
el intercambio continental de plantas y animales de consumo.

La introducción progresiva de ganados españoles en aquel
continente provocó en seguida no sólo una gran revolución
alimenticia, sino otras de carácter económico, social y po-
lítico.

En este segundo viaje embarcó Colón, en Sevilla, caballos
y vacas; y en Canarias, en la isla de Gomera—donde hace es-
cala—, becerros, cerdos y gallinas (Colón, 1892; Las Casas,
1875-76, capítulo LXXXIII). Este lote de ganado, que va des-
de el Viejo al Nuevo Mundo, forma la base inicial de la gran
ganadería americana, que, en menos de un siglo, se ha de ex-
tender por aquel continente.

Quizá no haya en la historia de la economía un hecho si-
milar a este segundo viaje colombino, tan sencillo y trascendente.

Es muy significativo que salieran de las islas Canarias plantas y
ganados, pues tan sólo catorce años antes del Descubrimiento, los Reyes
Católicos habían enviado a conquistar y colonizar aquellas islas a Juan
Rejón y a Pedro de Vera, y, después de dominarlas, en 1483, se en-
viaron también, desde Sevilla, ganados y plantas para su colonización;
por lo tanto, había ya en estas islas no sólo las plantas y animales
domésticos indígenas, propios de la próxima costa africana—como mijo,
cebada, plátanos, cabras, ovejas y puercos—, sino plantas y ganados lle-
vados allí, por primera vez, por los conquistadores españoles, como trigo,
arroz, naranjas, caña de azúcar, limones y melones, y, además, caballos,
vacas, burros y gallinas de Castilla.

No debía de haber en Canarias aún gallinas de Guinea, porque no
lo dicen ni Colón ni fray Bartolomé de las Casas, que son los más direc-
tos cronistas de este segundo viaje; y porque aparece como introductor
tardío de la gallina de Guinea en Indias el canónigo don Diego Lo-
renzo, que las llevó de las islas de Cabo Verde, según la relación que
en 1549 escribió el bachiller Lara. Y después los negreros siguieron lle-
vándola a América.

De la importancia que dió Colón a la introducción de la gallina en
las islas primeramente descubiertas—las Antillas—, nos da idea el me-
morial que, en 1494, dirige el obispo Fonseca, encargado por los reyes
para ayudarlo a preparar el tercer viaje; en cuya petición hace el
cálculo del mantenimiento e instalación de mil personas, en un año, para
que prepare el embarque de doce yeguas, doce asnos y asnas, cien carne-
ros y ovejas y cabras, veinte vacas y terneras y trescientas gallinas. Este
proyecto no se llegó a realizar; pero siguieron enviándose, por orden
real, en todos los navíos que fueran a las islas (Antillas) y a Tierra
Firme (Nicaragua) ganados de todas clases.

Las gallinas, como los demás animales domésticos, fueron llevadas
por los españoles en las expediciones colonizadoras que seguían a las
de la conquista; aunque muchas veces estas expediciones revestían este
doble carácter, pues los conquistadores llevaban en la retaguardia de
sus pequeños ejércitos no sólo bastimentos de guerra, sino semillas, ape-
ros y ganados.

Por lo general, las gallinas se criaban bien en las tierras bajas tro-
picales, y aun en la mesa mexicana; pero no en el altiplano andino.

De su rápida difusión nos da idea lo que dice Gonzalo Fernández de
Oviedo (Fernández de Oviedo y Valdés, 1851-55, t. I, lib. XIV, cap. 3):
«Gallinas como las de Castilla no las había; pero de las que se han
traído de España se han fecho tantas que en parte del mundo puede
haber más; porque raras veces sale huevo falto de cuantos se echan
a una gallina de los que ella puede cubrir con sus alas y cuerpo.»

Fray Diego de Landa dice en su *Redacción de las cosas de Yucatán*:
«Hanse dado a criar (los indios) aves de España, gallinas, y crían a
maravilla, y en todos los tiempos del año hay pollos de ellas.»

Por el contrario, como dice Garcilaso de la Vega, el *Inca*: «En el
Cuzco tardaron treinta años las gallinas en aclimatarse y propagarse,
pues todos los pollos morían al salir de la cáscara» (Primera parte de
los *Comentarios reales*, lib. IX, cap. 23).

Por la bondad del clima, por la escasísima densidad de población, la
falta de cercos o cerramientos y la de pastores, se alzaba mucho ganado
doméstico y, ya en libertad, se criaba a su albedrío, haciéndose cimarrón,
llegando a poblarse pampas, sabanas y praderas de toda clase
de ganado salvaje.

Tan sólo dos especies de ganado no pudieron hacerse cimarrones,
por falta de defensas contra las alimañas: la gallina y la oveja. En
cambio, la gallina de Guinea, de más largo vuelo y de más acometividad
que la gallina de Castilla, también huyó a la selva y se hizo cimarrona
y llegó a cazarse, como se cazaban los pavos y los patos silvestres. A
esta gallina de Guinea, silvestre, se la llamó *pintada*.

En los preliminares de la conquista del Perú hay dos datos referen-
tes a los gallos y gallinas llevados de España por los conquistadores.
En primer lugar, el nombre de la isla del Gallo, donde tuvo lugar el
hecho heroico de quedarse en la isla para proseguir las exploraciones de
conquista los «¡Trece de la fama!»; pero no sabemos por qué se deno-
minó así a esta isla. Después sabemos que, con los dos españoles que
se quedaron en Tumbes, dejaron los de Pizarro una cerda preñada y
un lote de gallinas, con su gallo, que fueron las primeras gallinas de
Castilla que llegaron a aquellas tierras.

Es bien conocida la repugnancia que casi todos los pueblos sienten
por los alimentos exóticos; y a esto fué debida la resistencia de los
indios a cultivar las plantas y a criar algunos animales de los llevados
por los españoles; por esta razón se tomaron medidas de orden político
para fomentar esos cultivos y crianzas. En México se daban tierras en
repartimiento a los indios, si en ellas cultivaban trigo. Además, a estos
mismos indios se les exigía que tuvieran, por lo menos, doce gallinas de
Castilla y seis de la tierra (pavos) y veinticuatro colmenas de abejas,
según lo ordenó don Antonio de Castro.

En Lima y otras poblaciones, para fomentar la crianza de gallinas,
se les exigía cierto número de ellas por el cabildo de la ciudad, como
tributo del reparto de solares; y así «los indios se dieron a criarlas con
gran cuidado, de suerte que no hay ahora viviente de los traídos de
España que tanto se haya extendido entre los indios, porque no hay
población de ellos, por apartada que esté del trato y comunicación de
los españoles, donde no las críen y tengan gran cantidad de ellas. Y,
con esta abundancia que de ellas hay, han venido a ser el más ordinario
mantenimiento que se halla en los *tambos* y pueblos de indios; porque
acontece llegar un pasajero a un *tambo*—donde muchas veces no se ha-
llará pan ni vino, ni otra cosa que comer—, y le traían los indios al
punto las *gallinas*, *pollos* y *huevos* que quisiere, a precios muy baratos»
(Cobo, 1893-95).

«No sólo sirven las gallinas—sigue diciendo el padre Cobo—de sus-
tento para los hombres, sino también, los *gallos*, de entretenimiento;
como pasa en Méjico, donde los chinos (los indios) les imponen en pelear
unos contra otros, y para esto los arman con unas agudas navajas que
les ponen en los espaldones, y ellos embisten con tanto coraje que se
matan unos a otros. Acude no poca gente a ver esta pelea, de que los
chinos sacan algún interés.»

No tardó en pasar al Perú esta costumbre, que el padre Cobo atri-
buía, a fines del siglo XVI, sólo a México; y en una pintura del álbum

de pinturas del obispo de Trujillo del Perú, de fines del siglo XVIII, de la Biblioteca de Palacio de Madrid, se muestra ya viva, en tierras peruanas, esta costumbre, que tanto arraigo tomó antes en las Antillas y en México.

Los ingleses y los holandeses, por su parte, introdujeron sus ganados al colonizar Norteamérica, y una clase de gallina inglesa fué tan difundida a últimos del siglo XIX, que constituyó una gran fuente de riqueza en el estado de Rhode Island; por esto se levantó un monumento a esta gallina, Rhode Island Red, en la ciudad de Little Compton, de dicho estado.

EL PAVO EN AMERICA

El guajolote o pavo común (*meleagris gallopavo L.*) vive aún silvestre en los bosques de América Central y del este de Norteamérica. Los más corpulentos son los de Kentucky, que, a veces, pesan unos veinte kilos. No pasaron el istmo de Panamá; así es que no fué conocido, ni silvestre ni doméstico, en la Sudamérica indígena.

Los indios de México y de América Central lograron domesticarlo, y, en la cautividad, se redujo su tamaño.

El pavo tuvo una significación religiosa entre los pueblos precortesianos, análoga a la que tuvo el gallo entre los pérsicos mardeanos; y todavía en la etnología indígena de aquellos pueblos quedan prácticas y creencias en las que pervive esta religiosa significación (Seler, 1902-23, t. 3, p. 373).

Los huicholes de Jalisco (México), al pasar por primera vez el sol por el cenit, le ofrecen al astro rey un pavo en sacrificio; y los totónacas, del estado de Veracruz, hasta hace poco metían un pavo vivo en el hoyo que hacían para hincar en tierra el palo del volador, sacrificándole así al sol, al que adora y saluda, desde lo alto del palo, el capitán de los voladores, antes de lanzarse éstos al espacio, en su famoso juego (Seler, 1902-23, t. 3, p. 540).

El pavo, entre los aztecas, estuvo asociado al culto del dios Tezcatlipoca, deidad gemela y antitética de Quetzalcoatl, el Apolo nahua. Muchos animales estaban dedicados al dios Sol, a Tonatiuh; ante todo, el pavo y el conejo. En el lugar de Ratontita, al sur de los huicholes, tejen todavía los indios, con tiras de las hojas de un agave llamado *sotol*, unas figuras de animales; entre ellos, la del pavo y la del conejo, animales dedicados al dios Sol. (Seler, 1902-23, t. 4, p. 616.)

De Seler tomamos también estas otras noticias: «El pavo se llama en nahua *uexolotl*, y la hembra, *totolin*, que originariamente significó "pájaro por antonomasia".»

«El pavo aparece en la página 71 del código Borgia como el noveno de los trece pájaros señores de la hora del día, y, por eso, en el Tonalamatl de Aubin, como imagen o disfraz del dios de la lluvia: Tlaloc. La hembra representa, según esto, el agua (atl), y también como *Chalchihuatolin*—gallina de piedra preciosa—, el *chalchihuatl*, el agua de piedra preciosa, o sea, la sangre; la sangre del sacrificio, la sangre de la penitencia. Por esto es el pavo, en el Tonalamatl, el calendario augural, la personificación del signo del día *tecpatl*—«cuchillo de pederal»—; por lo tanto, también soberano de la parte 17 del Tonalamatl. Como representa el agua, que está contrapuesta al fuego, es contrapuesta el águila, que es el emblema del sol, al emblema de la luna. Por esto aparecen los dos pájaros unidos en el tronco hueco de madera del teponaztle o atabal, sobre el que se marca el compás en la danza de los guerreros. Si se tiene en cuenta también que las dos palabras *uexolotl* y *totolin* entran en la composición de muchas palabras de nombres de lugares y de personas, no es de extrañar que en los manuscritos no escaseen las imágenes del pavo.» (Seler, 1902-23, t. 4, p. 616-619.)

No es raro encontrar representaciones plásticas del pavo en los monumentos y códigos precortesianos: en una «palma totonaca» del Museo de Historia Natural de Viena, tallado en uno de sus lados, figura un pavo; mientras que en el otro hay una cara de lechuza, vista de frente (Seler, 1902-23, t. 3, p. 703).

En los códigos mayas, en el de Dresde y en el Tro-Cortesiano, del Museo de América de Madrid, aparece el pavo, juntamente con la iguana, con un pez y con un ciervo, como símbolos de los cuatro puntos cardinales. También se ve una cabeza de pavo en una de las páginas del código prehispánico Fejérváry-Mayer; y en el Magliabecchiano, de la Biblioteca Nacional de Florencia (ed. Nuttall, 1903, fol. 7), uno entero y pelado, asándose al fuego, como símbolo de una de las diversas mantas jerárquicas de que nos hablan también el código del Museo de América y el del padre Bernardino de Sahagún, de la Biblioteca de Palacio de Madrid.

En los códigos postcortesianos se ve el pavo más frecuentemente; en varios recuadros del lienzo de Tlaxcala, en dos recuadros del código Sahaguntino de Florencia, en el código Sierra, etc.

Hernán Cortés, en su III Carta Relación, y Bernal Díaz, en el capítulo XIII de su *Historia verdadera*, nos dan ya cuenta de la existencia de las «gallinas de la tierra», de los pavos domésticos; pero es la descripción que del pavo hace el príncipe de los cronistas de Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, la primera detallada que se hace de la gallinácea americana.

«Hay unos pavos rubios y otros negros, y las colas tiénelas de la hechura de los pavos de España. Estos pavos son salvajes, y algunos hay domésticos en las casas que los toman pequeños», haciendo una detenida descripción de ellos.

Otra descripción, tan detallada como ésta, hace, un siglo más tarde, el padre Bartolomé Cobo (Cobo, 1893-95), el más minucioso cronista de la Historia Natural de las Indias, y da a continuación la siguiente noticia: «No lo había (el guajolote o el pavo) en este reino del Perú, adonde lo trujeron los españoles de la provincia de Nicaragua; por donde suelen llamar a estas aves *gallinas de Nicaragua*. Por asemejarse al pavo real en hacer rueda, le pusieron los españoles nombre de *galipavo*, para abrazar los dos nombres con que lo llaman en diversas parte destas Indias.» Y, en nota suya, añade el cronista: «Y yo, en varios lugares de Centroamérica (oí nombrarlo): *guanafo*, *chumpipe* y *huehuecho*.»

Al Perú debió de llegar en la expedición que Almagro organizó en 1523 en Panamá, con tropas del Darién y de Nicaragua, para auxiliar a Pizarro en la conquista del Perú.

DIFUSION DEL PAVO POR EUROPA

No existían los pavos en las Antillas a principios del siglo XVI, como algunos historiadores han creído; ni tampoco es cierto que los primeros pavos que llegaron a España procedían de México.

Cabe a nuestro gran amigo don Mariano de Cárcer Disdier, infatigable investigador de la trascultración alimenticia entre ambos continentes, la gloria de demostrar que, diez años antes de la conquista de México por Cortés, ya se enviaban, desde Nicaragua, pavos a España. Examinando Cárcer Disdier, en el Archivo de Indias de Sevilla, la *Colectión de documentos históricos, noticias y extractos puestos en orden alfabético por Fernando Belmonte y Clemente*, y siguiendo las indicaciones que en este escrito se referían al pavo, se encontró con una real cédula, fechada en Burgos (24 de octubre de 1511), por la cual se ordenaba a Miguel de Pasamonte que enviase a Sevilla, en cada navío (desde Tierra Firme), diez pavos—la mitad machos y la otra mitad hembras—, «para que hagan casta», y los entregasen a los oficiales de la Casa de Contratación de las Indias. (Cárcer Disdier, 1953.)

Por esta real cédula se deduce que, en esta fecha, ya eran conocidos los pavos en la corte de España, y por esto se encarga se traigan en todos los navíos, machos y hembras, «para hacer casta»; de igual modo que se había encargado a todos los navíos que partían de Sevilla que llevarán machos y hembras de todos los ganados que faltaban en las islas y en la Tierra Firme; y, por haberse ya multiplicado los caballos en las Antillas, se ordenó, en 1507, que se suspendiese el embarque de caballos.

Durante el siglo XVI, los piratas ingleses debieron introducirlo en Gran Bretaña, porque fueron frecuentes sus correrías, en la segunda mitad de este siglo, por las costas del golfo de México y del mar Caribe, donde se encontraba silvestre y doméstico.

«A mediados del siglo XVII—decía el padre Cobo—es ya tan conocido



Así es el pavo en los códigos mexicanos y en las pinturas murales de Mitla.

el guajolote en toda Europa, que no hay región donde no se tenga noticia de él.»

En Europa, «una tradición pretende hacerlo aparecer por primera vez en Francia en la mesa de Carlos IX, en el banquete nupcial de sus bodas, en 1570. Sin embargo, Geoffroy Saint-Hilaire indica que existía ya en Inglaterra en tiempos de Enrique VIII, y en Francia, bajo Luis XII; mientras que Pierre Belon lo describe y lo dibuja en sus *Portraits d'oiseaux*, en su edición de 1557».

Según Darwin, la solera de nuestros pavos domésticos no debe de ser la especie que vive del Canadá a Florida, sino la del pavo de México, del espléndido pavo ocelado que vive en el Yucatán, en Guatemala y Honduras.

De España se enviaban, en el siglo XVI, las novedades que llegaban de Indias—joyas, frutos y animales—a Roma, para el Papa; o a Flandes, a Austria o Alemania, para Carlos V, cuando se hallaba por aquellas tierras.

Estas joyas y estos frutos y animales fueron, a veces, pintados por Dürero y relacionados por Rembrandt en su correspondencia. Así se extendería el pavo por Europa, y así llegó a pintarlo Paul de Vos en el cuadro del Museo de Hamburgo que ha dado lugar a estos comentarios.



TRES PREMIOS MARCH

La feria de los premios literarios en España registra de año en año progresivos aumentos. No siempre, naturalmente, la bondad literaria anda pareja a la distinción, pero, de alguna manera, las continuas convocatorias y ofertas consiguen interesar a buenas zonas del público en la creación literaria. Es como un aldabonazo a la atención. Los premios «March», instituidos por la fundación del mismo nombre, han puesto la pica en todo lo alto. Primero, atendiendo a su dotación: trescientas mil pesetas; luego, porque, al menos en teoría, se ha eludido toda forma de compromiso, y lo que se premia es la obra ya realizada, sin que el autor tenga que concurrir siquiera. Es el Jurado, elegido con criterio representativo—miembros de la Academia, críticos de la prensa diaria de Madrid y provincias y críticos literarios de las principales revistas—, el que elige entre las obras aparecidas a lo largo del plazo. Como quizá conozcan muchos de nuestros lectores de Hispanoamérica, los premios «March» de este año correspondieron: el de novela, a la obra de Gonzalo Torrente Ballester "El señor llega", quedando finalista Ana María Matute; el de poesía, a José Hierro por su libro "Cuanto sé de mí", quedando, con sorpresa para muchos, finalista Dámaso Alonso, y el de teatro, a Antonio Buero Vallejo por su obra "Hoy es fiesta", quedando finalistas el propio Buero con "Un soñador para un pueblo" y Miguel Mihura con su comedia "Maribel y la extraña familia". Los tres nombres tienen acreditada su personalidad a lo largo de mucha obra. Aquí los traemos, reunidos, en un breve tríptico que más que nada intenta dar noticia de ellos.

ANTONIO BUERO VALLEJO



BUERO Vallejo no estrenará esta temporada. Ha dicho que todo lo empezado no salía a la medida de sus deseos. Desde 1949, en que puso su nombre en marcha en el teatro español con *Historia de una escalera*, ha habido sólo otras dos temporadas en blanco. Cuando, tras la sequedad, se abrieron las fuentes, nos ofreció, en 1952, *La tejedora de sueños*, y en 1956, *Hoy es fiesta*. ¿Qué traerá esta sana ociosidad de la temporada 1959-60? ¿Tal vez ese tema que a Buero le atrae por encima de todos y que no se atreve a abordar: «la tortura física»?

Si no la tortura física, será, sin duda, otro reflejo de ese mundo individual o social que no acierta o no puede expresarse plenamente. Ese mundo de espíritus resignados que cuando gritan lo hacen en tono menor y cuando mueren nadie—a lo sumo, cuatro vecinos del barrio—se entera. Como «aventuras en lo gris» son esas vidas grises y mediocres. Su carácter les impide salvar los obstáculos con los que se tropiezan. A Buero le obsesionan—son palabras suyas—«los límites y las dificultades de todo hombre para su realización». Varias de sus obras giran en torno al drama de la clase media, que, por razones de tipo económico y—diríamos—moral, impide a sus miembros esa capacidad de «realizarse».

Pero, en cambio, entre esas gentes honorablemente modestas ha encontrado Buero aquello que considera el más alto valor del hombre: la abnegación, «que al culminar se convierte en la más lograda consecución de la personalidad a fuerza de olvidarla». En el escritor Antonio Buero Vallejo hay también una decidida abnegación, que explica a las claras su personalidad sin aspavientos. La personalidad de Antonio Buero está compuesta de sencillez, de atención hacia los demás, de bondad, de compañerismo, de limpieza de conducta. A lo largo de once años de éxito creciente—que ha llevado su nombre a la cumbre del teatro español contemporáneo—, y en un país donde tan difícilmente se aceptan los éxitos ajenos, el escritor Antonio Buero Vallejo cuenta con la estimación de cuantos le conocen, y podría presumir—si presumiera—de no tener, dentro ni fuera de la escena, un solo enemigo.

Su teatro ha sabido trascender la realidad española, arrancándole el drama que sus mismos protagonistas se afanan por enterrar. Ha sido una extracción rigurosa, obra tras obra, de espigas enquistadas en la piel española y que, al sacarlas, dejan oír un gemido de dolor. Pero ese gemido no llega nunca a convertirse en grito. Se queda en angustioso estertor, en balbuceo, en unos labios abiertos que no encuentran la anchura de su voz.

A esta «falta de expresión» se une la necesidad del engaño. Las gentes que no son capaces de gritar tienen que engañarse unas a otras, convenciéndose de que nadie tiene voz. Y cuando ven que alguien—casi siempre un joven, como en *Las cartas boca abajo*—tiene voz y grita, procuran ahogarle, excitarle al fracaso, porque su pureza, su vitalidad, su fe, están por encima de lo cómodamente soportable.

Hay constantemente en el teatro de Buero mañas que desentrañar, palabras que descifrar, señales que esperar, fantasías en las que creer, buenas voluntades que alentar. A esta honda y lúcida tarea—no exenta, en ocasiones, de una atroz amargura—ha entregado su carrera y su vida el dramaturgo.

Su cuerda trágica se mantiene tirante entre la más cruda realidad y la más liberadora poesía. La oscuridad ha de ser «ardiente» y los sueños han de tejerse con las manos. Porque Buero no quiere ser un simple «soñador». «Todas las cosas más significativamente españolas—ha dicho una vez—me provocan sentimientos ambivalentes: las amo y las odio al tiempo. Yo estoy odiamorado de mi país.»

A los cuarenta y tres años, en plena madurez, Antonio Buero sabe que ésa es la mejor manera de amor: un amor sin retórica, pero apasionado; un amor con fe, pero sin evasión; una sutil rebeldía, a caballo entre la tristeza y la esperanza.

Por todas estas razones—aunque resumidas en una sola obra: *Hoy es fiesta*—, Buero Vallejo ha recibido el testimonio admirativo del Premio March de Teatro.

R. N.

GONZALO TORRENTE BALLESTER

La valía intelectual de Gonzalo Torrente Ballester es algo unánimemente reconocido. Una nada común formación cultural, un hondo saber y sabor de cuantos acontecimientos registra el mundo de la cultura andan parejos en sus obras, junto a una expresión viva y clarificadora. Atento a todas las manifestaciones literarias, informado de cuanto en el mundo de las letras sucede, buen catador del pensamiento de nuestro tiempo, Torrente Ballester ha aplicado con especial dedicación su mente analizadora a los campos literario y teatral. Y al lado de esta tarea estudiosa, de mente caviladora que sabe penetrar en el meollo de los asuntos, que registra con sensibilidad y talento cualquier acontecimiento, una larga relación de obras da testimonio de su capacidad creadora.

Sin embargo, y pese a la familiaridad del nombre, aunque Torrente Ballester no es precisamente nuevo en la plaza de las letras, que de antiguo le viene su vocación, la aparición de su última novela, *El señor llega*, pasó casi inadvertida, no tuvo apenas éxito alguno. La rutina de los lectores, la superficialidad de buena parte de nuestra crítica, pasó por encima de esta obra suya, y de ahí la sorpresa que para muchos ha supuesto que justamente esa novela alcanzara el Premio «March», dotado con trescientas mil pesetas, el más ambicionado premio de cuantos se conceden hoy en España.

El señor llega es, en realidad, la primera entrega de una trilogía concebida como unidad total que se ampara bajo el nombre de *Los gozos y las sombras*. Y tan desanimado andaba el autor por el escaso eco alcanzado en el primer volumen, que casi había desistido de continuar la obra. Ahora el premio llama la atención sobre el Torrente creador, menos conocido y estimado posiblemente que el Torrente crítico, y, según propia confesión, le anima también a seguir una obra ambiciosa en la que se plantean los hondos conflictos de nuestro tiempo, en la que el talante intelectual y el nervio creador de Torrente están puestos al servicio de una espléndida obra de arte.

Pero quizá convenga decir algo más sobre la biografía humana y literaria de este gallego, nacido en 1910, doctorado en Filosofía y Derecho, profesor de Literatura, viajero por toda Europa, estupendo conocedor de la herencia cultural de nuestro viejo continente y continuo estudioso del proceso literario de la más palpitante actualidad.

Una obra ya algo lejana en el tiempo, *El viaje del joven Tobías*, le abrió numerosa estimación y puso en evidencia sus excelentes dotes, que, en el campo del auto sacramental y del relato, habían dado ya pruebas de madurez. Javier Mariño supuso su solemne entrada en el mundo de la novela española, y *El golpe de Estado de Guadalupe Limón* acreditó sus especiales condiciones de escritor, quizá tocado aquí de un cierto virtuosismo estilístico. Otras obras fueron aumentando su hacienda literaria. *Ifigenia* denota depuración, y *Farraquino*, sencillez. Y al lado de ellas, una activa dedicación a la crítica literaria, profesada en el periódico y la cátedra, así como en su varia tarea de conferenciante.

Panorama de la literatura española contemporánea es la monumental y esmerada obra en la que Torrente pone de manifiesto su estu-penda dotación de estudioso, resumiendo y ordenando el disperso haber de nuestras letras contemporáneas, con definitorio análisis, con penetrante visión que no se deja equivocar por las apariencias y va a lo hondo de los problemas y de las ideas.

Pero es quizá el mundo del teatro el que Torrente ha estudiado con más prolongada atención. Quizá no haya en España hoy un crítico teatral a quien se le reconozca tan unánimemente capacidad e independencia de juicio. También en el teatro Torrente Ballester había dejado huella de su plural saber, aunque no alcanzara demasiada fortuna con sus creaciones.

Metido en sus libros, con un aire de profesor distraído y un aire escéptico, como amasado de sabiduría, Torrente Ballester ha sido extrañamente víctima de una especie de silencio, quizá no buscado ni querido por nadie, sobre su obra. Y así, en silencio, calladamente, sus libros han seguido naciendo y creciendo. Y ahora ha sido la novela la que ha reparado la injusta desatención para este hombre, honesto a carta cabal, riguroso consigo mismo en cualquier tarea, lleno de vocación y condiciones, que salta así a un primer plano de actualidad.

Cabe esperar mucho del futuro hacer de este intelectual por los cuatro costados, de este averiguador infatigable de la verdad. En sus libros, sin concesión alguna a la última moda, hay toda una lección de escritor insobornable. Basta echarse a la cara algunas de sus páginas para reconocerlo.

S. J.



JOSE HIERRO

Es difícil encontrar en la poesía lírica en español contemporánea una trayectoria poética de más clara unidad que la de José Hierro. Firme desde sus primeros pasos, se ha caracterizado siempre su obra por una singular independencia. No quiere esto decir que no haya por sus versos antecedentes que den testimonio de sus preferencias por poetas mayores más o menos inmediatos; pero su experiencia personal es la que ha dado constante fuerza e independencia a su poesía.

La actualidad de su nombre—si es que un poeta necesita el merecimiento de una circunstancia para traerlo a primer plano—ha cobrado en estos días relieve por haberle sido concedido el Premio de la Fundación March destinado a un libro de poesía. Ha rivalizado en la «trinca» final, de la que había de salir el destinado para el galardón—que era la apreciable cifra de trescientas mil pesetas—, con los libros de Dámaso Alonso titulado *Hombre y Dios* y de Luis Felipe Vivanco titulado *El descampado*. Cuanto sé de mí es el título del libro de José Hierro, que había logrado anteriormente el Premio de la Crítica. Una cita de Calderón justifica el profundo significado de esas palabras: «Tuve amor y tengo honor; esto es cuanto sé de mí.»

Y ahora, como consecuencia del Premio March, la revista *Palabras*, de la Obra Sindical de Educación y Descanso, ha convocado una comida-homenaje a José Hierro, que es uno de sus más asiduos y distinguidos colaboradores. Esta revista oral recorre con frecuencia fábricas, talleres, centros de cultura y lugares de trabajo, siempre de carácter popular, con objeto de que por sus páginas desfilen diversas personalidades de la literatura y del arte. José Hierro ha enriquecido en diversas ocasiones esas páginas habladas, no sólo con sus poemas, sino con sus conferencias y coloquios sobre pintura, porque una de las actividades y fervores de nuestro poeta es su preocupación por el arte. El mismo tiene ese «violín de Ingres» de la pintura como margen y complemento de su dedicación literaria.

Una vez más, en esta comida que le ha sido ofrecida a José Hierro se ha puesto de relieve—las palabras de Gerardo Diego, de José María Gutiérrez del Castillo y de José García Nieto lo subrayaron—el puesto privilegiado que José Hierro ocupa en la poesía española de la posguerra. Su indeclinable camino, la sucesión de sus libros en una esencial línea de pureza, su voz lírica sostenida con independencia y claridad, han conseguido para él un puesto de excepción.

Por el año cuarenta y cinco comenzó a aparecer su nombre en las revistas españolas dedicadas a la poesía. *Garcilaso*, *Corcel* y *Proel* recogieron las primeras muestras de su naciente obra. En esta última formó grupo con un importante plantel de poetas, que situaron a Santander a la cabeza de las provincias españolas atentas a las manifestaciones del arte. Junto a Pepe Hierro estaban el malogrado José Luis Hidalgo, Julio Maruri, Marcelo Arroita-Jáuregui, o Carlos Salomón, también muerto en plena juventud. Pronto publicó José Hierro su primer libro, *Tierra sin nosotros*, y conseguiría el Premio Adonais 1947 con su segundo libro, *Alegría*. A éstos siguieron *Con las piedras*, *con el viento* y *Quinta del 42*. Después un largo poema, *Estatuas yacentes*, y su *Antología poética*, que le valió el Premio Nacional de Literatura «José Antonio Primo de Rivera».

Ultimamente, con *Cuanto sé de mí* se ha situado en un lugar eminente de atención. El Jurado del Premio March, constituido por un número considerable de intelectuales, votó con una mayoría decisiva el libro de Hierro. Aunque el premio se había establecido para galardonar una sola obra, aquí se subrayaba simbólicamente toda una labor rigurosa y meritísima.

José Hierro sigue marcando en la poesía española una diana de responsabilidad creadora. Una vida austera, entregada verdaderamente a la vocación literaria. Comparte sus trabajos críticos y literarios con su labor en la Editora Nacional. Dirige también el Aula Pequeña del Ateneo de Madrid, por donde han desfilado las figuras más interesantes de la juventud. El preside y orienta los coloquios que suscitan las lecturas allí celebradas.

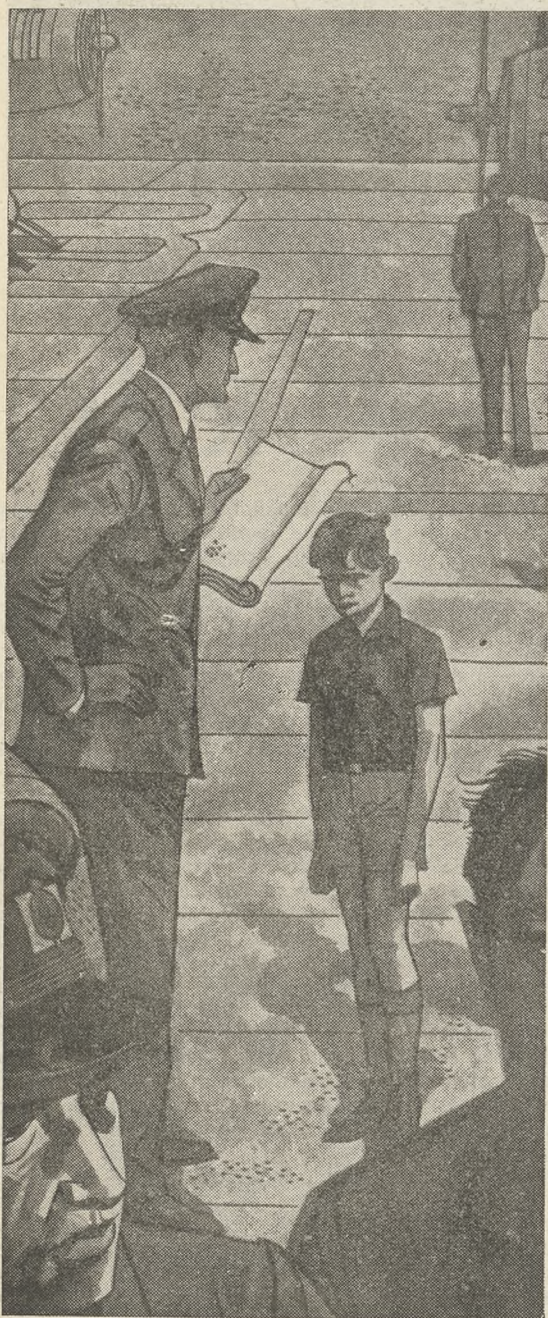
Hace no mucho tiempo, en una encuesta celebrada por determinado editor para publicar una antología que luego se llamó «consultada», el nombre de José Hierro estuvo a la cabeza de las votaciones. Hoy, entre sus amigos, celebrando el premio más importante que se ha concedido en España a la labor poética, él ha podido contrastar la huella de afecto y de reconocimiento sincero que está dejando su fiel dedicación.

J. G. N.



LUISO

EL HOMBRE DE NUEVA ORLEANS



SERA difícil a estas alturas—cuando "Marcelino" ha dado triunfalmente la vuelta al mundo en las pantallas, en los microsurcos y en las maletas de ese otro niño universalmente famoso que es Pablito Calvo—que nadie pregunte quién es José María Sánchez Silva.

Tampoco la personalidad de este escritor marinero que es Luis de Diego, autor de los más admirables cuadernos de bitácora leídos en los últimos tiempos, necesita ser presentada.

En **LUISO**—una maravillosa publicación para los muchachos españoles y agradable lectura para todos—, Luis de Diego ha puesto la vela, blanca y tensa, al entrañable espíritu de infancia, a la ternura y a ese amor por el mundo de los niños que sopla siempre en la obra de Sánchez Silva.

Así, proa a América, hasta Nueva Orleans, Misisipi arriba, niños y grandes nos vamos, sin sentir—en este fragmento del libro que damos a continuación—con Luiso, con Luis de Diego y Sánchez Silva, sin dudar que esta nave, con su cabeceo de cuna y su porte de buque escuela, llegará al puerto deseado.

VIERON La Habana desde el mar, en la guardia de prima, en la guardia del tercero de a bordo, pasados unos días, dos días, de la muerte de Richard. Se acercaron al Morro cerrada ya la noche. Muros hizo de cicerone de las luces para Luiso, señalándole las que recordaba—el Morro mismo, la Cabaña, el Malecón—y las que, sin recordarla, pero brillando allí como estrellas enormes, inventó sobre la marcha. Luiso le escuchaba en silencio, seguía las indicaciones de su grueso dedo índice, de su voz grave, de sus palabras reveladoras, aunque no siempre verídicas. Al largo de la costa, una milla a tierra, le pareció a Luiso que lo que veía era una película proyectada en el aire. Sólo cuando encontraron barcos de pesca deportiva, que regresaban después de una jornada dedicada a los peces-aguja y a los peces-espada, se dio cuenta de que en aquella ciudad era posible entrar, había muelles para afirmar amarras, tierra para sentar el pie, calles, casas, automóviles y gente.

—¿Es bonita La Habana?
—Ya lo creo. Para un niño, hermosa. Para un hombre, para un marinero con salitre en la sangre, la más hermosa del mundo. Yo lo sé bien... Yo... En fin, una maravilla.

—¿Por qué le estamos dando esta pasada?
—Cosa del capitán. Una especie de regalo para tí. «Por lo menos, que se asome a ella», dijo en el puente. Y a todos nos pareció una buena idea.
—Me gusta.

—Claro que te gusta. Como a mí. Pasa algo en esto, ¿sabes? Está uno como en casa. Bueno, eso también ocurre en toda Hispanoamérica. No es lo mismo que... Muros se interrumpió un momento.

—No es lo mismo que...—repitió Luiso.
—Vaya, que lo otro, lo demás. Lo demás es el extranjero, ¿sabes? Y no sólo porque hablen como tú y como yo... Es que...; bueno, tú me entiendes...

—No.
—Pues que—se aclaró la garganta—, que son iguales, que pensamos, que... Sí; hasta que sentimos lo mismo. ¿Te das cuenta?—concluyó con gran determinación, haciendo un gesto muy afirmativo—. Que, aunque vengas de casa, vuelves a casa; eso.

Luiso miraba hacia la costa. De pronto, dijo:
—Voy a hacer un apunte de ella en mi Diario. Pero es difícil que salga como es, así, toda de sombras, con los ojos de las luces mirándose en el... en el Golfo de Méjico. Esto es ya el Golfo de Méjico, ¿verdad?

—Sí. Por lo menos, la puerta.
—Aquel avión, el de la balsa, el de..., ya sabes, era mejicano.

—Eso dijo tu padre.
—Nadie tuvo la culpa, ¿no crees, Muros?
—Nadie.
—Pero me da pena pensar en Richard. Es que tú no le viste cómo me miró al caer al agua.
—Déjalo, Luiso. Hiciste lo que debías hacer. Tienes que olvidarlo.

—¿A Richard? ¡Nunca! Y tú tampoco lo olvidas, tampoco lo olvidarás, no presumas. A ver si te crees que no sé que eras tú el que le arrojaba cuando hacía frío con la piel de cordero, la manta de lana y los sacos.

—¿Yo?
—Sí, tú.
—Porque yo también le quería. Pero hay que olvidarlo todo. O casi todo.
—Tengo hambre.
—Oye, yo también.

Fueron a la cocina. El cocinero dormitaba en un banco, muy tieso, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Eh, usted, ¿no hay algo por ahí para dos hombres de mar?

Mister Salsa dió un respingo y abrió unos ojos como platos.

—¿Qué? ¡Hola, Luiso! ¡Hola, Muros! ¡Valientes zánganos! ¿Qué diablos os pasa?

—Tenemos hambre—dijo Luiso.

—¿Los dos? Venga, hombre, venga. La tendrás tú, que estás en la edad de comer. Pero ése...

—Pues, ya ve. Yo, también.

—No te creo. A ti no te creo. Me ha dicho el mozo que te has comido tres platos de patatas guisadas.

—Es que de patatas no tengo hambre. Tengo hambre de bocadillo de jamón. Del jamón ese de Boston, que sabe dulce. De aquél, de aquél—añadió Muros, señalando a una lata grande que se veía a través de la rejilla de la fresquera.

—¿Con o sin?

—Para mí, con—respondió Luiso.

Mister Salsa, que no era un hombre muy limpio que digamos, pero sí muy diestro con el cuchillo, cortó de un pan de molde cuatro rebanadas casi como baldosines y se puso a embadurnarlas de mantequilla.

—¿Así?

—Vaya—dijo Muros.

Mister Salsa cortó jamón, dos gruesos pedazos de jamón.

—¿Va bien?

—Vaya—dijo Luiso imitando a Muros.

—Pues, ¡hala!, ahí tenéis; que no se os atragante. ¿A qué hora cenasteis? A las siete, ¿no es cierto? Son ahora las nueve y media. Así que a las doce, hambre otra vez. Vosotros arruináis al armador. Vosotros acabaríais con la empresa aunque el *María* fuera de ese tan rico, don Juan March. ¿Qué? Ya lo creo. ¡Fuera! A tomar el fresco.

Regresaron para tomar el fresco y comerse los bocadillos, a la banda, a la borda de babor. El *María* había «metido» a estribor. La Habana resplandecía en la aleta. Oyeron a una bandada de peces voladores lanzarse al aire, aletear en él y caer al agua, lejos; pero no muy lejos.

—Bien nos vendría ahora un traguito de vino, ¿eh?

—Bien.

—¿Te atreves?

—Sí.

—Espera aquí.

Luiso iba a decir que no quería esperar, pero ya Muros había salido a escape. Regresó en seguida con dos vasos de aluminio.

—¡Rápido, no vaya a aparecer el patrón!

Luiso se bebió el contenido de su vaso, que sólo estaba mediado, de un sorbo.

—¿De dónde lo sacas?

—Hijo mío, misterio. En un barco siempre hay un tasca, una garrafa, un barrilito, un frasco. ¿De quién es? De nadie. ¿Dónde está? En ningún sitio. Cuando seas agregado, si para entonces yo ando todavía mascando millas, te lo diré todo.

—¿Y quién te ha dicho a ti que voy a ser marino?

—Me lo ha dicho don Angel. Y me lo dice el corazón. Además, también lo dice tu padre.

—Pues os equivocáis todos. Yo voy a ser extremo izquierda de la selección española de fútbol, y arquitecto.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Ya veremos. Bueno, si Dios me da salud.

—Te la dará. Para entonces ya se habrá retirado Collar, y yo le sustituiré.

—¿Quién es Collar?

—¡Pero hombre, Muros, parece mentira! El extremo izquierdo del Atlético de Madrid.

—¡Ah!, ¿sí? Pues vete a la cama.

—¿Qué dices?

—Digo que te vayas a la cama. Son las diez. Si se entera tu padre de que todavía rondas por aquí, luego, el «tubo», a Muros.

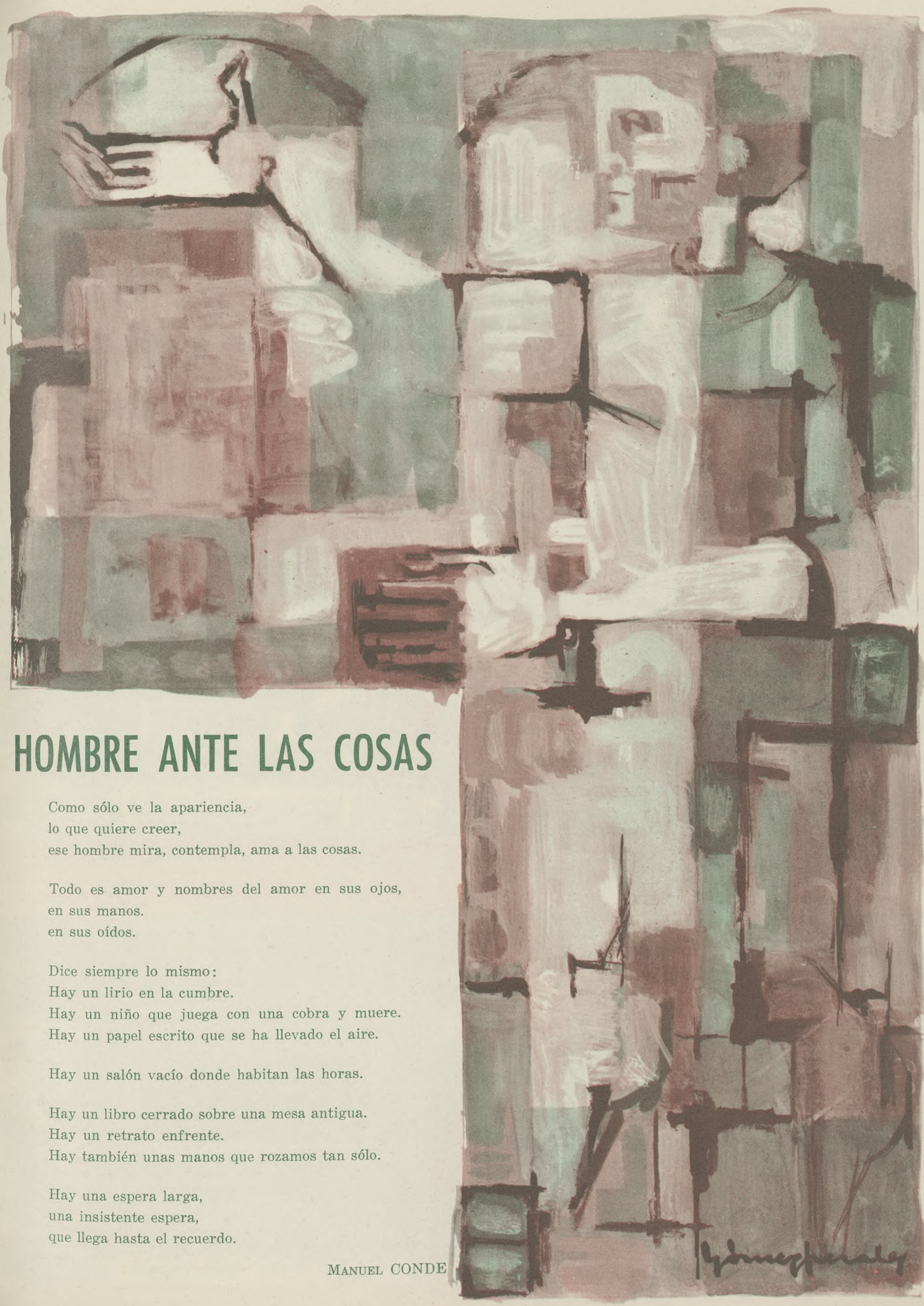
—¿Te da miedo del capitán?

—No es miedo, aunque a mí me da miedo de muchas cosas. Es que... son las diez.

Luiso no discutió. De pronto, sintió que tenía sueño, mucho sueño, un sueño irresistible.

—Adiós, marinero.

—Hasta mañana, grumete.



HOMBRE ANTE LAS COSAS

Como sólo ve la apariencia,
lo que quiere creer,
ese hombre mira, contempla, ama a las cosas.

Todo es amor y nombres del amor en sus ojos,
en sus manos.
en sus oídos.

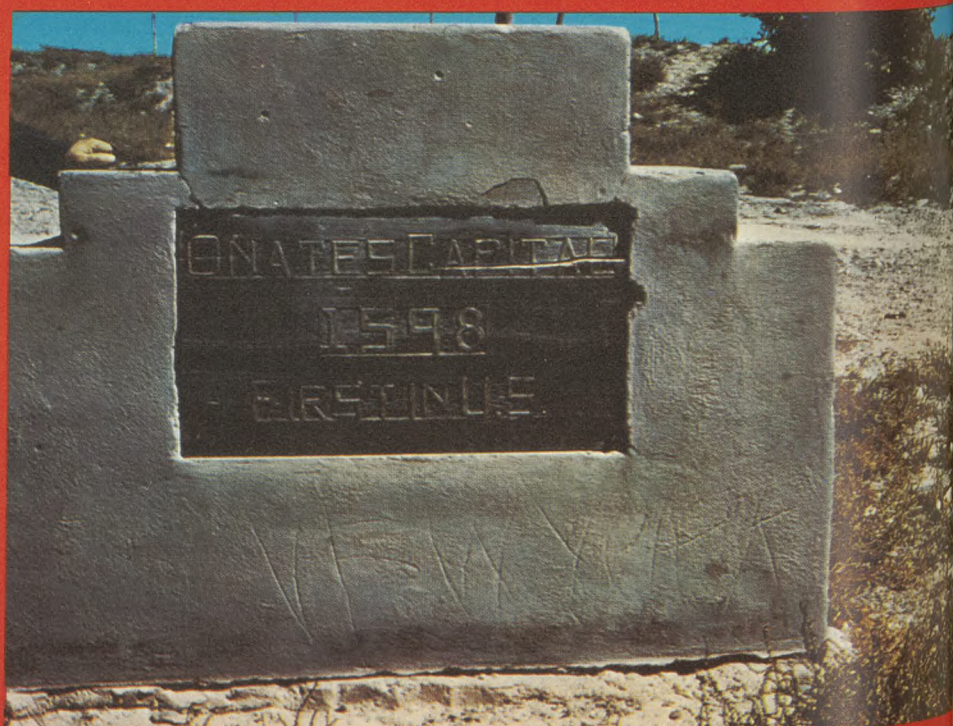
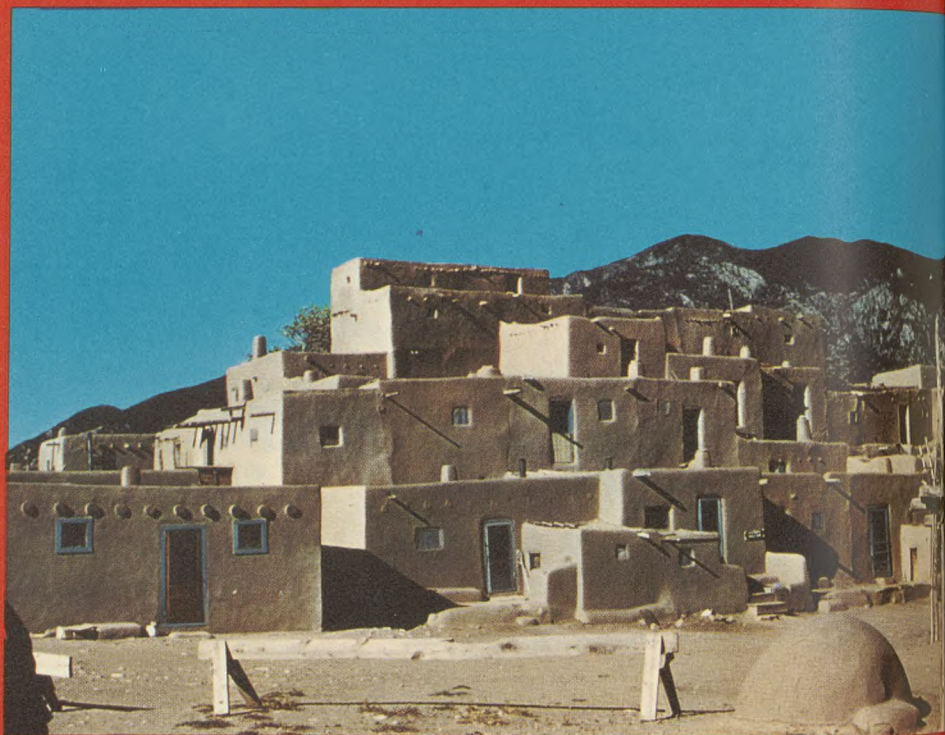
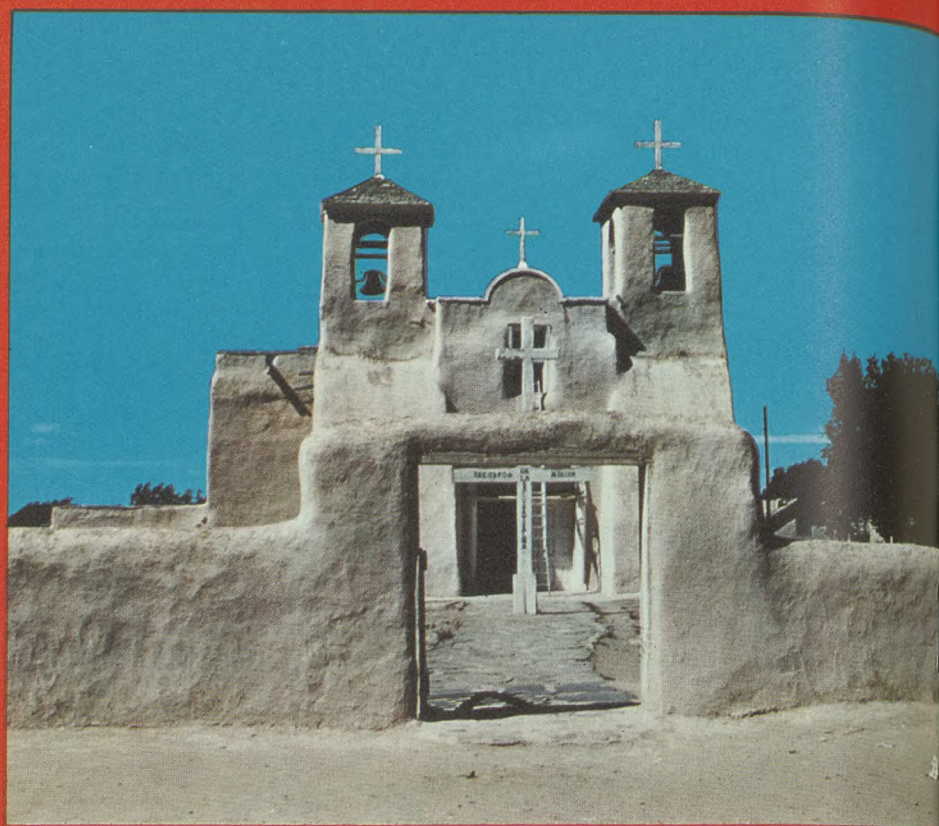
Dice siempre lo mismo:
Hay un lirio en la cumbre.
Hay un niño que juega con una cobra y muere.
Hay un papel escrito que se ha llevado el aire.

Hay un salón vacío donde habitan las horas.

Hay un libro cerrado sobre una mesa antigua.
Hay un retrato enfrente.
Hay también unas manos que rozamos tan sólo.

Hay una espera larga,
una insistente espera,
que llega hasta el recuerdo.

MANUEL CONDE



NUEVO MÉXICO, TIERRA de ENSUEÑO

(Notas a vuela pluma de un viaje
por los EE. UU.)
por BLAS PIÑAR

Si Florida es, ciertamente, «the sunshine state» y la propaganda turística habla con acierto del «colorful Colorado», a Nuevo México corresponde sin duda el nombre atractivo de «land of enchantment», donde todo es distinto, desde el paisaje desértico o bravo hasta el hombre, cuya raíz cultural hispana, no obstante la llegada creciente de los anglos, subsiste y en algunas regiones del país continúa dominando.

La presencia hispana en los Estados Unidos ha sido mucho más extensa y profunda de lo que, incluso en medios cultivados, se cree. La realidad es, pese a las desfiguraciones históricas dirigidas, que la vasta extensión territorial que hoy constituye el asiento geográfico de la gran nación norteamericana estuvo sujeta a la soberanía española, y que ésta no se limitó a puros actos simbólicos e inoperantes, sino que fué ejercida de hecho, hasta el pun-

to de que, muy dentro del territorio de la Unión—en el condado de Ouray, en las montañas Rocosas—, se sigue hablando todavía nuestro idioma.

Si tenemos a la vista un mapa de los Estados Unidos y, mirando a las líneas que trazan su actual configuración política, nos preguntamos cuál fué la aportación española a este inmenso país, tendremos que confesar y proclamar que, frente al núcleo aglutinante de la nueva nacionalidad que fueron las diminutas colonias inglesas, las hispanas cubrían la casi totalidad de lo que hoy se llaman estados. De otra parte, Jamestown o Williamsburg son ciudades jóvenes comparadas con Pensacola, Sarasota y San Agustín, en Florida; o de fundación paralela a la villa real de la Santa Fe de San Francisco de Asís, cuyo 350 aniversario se conmemora en este año de gracia de 1960.

En una de las salas del Museo de Santa Fe, instalado con decoro en el Palacio de los Gobernadores, figura el retrato del capitán Diego de Vargas Zapata, regalo a la villa del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. El recuerdo de aquel ilustre gobernador está vivo en la ciudad. El hotel donde me hospedo lleva su nombre, y «caballeros de Vargas» se denominan los nativos—por contraposición a los anglos—que integran la hermandad que así se titula y que todos los años contribuyen al realce de la «fiesta» y de la procesión de *La Conquistadora*.

Esta imagen de Nuestra Señora del Rosario se venera en la catedral de San Francisco. La Historia cuenta que los frailes la trajeron en 1625, y que, cuando la famosa y violenta rebelión de los indios en 1680, «a brave spanish señora» la arrebató de entre el incendio y consiguió salvarla.

En Santa Fe, aparte de la catedral, puede admirarse la iglesia de San Miguel, que allí se considera como la más antigua de los Estados Unidos, y la de Cristo Rey, en cuyo retablo se lee: «A devoción del señor don Francisco Antonio Marín del Valle, gobernador y capitán general de este Reino, y de su esposa, doña María Ignacia Martínez de Ugarte, año de 1761.»

Saliendo de Santa Fe, camino de San Juan, se encuentra un sencillo monumento de piedra con una placa de bronce que reza así: «Oñate's Capital. First in U. S.». Aunque la primacía no sea cierta, la verdad es que Juan de Oñate fué el conquistador de Nuevo México y que su expedición, compuesta de unos 400 soldados y colonos—con sus esposas e hijos y 10 misioneros franciscanos—, pacificó a los indios y fundó la villa de San Juan de los Caballeros.

Al recorrer la comarca es obligado visitar a Taos, misión y pueblo. Ante la iglesia de la misión, hecha de adobes encalados, una cruz exhibe en su brazo horizontal un lema profundo en castellano: «Salva tu alma.»

En la iglesia, en la mañana de este 22 de septiembre, unas mujeres limpian y arreglan los bancos y los altares. Su español es dulce, suave y femenino. Guardo silencio, porque el lugar y las palabras me llegan a lo hondo. Las mujeres que limpian y arreglan el lugar sagrado son las esposas de los mayordomos Federico y Tomasito Martínez, Antonio Luis Romero y Rubén Trujillo. Entre ellas se mueve apresurada una de cierta edad, ágil y dispuesta, que se llama María Vallés y que nació en Grado (Asturias). ¿Qué misteriosas y extrañas aventuras la llevaron a aquella ciudad minúscula de Nuevo México?

El pueblo de Taos dista poco de la misión. Allí habitan los indios, en las mismas casas de adobe que España les enseñó a construir. Las habitaciones se aúpan y encaraman las unas sobre las otras. Parece como un ensayo primitivo de propiedad horizontal.

Trampas es otro pueblo pequeño, de no fácil acceso, situado entre el laberinto montañoso de la cordillera. En la parroquia que preside el lugar, otra cruz, adosada al muro, dice: «Recuerdo de la misión por el reverendo padre Elías Zúñiga. Marzo, 6 de septiembre de 1927». A la puerta, y en un día luminoso, José del Carmen Romero, un hispano-norteamericano que nació en 1878, se retrata conmigo y con Carlos Vigil, presidente del Instituto de Cultura Hispánica de Denver (Colorado), y con Edward Rock, del Departamento de Estado. Después de conseguir la fotografía, José del Carmen Romero, que sólo habla español, me lleva a su casa y me enseña los libros que guarda como un tesoro; entre ellos, un catecismo del padre Ripalda. En las paredes cuelgan retratos de los nietos, soldados con el uniforme de la última guerra. ¡Dos mundos distintos!

Si en Trampas pude conocer a este viejo hispano, en Córdova (así, con «v») conocí al último de los santeros. Sabido es que en Nuevo México y en general en el llamado sudoeste, por varias razones—pero principalmente por la distancia y el aislamiento—, se desarrolló un arte religioso rudo y sencillo. Las imágenes, «santos» (1), fruto de dicho arte, figuran en gran número en el museo de Colorado Springs; pero aún pueden verse y contemplarse en sus puntos de origen viniendo a estos islotes de la vieja España, defendidos por los montes y el espíritu tradicional y conservador de sus habitantes.

Jorge López es el último de los santeros. Hace también de sacristán, de intérprete y de guía. Su casa—verdadero taller— está poblada de imágenes hechas de abedul: el Santo Niño de Atocha, Santiago ecuestre y matamoros, San Isidro Labrador arando y con el ángel y el Espíritu Santo. Se hace de noche en el taller. Llegan los chicos y la esposa de Jorge López, una aldeana sencilla, saca el rosario, que rezarán todos antes de dormir.

Unas dos horas separan—en automóvil, por carretera—Santa Fe de Albuquerque, la ciudad más populosa de Nuevo México. En Albuquerque está el primero de los hoteles Hilton, ya centenario. En el patio, las palabras españolas se cruzan con las inglesas. Es una mezcla extraña en la cual, conforme avanza el tiempo y la fuerza expansiva y absorbente de lo anglosajón, aquéllas tienden a ser eliminadas, transformadas u olvidadas. ¡Qué inmenso quehacer colectivo para evitar la absorción de las minorías culturalmente hispanas adscritas a una soberanía política de raíz diferente!

En la Placita de Albuquerque—recuerdo colonial—hay un templete, como en nuestras capitales de provincia, para la banda de música. En una esquina se alza la iglesia de San Felipe de Neri, establecida, como anuncia un cartelón allí colocado, por Francisco Cuervo y Valdés en 1706.

Recorro las calles de la ciudad. En un almacén, una dependienta me pregunta: «Can I help you?»; pero luego, al reconocermelo como hispano, me atiende en español. La mayoría de los cines proyectan películas mejicanas, y en los templos se reparte *El buen pastor*, la hoja parroquial editada en El Paso.

La misa del domingo en San Felipe de Neri constituye una sorpresa desagradable. Un sacerdote de pelo oscuro y ademanes de nuestra estirpe ha predicado, en un inglés correcto, para un auditorio que tengo la seguridad que no ha llegado a comprenderle.

Después de la misa me he incorporado a una excursión (picnic) de estudiantes y profesores de la Universidad, a *Sandia Mounts*. Comparto su cerveza y sus frijoles, y me devueiven, sano y salvo, a Albuquerque en un *Wolkswagen*, el coche europeo anunciado por Hitler, que enamora y seduce a los norteamericanos.

Cerca de Albuquerque, en la Route 2, Box 379, vive la escritora Erna Fergusson. Entre sus libros, que manoseo, hay uno de especial interés. Se titula: *New México. A Pageant of three peoples*. Y es verdad; porque en este país conviven, sin llegar a entenderse del todo, indios, hispanos y anglos.

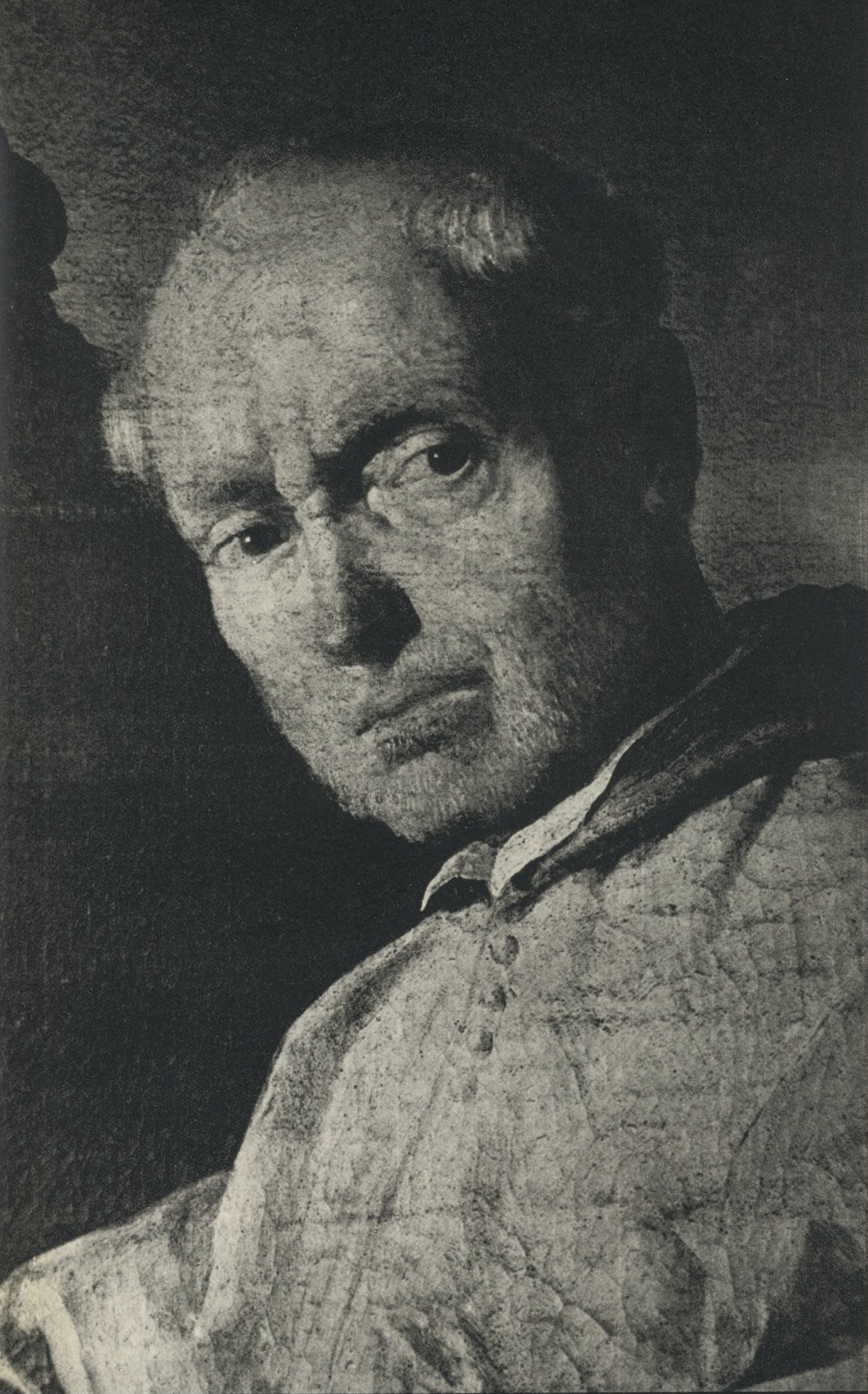
Más allá de Albuquerque se encuentra Bernalillo (contracción de Barnal Díaz del Castillo), las ruinas del poblado indio de Kva y el monumento a Francisco Vázquez de Coronado, que exploró la región del Río Grande entre 1540 y 1541.

El 23 de septiembre, a las 12,45 horas, despegó el avión de la Continental Air Lines, que me lleva a Dallas (Texas).

Me recuesto en el cómodo sillón. Abajo, todo el paisaje de Nuevo México, donde estuvieron y están los míos, los hispanos. Ellos, ahora, trabajan, mientras yo sueño con *mister Murphy*, el alcalde de Santa Fe, que despacha licores en su establecimiento, y con aquellos indicadores sobrepuestos del camino: «Santa Fe» y «Española», que para mí, soñando y mirando al cielo, son, a la vez, una orden y una esperanza.

(1) MUNDO HISPÁNICO publicó, en su número 131, un extenso reportaje sobre Santos y bultos en Nuevo México, por Alberto Duca.

Algunos de los momentos y paisajes evocados en este artículo. Destacan la Misión y el pueblo de Taos y la placa de bronce con el nombre de Oñate.



La obra cumbre de Zurbarán es la cabeza del padre Illescas. (Foto del autor.)

LA REINA DE LAS SACRISTIAS DE ESPAÑA

I

GNORO quién fué el primero que así llamó a la más bella y acabada pieza arquitectónica del monasterio extremeño de Guadalupe; pero, ciertamente, son muchos los que hoy suscriben esta afirmación. En el siete veces secular santuario de las Villuercas—templo augusto de la Hispanidad, forjada por los

Reyes Católicos cabe sus ciclópeos muros—, que atesora tantos valores de arte, enlazados casi siempre con brillantes páginas de historia española, es la sacristía lo que más atrae la atención de los eruditos y la obra más acabada del extenso edificio.

Para contemplarla en toda su hermosura debemos hacer nuestra entrada por la pequeña pieza situada como umbral, la antesacristía, labrada en la torre de Santa Ana—o del reloj—, que, desde el siglo XIV, sirvió para sacristía, y en la décimo-séptima centuria fué un tanto reformada al destinarse a «lavamanos». Contemplando su grandiosa pila de jaspes, los notables retratos de Carlos II, su primera esposa y el cardenal Milini, ejecutados por Carreño Miranda; otros tres lienzos anónimos de no escaso valor, dos buenos cobres y otros tantos espejos con grandes marcos de ébano, nuestro espíritu se va preparando insensiblemente pa-



La sacristía del monasterio de Guadalupe (Cáceres) guarda una de las más bellas colecciones de Zurbarán.

ra introducirse, reverente, en el *sancta sanctorum* del celebrado monasterio extremeño: la sacristía, que aparece al fondo, tras una majestuosa portada de negros jaspes, en cuyo elegante frontón vemos la dedicatoria de tan importante pieza a «Dios Optimo Máximo, a la siempre Virgen Madre y al Divino Jerónimo».

Las obras de la sacristía guadalupense dieron comienzo a me-

diados del año 1638, según planos diseñados por un carmelita descalzo cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros. Regía, a la sazón, los destinos del cenobio el benemérito padre fray Diego de Montalvo, y fueron los padres fray Martín de San Jerónimo (1639-1642), fray Ambrosio de Castellar (1642-1645) y fray Juan de Toledo (1645-1648) los tres priores que, prosiguiendo la idea del padre Montalvo, dieron cima a las obras en 1648, como rezan los dípticos colocados en los dos marcos de las ventanas que dan luz a esta sala.

La arquitectura no es aquí lo más importante, con representar una obra de extraordinaria belleza, acabada unidad y simetría perfecta. Su principal valor radica en ser el marco ideal para esa gran colección de lienzos que, inmortalizando al hijo ilustre de Fuente de Cantos, han unido de tal forma su nombre con el monasterio extremeño, que Zurbarán sin la sacristía guadalupense sería incomprendible, y Guadalupe sin Zurbarán resultaría incompleto. Mutuamente, se complementan y explican.

Francisco de Zurbarán—desestimado hasta que Elías Tormo quitó el polvo que envolvía su memoria, y al que hoy se considera como uno de los cinco maestros próceres de la pintura española—nació en Fuente de Cantos (Badajoz), el año 1598, y fué llamado a trabajar en Gua-

tán firmados por Zurbarán, en los años 1638-1639, y no sería aventurado pensar que los restantes fueran acabados por algún discípulo; sobre todo el del padre Orgaz (ya que en mayo de 1639 falleció, en Sevilla, la esposa de Zurbarán y en octubre del mismo año encontramos ya a nuestro pintor en la ciudad andaluza). Los ocho lienzos representan, comenzando por el último de la izquierda, según hemos entrado en la sacristía:

1.º *Padre fray Fernando Yáñez de Figueroa*, monje profeso de la casa matriz de la Orden jerónima, lupiana, y primer prior del naciente monasterio guadalupense, donde falleció en 1412. El rey Enrique II de Trastámara le impone su birreta, ofreciéndole la mitra de Toledo, que él, humildemente, nunca aceptó. Detrás del rey aparece un caballero de la Orden de Santiago, que bien pudiera ser —Tormo no lo descarta— el autorretrato del propio Zurbarán. Está firmado en 1639.

2.º *Padre fray Pedro de Valladolid o de las Cabañuelas*, muerto en 1441. Representa el famoso prodigio eucarístico que el Señor obró para recompensar la fe combatida de este virtuoso prior, que dirigía el espíritu de la reina madre de Enrique IV, doña María de Aragón. La sagrada hostia se eleva en el aire y, descendiendo luego sobre el cáliz vacío, gotea sangre divina y mancha los corporales, que, a partir de entonces, se guardan en el relicario del monasterio. Está firmado en 1638.

3.º *Padre fray Gonzalo de Illescas*, muerto en 1464. Fué confesor del rey don Juan II, prior de Guadalupe y después obispo de Córdoba. Su sepulcro, de alabastro, en el claustro mudéjar, fué labrado por el famoso holandés Anequín Egas. Es, tal vez, el mejor cuadro de la sacristía, si a técnica atendemos, y en la cabeza del monje logró Zurbarán un maravilloso retrato. Está firmado en 1639.

4.º *Padre fray Andrés de Salmerón*, muerto en 1408. Representa el momento en que este santo varón recibe las bendiciones del Señor. Es la suprema inspiración del pintor extremeño, y los detalles de plegado en los vestidos, sombras, etc., hacen de él una obra perfecta. La mano de Jesucristo sobre la cabeza del prior es tan maravillosa que por contemplarla «¡debieran los artistas emprender viaje a Guadalupe!», como escribió don Elías Tormo. Está firmado en 1638.

5.º *Padre fray Diego de Orgaz*, muerto en 1465. Representa al demonio, que, en forma de jabalí, de león o de mujer, distrae al virtuoso monje en su oración. Este cuadro—que probablemente no acabó Zurbarán—es el de menos calidad, por su excesivo tenebrismo, por el sitio y porque se halla junto a los que tienen más luminosidad. No está firmado.

6.º *Padre fray Pedro de Salamanca*, muerto en 1479. El

pintor recoge aquí una visión que fray Pedro muestra a otro monje, aterrado al contemplar el reflejo de un voraz incendio. No está firmado.

7.º *Padre fray Martín de Vizcaya*, muerto en 1440. Es un buen lienzo, con magnífico estudio de blancos y negros, que representa al caritativo portero dando limosna a los pobres. No está firmado.

8.º *Padre fray Juan de Carrión*, muerto en 1416. Es otro de los buenos lienzos de Zurbarán, que lo firmó en 1639. Representa al padre Carrión, que, avisado por el cielo de su muerte, se despide de los monjes en el coro.

Pasando a la capilla de San Jerónimo nos encontramos nuevamente con el gran artista de Fuente de Cantos. De su pincel salió el bello cuadro de la apoteosis de San Jerónimo—colocado en el ático del altar y llamado por muchos «perla de Zurbarán»—, de extraordinaria gracia y perfecta composición. También son de él—o, al menos, de un discípulo que manejó maravillosamente su técnica—los ocho cuadritos (eran diez, pero fueron arrancados en los años de la desamortización) del estílobato y pedestales del altar. Finalmente, se le atribuyen los dos grandes lienzos apaisados laterales, que representan las «tentaciones» de San Jerónimo en el

Finalmente, completan esta pieza, diminuta pero de gran belleza, una magnífica escultura de San Jerónimo, labrada en *terra cotta* por Pedro Torrigiani. Contra los que afirman pertenecer a su escuela o ser una copia del San Jerónimo que dicho artista labró para el monasterio sevillano de San Jerónimo de Buenavista—y que hoy se halla en el museo de pinturas de la ciudad andaluza—, tenemos el claro y terminante testimonio de los historiadores del monasterio guadalupense, que nos dicen haber sido labrada esta talla por Torrigiani en 1522, cuando se hallaba en Sevilla. En 1526 se colocó en el retablo mayor de Guadalupe, debajo de la Virgen titular, y allí estuvo hasta su traslado al sitio que hoy ocupa en la sacristía.

Del cupulín de la capillita pende una farola de metal amarillo, que es llamada «fanal de Lepanto». Se envió a Guadalupe, por encargo de Don Juan de Austria, para agradecer a la virgen la victoria que este valiente capitán encomendó a su intercesión. Primitivamente lució en el templo al lado de otras doscientas y más lámparas de ricos metales que regalaron a la milagrosa Virgen de Guadalupe reyes, nobles y conquistadores; pero, al desaparecer aquéllas en manos del rey Carlos IV y de los soldados napoleónicos, fué colocada en la sacristía, donde presta singular ornato a la más bella pieza del célebre monasterio gua-



dalupe cuando se hallaba en plena madurez artística. Es el año 1638 cuando firma sus mejores obras en la Cartuja de Jerez, y ésa es la fecha en que comienza a pintar los grandes lienzos de la sacristía guadalupense. Podemos decir que lo mejor que él tiene en Guadalupe se halla en la sacristía: ocho enormes lienzos colocados en lujosos marcos que, al representarnos escenas vividas por los primeros monjes que santificaron los claustros de Guadalupe, trasladan nuestro espíritu al siglo XV. De los ocho lienzos, cinco es-



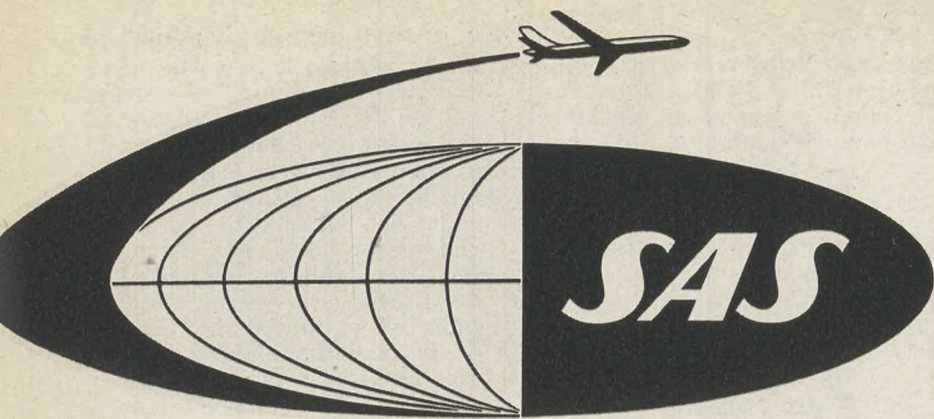
La arquitectura del patio central presenta este bello aspecto desde lo alto.

desierto de Siria y los «azotes» que, en sueños, creyó recibir el santo por el gusto desmedido con que leía a los clásicos paganos. Mucho se ha discutido sobre la paternidad de estos dos buenos lienzos; y, por nuestra parte, creemos—con Elías Tormo—que, mientras el de los «azotes» salió indiscutiblemente de su pincel, el de las «tentaciones», con visible técnica ribresca, pudo ser dibujado por Zurbarán, pero lo debió de pintar algún discípulo.

dalupense, la «reina de las sacristías de España», a pesar del notable abandono en que el arquitecto restaurador de Guadalupe la tiene; pues a nadie se oculta lo urgente que es refrescar sus resecos lienzos y retocar algunos desperfectos en sus paredes.

Fr. ARTURO ALVAREZ, O. F. M.

De la R. Academia Sevillana de B. Letras y Archivero de Guadalupe.



COMPAÑIA AEREA MUNDIAL

Vuela a 75 ciudades, de 45 países, en 5 continentes

VUELE A SUDAMERICA con SAS

- 4 vuelos semanales SAS/SWISSAIR.
- Excelentes conexiones vía Lisboa.
- Clases Primera y Turista.
- Aviones DC-7C.

Y A CUALQUIER LUGAR DEL MUNDO

- 14 vuelos semanales EUROPA-NUEVA YORK, v. v.
- 6 vuelos semanales EUROPA-CALIFORNIA, v. v.
Vía Ruta Polar.
- 9 vuelos semanales SAS/SWISSAIR al LEJANO ORIENTE, v., v. 3 vía Ruta Polar.
- 2 vuelos semanales a AFRICA, v. v.
- 24 vuelos semanales SAS/SWISSAIR al CERCANO y MEDIO ORIENTE, v. v.

ENVIE SUS MERCANCIAS CON EL SERVICIO *SKY-FREIGHTER*

Todos los aviones de SAS transportan mercancías



Edificio España
Teléf. 47 17 00
M A D R I D

Av. Tous y Maroto, s/n.
Teléf. 15600
PALMA DE MALLORCA

Mallorca, 227
Teléf. 27 31 06
BARCELONA

VALENCIA

El mundo fantástico de la seda natural

El mes de marzo—ventoso según la tradición, luminoso y cálido según la costumbre por estas levantinas latitudes—trae una urgente y barroca primavera a esta costa del Mediterráneo clásico. Valencia, gemela de Atenas por su privilegiada latitud, viste sus mejores galas, para ofrecer al mundo entero la orgía de luminosidad y de color con que rompe la alegría de su anticipada primavera. Valencia, en torno a la festividad de San José—y sobre el andamiaje de unas tradicionales manifestaciones folklóricas—, alza el monumento



de sus fallas como una efímera eclosión de júbilo y plasticidad. En estas fechas en que Valencia enmarca su irreprimible impulso creador y vital en un espectáculo total e ininterrumpido; en estos días en que la curiosidad y el asombro se centran en estas archiconocidas y popularísimas fiestas, queremos poner nuestros ojos en otros aspectos, tal vez más ocultos a la atención apremiada de un viaje turístico. Como en una improvisada síntesis, daremos unos rasgos de esta ciudad, que posee también otras trascendentes dimensiones. La riqueza y colorido de los trajes de las labradoras tienen su historia y su arte: el de la seda y su laboriosísima industria. Galas que lucen las mujeres de Valencia, de cuya confección y orígenes damos noticia en un reportaje. Y Valencia, que crece cada día, que ve la necesidad de ensanchar su topografía, va convirtiéndose poco a poco en la Gran Valencia que sus ingeniosos hombres han soñado. De la invención de esta nueva ciudad—y de otros aspectos urbanos, presentes y pasados—damos también noticia gráfica aquí.

"Ni por pobre ni por rico, ni por propincuo ni extraño, ni por conocido o no, declines el recto juicio."



STA es la leyenda que reza en la orla del escudo pintado en el techo del salón de actos del Colegio de Arte Mayor de la Seda de Valencia. En el centro, San Jerónimo, con su león. Porque San Jerónimo, cuando fué arzobispo de Sevilla, fué el primero que vistió seda, antes, naturalmente, de retirarse a su vida de anacoreta. Y por eso el gremio le instituyó su patrono. Y todos los años el Colegio



le dedica una gran fiesta con el simpático acto—además de los religiosos y de la elección de nuevo Clavario Mayor—de un reparto de donativos a antiguos tejedores—hombres y mujeres—que, por cualquier circunstancia, se hallen en necesidad de ayuda.

EL ESPLENDOR DE UNA EPOCA

Toda la costa del Mediterráneo, durante los siglos XV al XVIII (que fué el de mayor auge en este comercio) y parte del XIX, puede decirse que vivía pendiente de la producción de piezas maravillosas, donde la seda y el oro se combinaban para deleite de los ojos y el adorno de todo lo mejor que la humanidad posee: desde los ornamentos sagrados y los palacios, hasta los vestidos.

Cuando visitamos esos palacios y palacetes antiguos y vemos como sus tapicerías

En el Colegio del Arte Mayor de la Seda, de Valencia, estuvo centrado el esplendor de una época

se conservan intactas y como recién hechas; y esas paredes cuyo tapizado no necesita de nada más, tenemos que recordar anécdotas como, por ejemplo, la de la condesa de Gavia, que mandó construir un palacio en Madrid y, al propio tiempo, encargó la tapicería de su *boudoir* a los telares más antiguos de Valencia: a los de Garín. Pues bien, la condesa tuvo su palacio terminado a los tres años. ¡Pero hasta los cinco no tuvo el tapizado de su gabinete! Y es porque del espolín—o sea, el tejido más caro y difícil—sólo pueden hacerse unos centímetros diarios—¡de cuatro a cincuenta!—; según sea el bordado, la trama más o menos complicada de éste, el realce.

También me cuenta don José María Garín, uno de los descendientes del fundador del telar, que el cardenal Sancha, amigo de don Felipe Garín, le dijo: «Si alguna vez insinuó que las telas son caras, recuérdame la visita a tu fábrica.»

El orgullo de los valencianos y su deseo de poseer todos los secretos del arte de fabricar la seda eran tales, que no podían

LA SEDA EN VALENCIA

tolerar que, en Lyon, se hubiese lanzado al mercado la modalidad llamada *moaré* sin que ellos supieran en qué consistía. Entonces, el industrial don Joaquín Manuel Fos concibió la siguiente aventura: marcharse; desaparecer sin dejar rastro, a fin de que no le buscasen y estropeasen sus planes, y llegar hasta Lyon. Una vez allí, pedir trabajo de aprendiz en cualquier telar, para descubrir el secreto de la fabricación del citado *moaré*, que se guardaba con mucho celo.

Y cuando, en el siglo XVIII, se siente la necesidad de nombrar un inspector general para la dirección de las fábricas de seda del reino de Valencia, recae en él dicho nombramiento, siendo tan riguroso en el exacto cumplimiento de las ordenanzas instituidas por el Colegio, que no perdonó fraude, por pequeño que fuese.

Mandó Fos que fuesen quemadas, por mano del verdugo, en plena plaza del Mercado, y frente al bello edificio gótico de la Lonja—construida precisamente para lonja de la seda—, y en un tablado levantado al efecto, «ocho piezas de ropa», por hallarse tramadas aquéllas a un cabo y, por lo mismo, faltas de peso, imponiéndoles, además, la multa de treinta libras con las costas, y que en el tablado, con

se trabaja a máquina y a mano. Pero el taller mecánico no tiene interés para nosotros. Es el otro, donde veinte mujeres—de catorce a cincuenta años—tejen, con primor y con una paciencia benedictina, esos ensueños de telas, para casullas, para tapicerías selectas y, sobre todo, para esas faldas de las valencianas que lucen en las fiestas típicas de la región, y que no hay traje de noche que pueda igualar. Porque, si bien es cierto que tiene su origen este traje en la huerta—a la que debe la alegría de su colorido—, también es verdad que, poco a poco, estas labradoras, para no desentonar con la riqueza de la huerta, lo fueron ornando y enriqueciendo de tal forma, que las telas se hicieron preciosas al ser tejidas con las mejores sedas, a las



En Murcia, la arcaica y laboriosa industria de la seda se ejerce como una distracción. Tres momentos de la cría del gusano: en los «zarzos», envuelto por las hojas que le sirven de alimento, las de la morera; a punto de «hilar» o hacer el capullo, y encerrado ya en su cárcel de seda, donde le sorprenderá la muerte.

No le importa el disgusto de sus familiares; antes que nada estaba el prestigio de su región. Y tiene la suerte de embarcar en un pesquero y de que le admitan en un telar lionés como un vulgar aprendiz. Y al año y medio pudo reaparecer por Valencia conociendo perfectamente la fabricación del nuevo tejido. Y dice la historia del Colegio que, desde entonces, aumentó considerablemente el auge de la seda; porque don Manuel Fos fué un gran impulsor, en todos los órdenes, de este negocio, siendo también el que primero implantó en Valencia el alumbrado público, por medio de faroles de petróleo. Así, que se le llama, entre otras cosas, «el padre de la seda».

letras grandes, se pusieran los nombres de los maestros en cuyas casas se habían confeccionado.

¡Así eran de rigurosos los estatutos de este importante gremio de «velluters»!

* * *

Valencia no se resigna a que desaparezca por completo esta industria, que la hizo famosa en el mundo; y, aunque el gusano tiene mayor cultivo en la vega murciana, sigue habiendo telares en la capital y en algunos pueblos cercanos a ella.

He visitado uno de dichos telares, el de Garín, donde se da el contraste de lo tradicional y lo moderno; es decir, donde

que se fueron añadiendo hilos de oro y plata; después, la pañoleta de tul y el delantal con lentejuelas y bordados en oro... Y en este taller se confeccionó el traje que Valencia regaló a la hija del Caudillo. Y hay un cartón, para una clase de tejido, llamado «Valencia», que es el que emplean para sus faldas y corpiños todas las falleras mayores. Y hay otro tejido, llamado «capilla», tan complicado y tan difícil de hacer, que su creador—el señor Sales Gamón, jefe del dicho telar a mano—no quiere ¡ni intentar hacerlo de nuevo!; le tiene pánico.

En el siglo XVII, cuando Carlos II concedió al gremio el título de Colegio del Arte Mayor de la Seda, había en Valencia unos

800 telares. Pero en el siglo XVIII llegan a 3.535, con un total de 5.295 operarios hombres y 1.200 mujeres, consiguiendo fabricar, en el año 1786, 29.467 piezas de toda clase de tejidos de seda, invirtiendo 482.515 libras de dicha seda, e importando el coste de manufacturas 13.285.200 reales, y el de los géneros fabricados, 45.693.850 reales.

Y así, este emporio de riqueza dura otro siglo más, hasta que aparece la seda artificial en Francia (1880). Inventada por un fabricante que se llamaba Chardonnet; y por eso se llamó al primer tejido de seda artificial seda *chardonnet*.

Sin embargo, no era admitida por casi nadie. Y tuvo que llegar la guerra europea del 14 para que su consumo se generalizase



Si Murcia ofrece la materia prima, la vecina Valencia teje primorosamente terciopelos y rasos.

Los espolines siguen tejiéndose no como negocio, sino como tradición, y aún los podemos ver en las faldas de las "falleras"; su coste asciende a varios miles de duros.

...

Los estatutos de los "velluters" eran tan intransigentes, que las piezas faltas de peso las quemaba el verdugo en plaza pública.

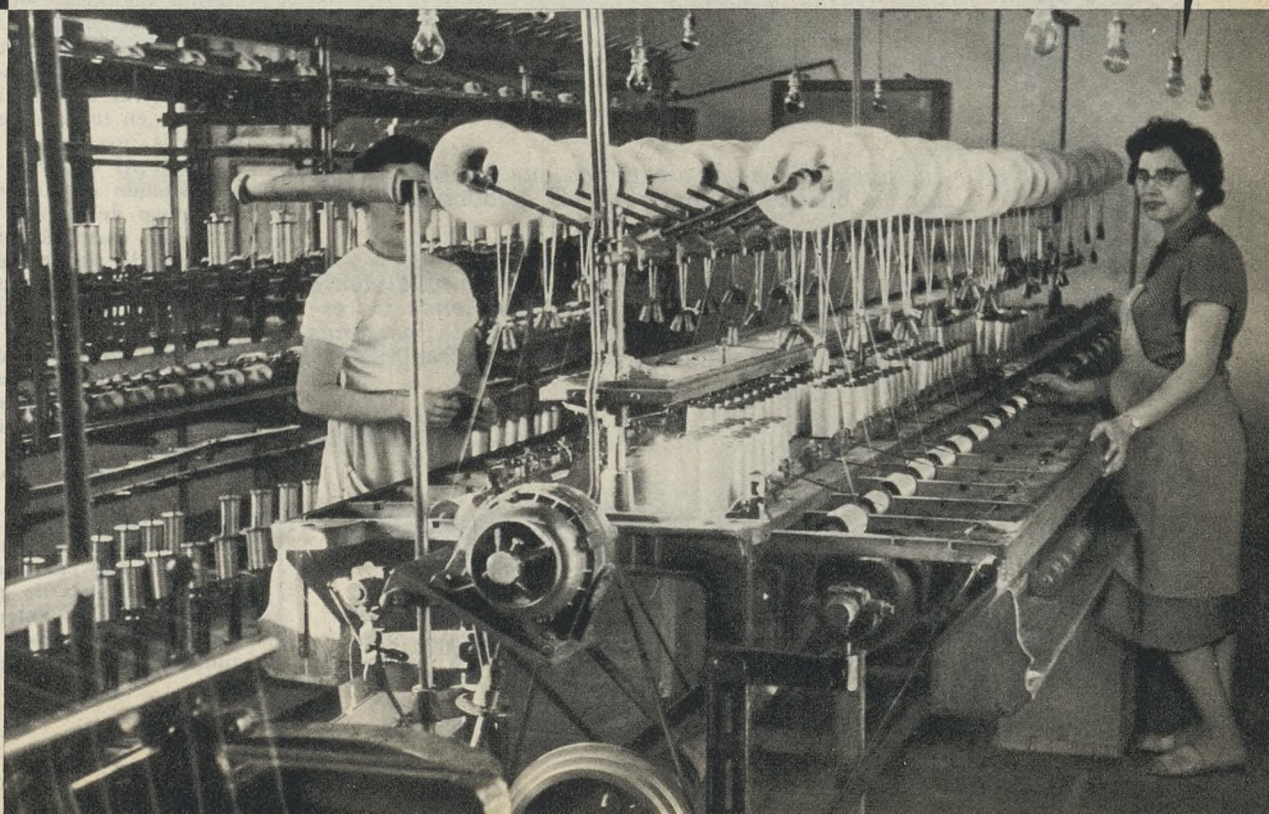


El hilo, dócilmente, pasa de la madeja al telar. El sacrificio de la mariposa no fué estéril.

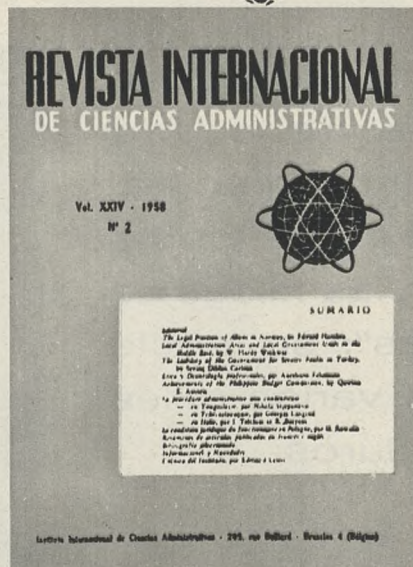
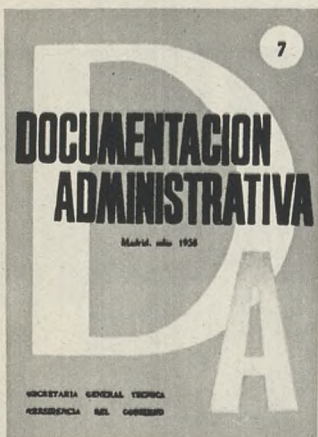
y empezase su auge, que aún perdura; hasta el extremo de que hoy un espolín de seda artificial, hecho con dibujos complicados, resulta tan caro como con seda natural. ¡Hasta tres mil pesetas metro! Sin embargo, la principal decadencia del tejido de seda natural se debió a una enfermedad del gusano, que afectó a toda la costa mediterránea. En Francia e Italia dejó sólo el diez por ciento de la población gusanil o productora.

Son muchos los estudios que se hacen actualmente sobre la seda, y constantemente se bucea por los curiosos en archivos y talleres. Más de una tesis doctoral ha tomado como base esta importante industria, que de cada observador hace ya para siempre un entusiasta propagandista.

Carmen Payá



- ★ Publicada por el Instituto Internacional de Ciencias Administrativas en tres ediciones separadas: española, francesa e inglesa.
- ★ Aparece trimestralmente y recoge los problemas de mayor actualidad planteados en los diversos campos de la Administración pública, a través de los trabajos de los autores más destacados en la materia.
- ★ En la crónica del Instituto que aparece en sus páginas, se da cuenta de los aspectos más sobresalientes de la vida internacional en el área de las ciencias administrativas, ya que en dicho Instituto se hallan representados la mayor parte de los países del mundo.
- ★ Esta revista contiene pues una completa información sobre los intentos y realidades del movimiento producido universalmente en pro de la reforma de la Administración.
- ★ PRECIO SUSCRIPCIÓN: 8 \$ U. S. A. o 480 PESETAS.



reducción del 20%
en el precio de ambas.

DOCUMENTACIÓN ADMINISTRATIVA es la revista de la Administración española, editada por la Secretaría General Técnica de la Presidencia del Gobierno.

Recoge las sugerencias de funcionarios y particulares en orden a la mejora de los servicios públicos.

En sus Temas, Crónicas y Noticias se recogen los aspectos más importantes de la reforma administrativa española.

Su sección Documentación Bibliográfica facilita bibliografía sobre la reforma administrativa en los distintos países europeos y americanos.

Incluye un sistema de fichas que facilita al lector la búsqueda de los temas publicados en la revista.

DOCUMENTACIÓN ADMINISTRATIVA publica igualmente separatas de aquellos trabajos que tienen un especial interés para gran número de personas interesadas en materia de Administración pública.

PRECIO SUSCRIPCIÓN: 6 \$ U. S. A. o 360 PTAS.

Para la suscripción independiente o conjunta, diríjase a

Administración de
DOCUMENTACION
ADMINISTRATIVA

Trafalgar, 29
Teléfono 57 90 07
MADRID - 10

El mundo de la seda

DE GUSANO A MARIPOSA EN 65 DIAS

LA TRIPLE VIDA DEL GUSANO DE SEDA

El rito comienza el primer viernes de marzo, el día que, a las puertas de las iglesias, los devotos aguardan para adorar a Jesús de Medinaceli. Los árboles ya comienzan a querer dar sombra. Y bien que hace falta; porque en la huerta de Murcia el sol de marzo aprieta de firme. Los ejércitos de albaricoqueros y manzanos, de perales y ciruelos, no tienen más allá de una fresca pelusilla verde. La morera es más adelantada, y sus hojas anchas tientan a los muchachos, que se suben a los plantones y los ordeñan; aunque no hayan nacido los gusanos de seda.

Porque los gusanos de seda se alimentan de hojas de morera. Y es el primer viernes de marzo cuando comienza el ciclo de la cría del gusano. Los diminutos huevecillos amarillentos—la «simiente»—estuvieron desde el año pasado en el fondo del arca, bien guardados en cajitas de hojalata que antes fueron de sangrante pimentón. Para el primer viernes de marzo, el ama de casa ha preparado los «zarzos», lechos formados por cañas atadas entre sí a la manera de una frágil balsa. Los zarzos son resguardados del sol y la luz directa por unos armazones elementales, hechos también de cañas, que se cubren con mantas, formando una bóveda protectora. Cuando no es muy abundante la cantidad de gusanos de seda y caben en un zarzo o dos, éstos reposan sobre el respaldo de dos sillas, las fuertes sillas huertanas de asiento de sogá. Si la empresa es de más volumen, los zarzos descansan sobre banquillos durante el día, y a la noche se colocan en unos armazones especiales, a modo de literas.

Así comienza la corta vida del gusano de seda. Desde que nace, devora sin cesar. Cargas y cargas de hojas de morera desaparecen en pocas horas, engullidas por estos pequeños dragones. La difícil, delicada cría del gusano de seda es labor pesada, que requiere constante atención. Y, sin embargo, para el huertano de Murcia resulta una tarea menor, algo demasiado menudo. Lo importante es cavar, y regar, y escardar, y abonar. Pero la cría del gusano es cosa de mujeres, un entretenimiento para ellas.

Y la verdad es que, hasta que el capullo pasa a los ahogaderos (es decir, hasta que comienza la fase propiamente industrial), todo tiene un aire casero, de pequeña fiesta llevada en tono menor. Los niños piden a sus madres—o roban, en algún descuido—gusanos, que luego aparecen por los rincones de la casa, en cajas de zapatos, manoseados una y otra vez por sus pequeños amos; mostrados y remostrados, comparados con los de los amigos. O viajan, entre lápices y cuadernos, hasta la escuela, donde acaban con la paciencia del maestro, mareado ya y nerviosillo por el perfume sensual de primavera granada que le entra a borbotones por las abiertas ventanas.

Sentadas, al sol de la tarde, en sus sillas bajas, a las puertas de las casas, las mujeres huertanas hablan. «Mis gusanos están durmiendo de las dos», cuenta una de las vecinas del corro. «¡Ah!, pues los míos ya salieron de las tres», dice, con un leve matiz de orgullo, aquella otra que los «tiene muy adelantados». Y es que la edad de los gusanos de seda se cuenta por «dormidas». La dormida es el estado semiletárgico que experimentan durante los cambios de piel. De cada uno, el gusano sale lustroso, sensiblemente crecido y con hambre de monstruo mitológico, dispuesto a desquitarse del tiempo que estuvo sin comer. Allí queda su vieja piel, como una camisa sucia...

Después de la cuarta dormida termina la primera fase del gusano de seda. Va a producirse la metamorfosis maravillosa. No todos han llegado al final de esta fase, sino que muchos se quedan «monas». Quedarse mona significa que el gusano no hilará, no llegará a hacer el capullo, no dará el salto prodigioso que lo convertirá, de un desagradable bichejo reptante, en una mariposa, aunque de muy cortos vuelos.

Las mujeres que cuidan a los gusanos han preparado, para entonces, las cecillos de ramas secas, que van poniendo sobre los zarzos: es lo que se llama el «embojado». Los gusanos, acometidos ahora de una febril inquietud; erguidos de medio cuerpo, como si ya presintieran las alas, mueven constantemente la cabeza, buscando instintivamente «su» lugar. Van de un sitio a otro, olfatean una y otra rama. Por fin hallan el sitio propicio. En seguida, en torno suyo, surge una suavísima red que enlaza las ramas secas, dándoles una extraña vida nueva, como si estuvieran cuajadas de reflejos de luna. Al contacto con el aire, la secreción del gusano adulto se ha ido convirtiendo en finísimos y resistentes hilos que aseguran, primero, el firme apoyo de la obra emprendida. El animal se detiene un momento. Con la misma ansiedad con que se alimentaba, construye ahora su encierro voluntario, la cámara secreta donde cumplirá su metamorfosis. Poco a poco, una capa tras otra, las paredes del capullo se van haciendo más opacas; hasta que, por fin, el constructor desaparece totalmente. Se está operando el prodigio.

En el proceso natural, al cabo de veinte días, aparecerá humedecido uno de los extremos del capullo. Por ahí, abriéndose paso a duras penas, esforzadamente, con dolores de génesis, saldrá, radiante, una mariposa de cuerpo pesado; de alas pequeñas—y casi inútiles—, y que no vivirá más allá de una semana.

Sin embargo, un pequeñísimo número de gusanos de seda verán cumplido su ciclo completo: los destinados a dar la «simiente» para el año próximo. La casi totalidad, llevados a grandes hornos, morirán ahogados en su cárcel de seda. Después, el hombre destejerá, pacientemente, lo que el gusano tejó con esfuerzos agónicos. Los preciosos hilos serán la materia prima de una industria de gran tradición en España, renacida en nuestro tiempo, y que tiene en Valencia solera y prestigio, como habrá podido notar el lector que haya visto las páginas anteriores, y de las que estas líneas son, aunque colocadas después, a manera de un preámbulo.

JOAQUÍN CAMPILLO



4

PALABRAS QUE SIGNIFICAN BUEN CREDITO EN TODO EL MUNDO

BANCO EXTERIOR DE ESPAÑA

CAPITAL Y RESERVAS: Ptas. 826.250.000

**Un Banco especializado
en exportaciones
e importaciones,
y con una experiencia
internacionalmente
reconocida.**





Vestido de organza blanca estampada en amarillo.

quesa..., de aquel crepé de China, tan injustamente postergado desde que se eclipsó su estrella, al finalizar la etapa, de gusto tan marcado, de los años veinte.

Y, como si los collares de la temporada pasada hubieran sido la avanzadilla de un abrumador ejército invasor, en la temporada actual tienen un volumen, una importancia—una belleza, ¿por qué no?—como no es posible encontrar ni en los momentos más prolíficos en collares de toda la Historia.

El jade tiene un gran esplendor. Balenciaga lanza un collar de plaquetas engarzadas en plata, que suben muy arriba, rodeando el cuello. Los demás creadores emplean todo aquello que les viene a la mano o les pasa por la imaginación. Nada hay imposible: bolas de cristal enormes, cadenas, maderas olorosas talladas, malla de alambre platinado, rematada en cachuchones de azabache, y gruesas bandas de aza-

La primavera y su moda

Por HELIA ESCUDER

LA moda de primavera está aquí; pero nada fundamentalmente nuevo nos trae. Tiene una gran variedad de pequeños descubrimientos, que cada creador maneja a su antojo, dando un sello personal y diferente a cada colección.

Por ahora sigue dominando un estilo fácil, sencillo y lógico, donde todas las maneras de crear tienen un sitio y cada mujer encuentra aquello que su personalidad le pide.

En las prendas de mucho vestir hay algo común que agrupa estas tendencias dispersas: La influencia oriental, apuntada con anterioridad, permanece. Aires del trópico recorren blandamente las salas de modas. Las Antillas, la India, Indochina; las muchachas flores, peinadas y calzadas a lo persa, con múltiples ajorcas de pedrería por debajo del codo, lucen con aire sinuoso modelos de seda color coral y azul tur-



Vestido de organza blanca bordado en colores vivos.

Chaquetón y vestido en brocado de oro.



MODELOS ESPAÑOLES de Pedro Rodríguez

bache menudo enroscadas en torno a la garganta. Plastrones de cuentas de colores y, en ocasiones, pendientes a juego, con lo cual las cosas se ponen tan complicadas que no se sabe ya dónde empieza ni dónde termina nada.

Naturalmente—y como contraposición a todos estos lujos, de nostalgias remotas—, una gran parte de las colecciones está destinada al vestidito fácil de llevar; y entre ellos, como casi siempre, domina el camisero.

La sobriedad, patrimonio de estos vestiditos, se acentúa aún más en la presente colección. El pecho, alto, y la cintura, se marcan poco, y la falda cubre apenas las rodillas. Son de *tricot* para ahora y de *shantung* para tiempo más caluroso, pero siempre en colores suaves.

Es una moda un poco traidorcilla, y a la que hay que darle mucho empaque; tanto en lo complicado como en lo sencillo, es moda que exige «chic».

Traje de seda blanca, estampado de flores marrón.



Fotos: GIMENA

LA NUEVA

Vespa

125 c. c. 1960



**está garantizada
por una mecánica
simple y sólida.
La transmisión es
directa del motor
a la rueda.**

**hará deporte, participará en ca-
rreras, en rallys, en gymkhanas.**

Vespa

Noticia de exposiciones

SIN duda, la más importante exposición celebrada últimamente en Madrid ha sido la organizada por la galería Biosca, con objeto de adjudicar el primer premio instituido por esta sala, que tendrá carácter anual.

El primer premio Biosca, dotado con 50.000 pesetas, ha sido concedido a Zacarías González Domínguez. El accésit, otorgado por el señor Loewe, a Luis García Ochoa. Este accésit estaba dotado con 25.000 pesetas.

En este caso concreto, la labor del jurado ha debido de ser muy ardua y complicada, pues al Premio Biosca han concurrido, como decimos, bastantes pintores de talento, entre los que ha sido preciso elegir el ganador, como en los viejos juegos de ingenio o destreza.

El vencedor, ahora, ha sido un pintor prácticamente desconocido en Madrid, o que al menos no está vinculado al cotidiano laborar de la capital.

En cuanto a la adjudicación del accésit, a García Ochoa, su obra, de suelta factura, llena de color y de humor, revela a un pintor que sigue buscando, no su camino, que ya lo ha encontrado hace tiempo, sino la expresión mejor de la pintura figurativa.

Entre los 51 artistas seleccionados para optar al referido premio, y por orden de catálogo, éstos son los que consideramos, por un motivo u otro, los más destacados:

Carmen Arozena, con una obra de seca factura, pero cargada de contenido humano; un poco soñada y algo en duermevela.

Artajo, con un paisaje austero, de sobrio color y de pincelada limpia.

Unas muchachas desnudas, de Luis Cajal, revelan a un pintor no maduro, pero de evidente y muy española calidad plástica.

Juan Ignacio de Cárdenas, en su cuadro tan lírico y refinado, nos acerca a los aspectos más sutiles de la pintura de quien ha pasado por París con un criterio y un gusto.

Alvaro Delgado, con su muchacha triste, trozo de excelente pintura, nos da la medida de su talento y de su sensibilidad, siempre serena y reveladora de una personalidad acusada.

Excelente el bodegón del pez rosado, lienzo de rara calidad y de «clima» muy poético, de Alfonso Fraile.

Muy interesante, quizás lo mejor que de ella hemos visto, el paisaje de Menchu Gal, escuetamente estructurado y con su color poderoso y fresco.

Francisco García Abuja, pintor lírico, intimista, que además domina su técnica, tan sutil y elaborada, presenta un cuadro dinámico, casi abstracto, pero con una idea dominante: la guerra, expresada desde el color y la forma.

Gómez Perales, con su obra, equilibrada, sencilla de intención y de procedimiento, llega más a la pintura que al concepto, quizás por un afán de sinceridad.

Magnífica pintura la de Enrique Gran, densa, con potencia plástica y trascendencia poética. Quizás el excesivo retoque de barniz perjudique la pura contemplación de esta obra, una de las mejores de la exposición.

Constantino Grandío, pintor con mundo personal, con difícil mundo íntimo, lo expresa muy directamente, con casi elemental sencillez de medios y concepto en un lienzo singular, personalísimo.

El bodegón de Antonio Guijarro es muy interesante de color y revela, como siempre, a un pintor seguro y refinado.

Ignacio de Iraola, con un cuadro abstracto informalista de dominante rosada, ofrece la obra no-figurativa más delicada del conjunto.

Julio Antonio, con su personalidad inconfundible, en un bodegón de muy pura y pensada elaboración.

El retrato de niña, de Ricardo Macarrón, está resuelto con una factura muy sabia y contiene ternura y comprensión humana.

Angel Medina, pintor de jugosa técnica, expone una figura cuya referencia inmediata se convierte en pintura de excelente calidad.

Una magnífica pintura, de ambiciosa intención, con fragmentos que son un acierto plástico, la de Máximo de Pablo, orientado hacia algo que puede ser muy interesante en su obra: la incorporación de elementos de índole varia, que crean un clima mágico, irreal.

Muy interesante también la obra de José Paredes Jardiel, ni en la abstracción ni en la figuración expresa, pero sí en la pintura y en algo distinto que ya hace tiempo viene anunciando.

La figura clásica de Dimitri Perdikidis nos dice de un temperamento de pintor, de una inquietud artística vigilante y de una expresiva ejecución. El paisaje de Redondela es un cuadro muy armónicamente compuesto, en sus formas y en la distribución del color, rico y pastoso.

Gerardo Rueda presenta un lienzo abstracto, muy valiente de factura y sobrio de concepto. Pero este concepto nos parece demasiado próximo al de Soulages.

Nadia Werba, con su cuadro dinámico informal, intenso y cargado de expresión, nos afirma en nuestra opinión de antes respecto a su indiscutible fuerza plástica.

Haga de cada ángulo de su hogar un rincón cómodo y amable

Decore usted su casa con un sentido moderno

Esté al tanto de los últimos estilos que se aceptan en el mundo

HELIA ESCUDER espera su carta, sus consultas, sus sugerencias, todas sus cuestiones, en su

CONSULTORIO DE DECORACION

Una nueva sección que **MUNDO HISPANICO** pone a su disposición a partir del próximo número

Dirija sus consultas a

MUNDO HISPANICO - Consultorio de Decoración

Apartado 245 - MADRID

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

La revista de América para Europa
La revista de Europa para América

Sumario del número 123 (marzo de 1960)

ARTE Y PENSAMIENTO

José Antonio Maravall: *La visión histórica de España en Sánchez Albornoz.*

Felipe Sordo Lamadrid: *La tierra cercada.*

Thomas Mann: *Hora difícil.*

Enrique Badosa: *La palabra, la paz y la esperanza.*

Evangelos Apostolopoulos: *La Tía Tarou.*

Vicente Llopis: *Realidad y metáfora.*

Páginas de color.

Lautaro Yankas: *Cuentistas y novelistas del mar chileno.*

BRUJULA DE ACTUALIDAD

Sección de notas:

Enrique Barco Teruel: *Mariás en sus textos.*

Manuel Sánchez Camargo: *Índice de exposiciones.*

Aquilino Duque: *Schiller y su centenario y Thomas Mann.*

Sección bibliográfica:

Fernando Quiñones: *El raído tránsito de José Coronel.*

José Luis Cano: *Federico en persona.*

Juan Antonio Castañeda: *Más sobre la guitarra.*

Ramón de Garciasol: *Fronteras infernales de la poesía.*

Jiménez Martos: *El embarcadero.*

Jaime Ferrán: *Ejercicios de comprensión.*

Romano García: *Pedagogía sexual y relaciones humanas.*

Francisco Pompey: *Sommi dell' Arte Italiana «Piazzata».*

Raul Chávarri: *La causa indígena americana en las Cortes de Cádiz.*

Portada y dibujos del dibujante español «Chumy».

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

Avda. de los Reyes Católicos (Instituto de Cultura Hispánica)

Pasatiempos

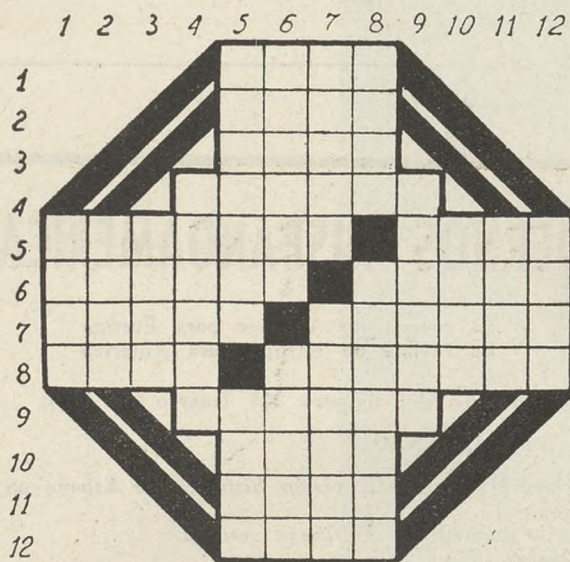
Por Pedro Ocón de Oro

Jeroglífico



—¿Quiénes actuaron en la fiesta?

Crucigrama



HORIZONTALES.—1: Lance entero de varios juegos.—2: Garantía.—3: Extremidad de algunos animales.—4: De poco precio.—5: Vástagos o tallos nuevos de las plantas. Perversa.—6: Larvas de algunos insectos. Composiciones del género lírico en verso.—7: En plural, medida catalana, equivalente a unas dos varas. Letra de cambio extendida por el tenedor de otra protestada a cargo del librador.—8: Someted al fuego. Mamíferos carnívoros.—9: Árboles muy resistentes al agua.—10: Plantas marinas.—11: Parte del arado.—12: Figurado, inquirir.

VERTICALES.—1: Peñasco.—2: Superficies planas, cerca de las minas, en que se limpian los metales.—3: Vida holgazana, libre y vagabunda.—4: Lo que una embarcación adelanta a cada golpe de remos.—5: Hebras bastas enredadas que forman la parte exterior de los capullos de seda. Ave parlante.—6: Avarientos. Apellido de un famoso compositor francés contemporáneo.—7: Plantas crucíferas de flores amarillas, cuya raíz sirve de alimento. Fronda.—8: De la provincia de Gerona. Descansar.—9: Descuidados.—10: Propietarias.—11: Especie de resina.—12: En plural, jugo de algunas plantas umbelíferas.

Soluciones al crucigrama y al jeroglífico

HORIZONTALES.—1: Mano.—2: AVAL.—3: Rabo.—4: Barato.—5: Re-
toños. Mala.—6: Orugas. Rimas.—7: Canas. Resaca.—8: Asad. Raposas.—
9: Alamos.—10: Ovas.—11: Reja.—12: Oler.
VERTICALES.—1: Roca.—2: Eras.—3: Tuna.—4: Bogada.—5: Marañas.
Loto.—6: Avaros. Ravel.—7: Nabas. Ramaje.—8: Olor. Reposar.—9: Omi-
sos.—10: Amas.—11: Laca.—12: Asas.

—Dos cantantes.

Mercado oficial de artesanía española

Trabajos auténticos de
damasquino y grabado



Cerámica en general



Mantillas, velos y tules



Mantelerías bordadas
en auténticos trabajos
de Lagartera

Antes de realizar sus compras en cualquier
fábrica de esta localidad, compruebe los
precios y calidad en esta Exposición oficial



Muy visitada por el turista
de Hispanoamérica

TOLEDO (España)

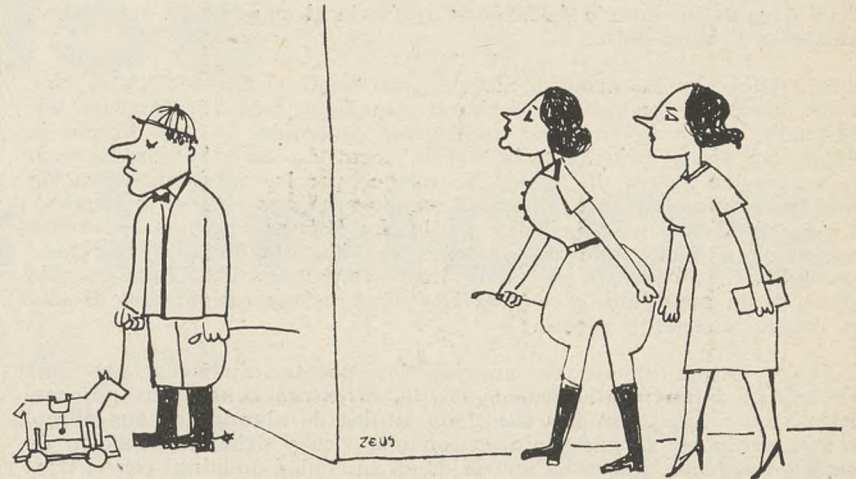
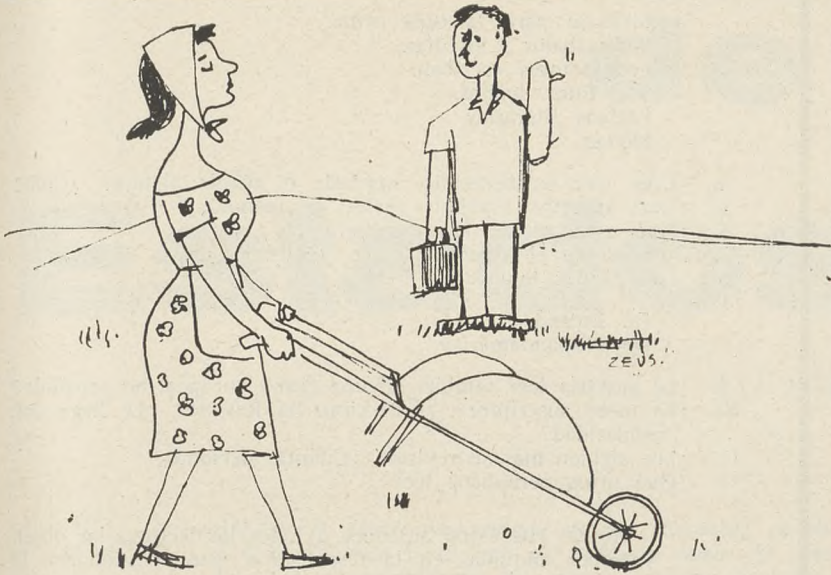
Samuel Leví, 2

Teléfono 20 89

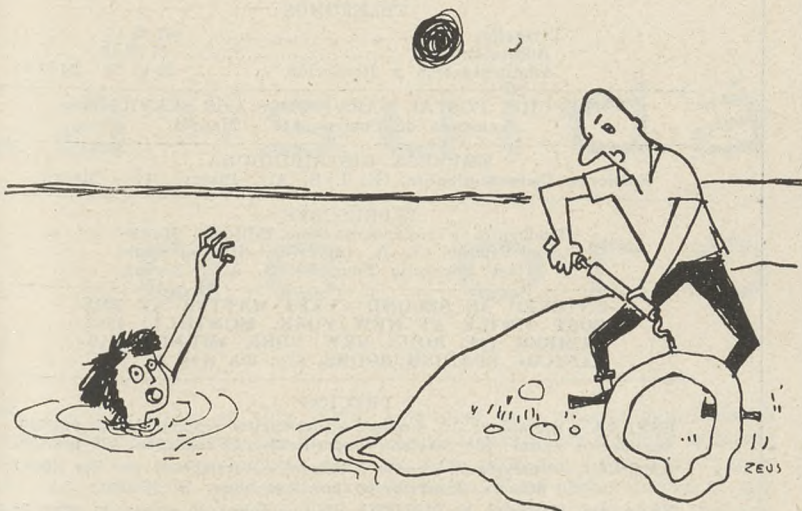
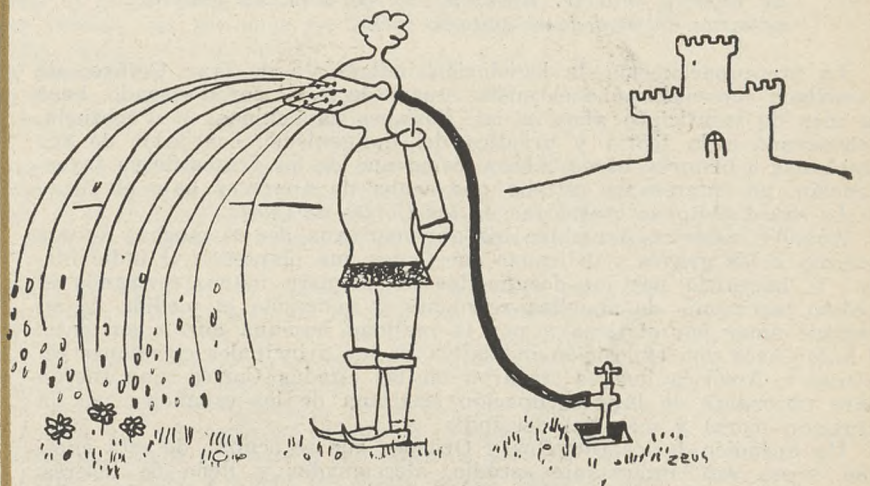
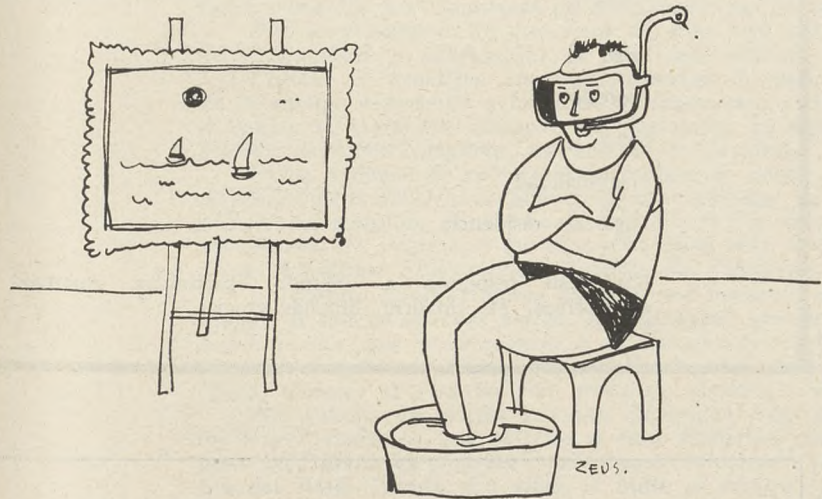
(Frente a la Casa del Greco)

HUMOR

por ZEUS



—Me espera con su caballo.



—Te encuentro muy bien, querido.

Señal de libros

Argentina sin América es el título del largo y cuidado ensayo que Anselmo González Climent dedica a esclarecer el genio nacional argentino. Sobre tres puntos principales estructura su intelectual pesquisa el autor: la urbe, el país y América. Y liberado de todo condicionamiento ideológico, González Climent repasa las renunciaciones y respaldos de la urbe, sus contrastes de todo género, para luego interpretar los rumbos del país con todas sus actitudes motivadas ya por la Historia, ya por la emergencia.

El planteamiento antropológico de América, los enfrentamientos americanos y argentinos, que revelan la amenaza de abstrusa universalidad que se cierne sobre la Argentina, terminan en unas consideraciones precisas y reales sobre la hondura del hombre del país. «Es el hombre neutro que necesariamente arrastra, en sus maneras y en su accionar, un equilibrio inestable difícil.»

La obra es un intento de largo y profundo alcance, hecha con serena meditación y buen pulso.

* * *

La fiebre es la primera novela que publica Ramón Nieto, uno de los nombres jóvenes de escritores españoles más rápidamente encumbrados. Algunos premios anteriores, concedidos a sus libros de relatos *Los desterrados* y a la novela corta *La cala* habían llamado ya la atención acerca de Ramón Nieto, que por la vía de la narración demostraba una constante capacidad creadora. Ahora el premio «Ondas» ha sido adjudicado a su primera novela, *La fiebre*, en la que se intenta recoger nada menos que treinta años de vida española tan apretada y compleja como la que va desde 1930 a nuestros días. Esta es sólo noticia de su aparición, y en próximos números nos ocuparemos de ella con mayor atención y reposo.

* * *

Pablo García Baena es uno de los poetas españoles que más han bullido últimamente. *Rumor oculto*, *Mientras cantan los pájaros*, *Antiguo muchacho*, *Junio y Oleo*, son títulos de algunas de sus obras. Su raíz cordobesa le hace enlazar con una rica y oriental tradición de ritmos e imágenes. Ahora ha aparecido en su ciudad andaluza con el título de *Antología poética* un resumen de sus muchos y buenos versos, también acercados a la realidad, al suceso diario, y últimamente depurados de algunos excesos. En el volumen figura un poema inédito, «Canto llano», que termina con estos versos:

*Danos la paz, Cordero de Dios, que es el olvido;
la paz, que es el silencio, el sueño, el alimento
de nuestra muerte. Requiem. El corazón, ya piedra,
aguarda de tu dedo el epitafio justo.*

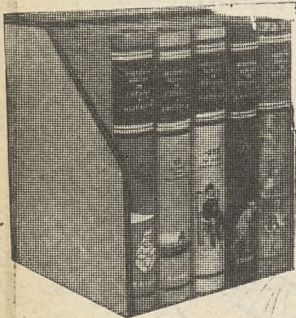
* * *

La preocupación por la legislación indigenista de fray Cesáreo de Armellada comenzó, como él mismo gusta decir, al ser destinado, hace ya más de veinticinco años, a las Misiones capuchinas en Venezuela. Consagrado a la teoría y práctica del indigenismo, conocedor de sus problemas e historia, ofrece ahora, como uno de los frutos de su investigación, un interesante estudio que acaba de aparecer bajo el título de *La causa indígena americana en las Cortes de Cádiz*.

Aquella histórica Asamblea hispanoamericana dedicó muchas de sus sesiones a las graves y delicadas cuestiones que planteaba el indigenismo. Y, buceando por los documentos de primera mano, revisando el copioso testimonio de aquellas reuniones y aplicando la medida de su probado amor por el tema y por la realidad humana que lo sustenta, el autor hace una exposición indicativa de las principales cuestiones relativas a América que se trataron en las citadas Cortes, que fueron claro exponente de la preocupación cristiana de los españoles por la situación moral y material del indio.

Un apéndice de los Decretos y Ordenes que se ocupan de esta cuestión cierra este interesante estudio, aleccionador y lleno de interés, que constituye un precioso material de trabajo, y con el que fray Cesáreo de Armellada aporta valiosa contribución al mejor entendimiento de una cuestión tan delicada como a veces torcidamente interpretada por malas voluntades de otros.

El libro ha sido editado por Ediciones Cultura Hispánica, de Madrid.



HISTORIA SOCIAL Y ECONOMICA DE ESPAÑA Y AMERICA

Dirigida por J. Vicens Vives. Y ya está completa, en cinco hermosos tomos, de 550-700 páginas cada uno: tamaño 26 x 19; encuadernados en tela, con lomo de piel, incrustaciones en oro y sobre cubiertas a cuatro tintas: 3.000 páginas de texto, 2.000 ilustraciones en blanco y negro. 40 cuatricomías, 300 mapas, planos y gráficos. Bibliografía e índices onomástico y toponímico.

Títulos de los tomos:

- I.—Colonizaciones. Feudalismo. América primitiva.
- II.—Patriciado urbano. Reyes Católicos. Descubrimientos de América.
- III.—Imperio. Aristocracia. Absolutismo.
- IV.—Burguésia. Industrialización. Obrerismo-I.
- V.—Burguésia. Industrialización. Obrerismo-II.

Envíenos cheque de 44 dólares, a nuestro favor, y recibirá tan importantísima obra, sin más gastos.

Vendemos toda clase de libros, cualquier materia. Y rogamos nos envíen, con el pedido, cheque en dólares (cambio, 59,85 pesetas); remitiendo gratis catálogo general de librería, de 126 páginas.

CREDITO EDITORIAL HERNANDO

Carretas, 21, 1.º • Apartado 1.003 • MADRID

"MUNDO HISPANICO" pide respuesta

MUNDO HISPÁNICO se siente orgulloso de la atención que le dispensan sus lectores y del interés con que éstos esperan nuestro habitual correo mensual. Ello se refleja en las frecuentes cartas que se reciben en la redacción y que contribuyen, no poco, a que la Revista cumpla la misión que tiene encomendada. Hoy, MUNDO HISPÁNICO pide una colaboración más directa, sometiéndose, a través de este breve cuestionario, al juicio que merezca de todos los lectores, con el propósito de hacer, de la suma de opiniones que reciba, autoexamen y programa de trabajo.

1. ¿Qué es lo que más le gusta de «M. H.»?
2. ¿Qué es lo que menos le interesa?
3. Opine sobre las secciones:

Mensaje para la otra orilla.
Los trabajos y los días.
Los lectores escriben.
Seis fotos sueltas.
Páginas literarias.
Modas.

4. ¿Cree que es necesario suprimir o añadir alguna? ¿Cuál?
5. ¿Qué aspectos españoles echa de menos?
6. ¿Qué aspectos de Hispanoamérica?
7. Opine sobre el aspecto técnico y artístico de la Revista.
8. ¿Qué firmas le gustaría ver?

De España.
De Hispanoamérica.

9. ¿Le gustaría leer también alguna firma europea, no española?
10. ¿Es usted suscriptor? ¿Colecciona la Revista? ¿Le llega con regularidad?
11. ¿Lee alguien más su revista? ¿Cuántas personas?
13. ¿Qué otros periódicos lee?

MUNDO HISPÁNICO agradece a todos los lectores las observaciones anotadas en la respuesta a este cuestionario. El lector queda en libertad, naturalmente, para contestar a todas o a algunas de las preguntas, de firmar o de remitir la encuesta anónima. Sin embargo, «M. H.» desearía tener estos datos:

Edad
Profesión
Sexo
Nacionalidad
Lugar de residencia

Envíe su respuesta a «Mundo Hispánico». Apartado de Correos, 245. Madrid. Muchas gracias.

MUNDO HISPANICO

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria (Madrid)

TELEFONOS:

Dirección	57 32 10	
Administración	57 03 12	
Administración y Redacción	24 91 23	24 87 91

DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS:
Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA:
Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.). Pizarro, 17 - Madrid

IMPRESORES:

Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid).—Huecogravado y offset: Heraclio Fournier, S. A. (Vitoria).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE
POST OFFICE AT NEW YORK. MONTHLY: 1959.
NUMBER 144. ROIG. NEW YORK «MUNDO HISPANICO». SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

PRECIOS:

ESPAÑA.—Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas.
Suscripción anual: 160 pesetas.—Suscripción por dos años: 270 pesetas.
AMÉRICA.—Suscripción anual: 5 dólares.—Suscripción por dos años: 8,50 dólares.—Suscripción por tres años: 12 dólares.
ESTADOS UNIDOS Y PUERTO RICO.—Sobre el precio de suscripción: 1,50 dólares por año, de gastos de franqueo.
EUROPA Y OTROS PAISES.—Sobre el precio de suscripción: por año, 60 pesetas por gastos de franqueo sin certificar, o 120 pesetas por gastos de franqueo certificado.

El español de los Estados Unidos

Por JUAN B. RAEI

JUAN B. Rael, recopilador de los «Cuentos españoles de Colorado y Nuevo Méjico», nos dice en el prólogo de esta obra que su primera toma de contacto con el folklore hispánico se remonta a su niñez. Recuerda todavía las largas veladas invernales junto a la chimenea de los viejos hogares de Nuevo Méjico, cuya luz difusa, proyectada en sombras sobre techumbres y paredes, tanto acrecentaba el encanto de aquellos fascinantes relatos de gigantes, brujas, héroes legendarios y animales fantásticos.

Eran, en boca de los mayores, como historias verdaderas que, niños todavía, los llenaban de terror, hasta el punto de ser incapaces de abandonar por sí mismos el hogar para subir a sus habitaciones.

Fué la atmósfera en que Juan B. Rael oyó por vez primera las historias de «Juan Sin Miedo», «Pedro de Urdemalas» y «Jujuyana», y tuvo conocimiento de las viejas supersticiones.

Cientos de acertijos hispánicos corrían de boca en boca, y era preciso ser avisado si no se quería caer en el castigo reservado a la falta de respuesta: el rezo de un Padrenuestro o un Avemaría. El premio, por el contrario, permitía alcanzar las manzanas, la sidra, las nueces o la famosa «empanada» que, entre la población de habla española, anunciaba la Navidad.

Estas sesiones de relatos eran frecuentes desde Santa Fe a Del Norte, y es en el área comprendida entre el centro-norte de Nuevo Méjico y el centro-sur de Colorado donde estos cuentos fueron recogidos. La compilación, comenzada el verano de 1930, bajo los auspicios de la Universidad de Oregón, reunió en aquella ocasión hasta 410 relatos, a los que, diez años más tarde, vinieron a sumarse otros 180, recogidos por iniciativas de la American Philosophical Society, de Filadelfia.

Los ciento once primeros cuentos son herencia cultural de los primeros pobladores, conservados con todo respeto a través de tres siglos. La fidelidad, sin duda superior a la del resto de la América española, es tan sorprendente que la referencia a la España del siglo XVII es inevitable. El 75 por 100 de estas historias tiene su origen en Europa, persistiendo casi intactas; de modo que la diferencia entre las versiones de Nuevo Méjico y España son mínimas, siendo, a veces, idénticas las expresiones.

Los relatos de brujas parecen de origen local y, en todo caso, de influencia diferente. No hay relatos de origen indio, lo que califica a esta tradición como propia de comunidades de habla española. Sólo en unas diez historias aparecen personajes indios por un deseo de mayor realismo y dramatismo, pero los temas son del Viejo Mundo. En ellas, el indio es siempre un héroe humilde a quien la suerte acaba uniéndolo con una princesa, o da cumplimiento a un sueño maravilloso.

De los cuentos que se recogen en los dos tomos de Juan B. Rael hemos elegido dos casi al azar, ya que el encanto y la ingenuidad del estilo son semejantes en todos ellos. Pero, en los dos, no es sólo el estilo lo encantador, sino el lenguaje, ese arcaico y casi pueblerino lenguaje, conservado como un tesoro al sur de los Estados Unidos.

J. G. S.

La suidá de oro

Había una gran fiesta en una suidá, a la cual vino mucha gente. En la noche tenían una grande hoguera de lumbre, en donde había muchos hombres calentándose. Había un muchachito como de once años que estaba escuchando la historia de uno de los que estaban calentándose. Tuvo tanto interés el muchachito en la plática de aquel hombre, la cual se relataba a la suidá del oro. Aquel muchachito se fué lleno de entusiasmo para su casa, y le platicó a su mamá la historia que le había oído decir a un hombre. Y le dijo:

—Madre, yo quiero ir a la suidá del oro a traile mucho oro, porque, según platica ese hombre, las calles están llenas de oro, y la gente que camina va repicando el oro según va platicando; pero que no tiene el ánimo ni el

interés de agarrar onzas de oro, sólo que se pasean por las calles y no agarran una onza de oro. Y yo quiero ir, para traile mucho.

El niño no durmió aquella noche pensando en el viaje. Otro día se levantó muy de mañana y salió a la suidá a buscar al hombre que contó la historia. De buena suerte, se topó con él en una calle, y le dice el muchachito:

—Oiga, señor, ¿usted es el hombre que contó la historia de suidá del oro?

—Sí, buen niño; yo soy—respondió el hombre.

—Pues ¿por qué no me dice dónde está esa suidá y a qué rumbo queda?

—Pues no puedo decir dónde está, porque no la conozco; pero sí puedo darte el rumbo y la dirección, para que puedas llegar. Pues camina todo este rumbo directamente onde el sol se mete, y, entre más caminas, más información tendrás de la gente que topes en el camino.

De allí se volvió el niño para su casa, y le dijo a su madre que había hallado la información que quería y que le hiciera bastimento para emprender su viaje, que no se dilataba más. La pobre madre no quería que saliera, porque podría peligrar en su camino; pero el niño insistió en salir; y que si no le hacía bastimento, seguía sin bastimento. Y se marchó al rumbo.

Caminó cuatro días, hasta que s'incontró con un río muy grande. El camino llegaba al río y pasaba al otro lao. No había puente, pero estaba un barquero, y éste pasaba gente. Y le dice el niño que lo pasara. Pero, antes de eso, le preguntó el niño que si parónde iba ese camino. Y le dijo el barquero que éste iba pa la suidá del oro. Pues entonces, más entusiasmado el niño de tener tan buena información, le dijo al barquero:

—Pues ése es al punto que yo voy dirigido, y quiero que me pase.

"Cuentos españoles de Colorado y Nuevo Méjico"

Pero el barquero, conociendo que el niño andaba perdido y que se iba a perder más allá, le dijo:

—No puedo pasarte, porque tú no me puedes pagar lo que yo te pida.

—Pues ¿qué me pide?

—Mira, si me pagas un pedacito de tu corazón, te paso.

—Pero ¿cómo es posible que puedas tú cortarme un pedazo de mi corazón y tener yo vida?

—Pues, si no me pagas eso, entonces vuélvete mejor y no camines.

Viendo el muchachito que no había otro modo de pasar, se alzó su camisa y le dijo que cortara. El barquero, con su cuchillo, le abrió aquí las costillas y le cortó un pedacito de su corazón y lo sacó. El niño se bajó su camisa y no sintió dolor, por el entusiasmo que él sentía en llegar a la suidá del oro. Lo pasó el barquero pal otro lao y emprendió su camino. Caminó dos o tres días más, hasta que el camino que él llevaba se descolgó a un cañón muy hondo; pero vía que el camino se vía al otro lao del cañón. Empezó él a recorrer toda la orilla del cañón, pa arriba y pa abajo, buscando pasada, hasta qu'incontró una águila muy grande y le dijo:

—¿Qué andas haciendo, niño?

—Ando buscando pasada en este cañón.

Siguió su camino. Al paso que caminaba, alcanzaba a ver la vislumbre, lo que relumbra de la suidá. No sentía cansancio ni dolor ninguno, sino que, llevado por el interés y entusiasmo, se sentía, entre más, más fuerte. Por último, tuvo que llegar a la suidá. Esta suidá estaba amurallada alrededor. No había quien entrara. Había un gran puertón pa entrar a la puerta que le abrieran. Al fin se acercó al puertero, quien entreabrió la puerta y le dijo que si qué quería. Y le dice el niño que quiere entrar. Entonces le dice el portero:

—Para que tú puedas entrar a la suidá debes dejar tu corazón aquí, y yo te pondré otro.

—Pero, hombre—le dice el niño—, yo no creo que traire corazón, porque pagué un pedazo de mi corazón al barquero que me pasó el río y otra parte pagué a la águila que me pasó el cañón, y ahora no me quedará más que la raíz del corazón; pero, si quieres, tómala.

Vino aquél, y, por la misma herida que le habían abierto ya, le sacó la raíz del corazón y, en su lugar, le puso un corazón de acero y le abrió la puerta. El muchachito entró y empezó a seguir a las multitudes que allí pasaban pisoteando el oro; pero que no tenían el interés de agarrar una moneda siquiera. Anduvo algunos días allí, pisotando el oro, pero no agarraba



—Aquí no hay quien pase. Este camino aquí se acaba. Y toda la gente que ha transitado ese camino, yo la he pasado.

¿Para dónde va este camino?—le preguntó el muchachito.

—Pues éste va para la suidá del oro.

—Pues ése es el punto a que voy yo dirigido. A esa suidá yo voy. ¿Cuánto me llevas por pasarme el cañón?

—Pues, hombre, yo creo que tú no puedes pagarme lo que yo te pida.

—Lo que tú me pidas, yo te pago.

Todos estos obstáculos del río grande y del cañón tan hondo como se le presentó eran obstáculos que se interponían al paso del niño por los ruegos de su madre a sus devotos que ella tenía para que el niño se volviera para su casa. Pero el niño no se amedrentaba por esos obstáculos y seguía caminando con más ánimo. Y le responde la águila:

—Págame un pedazo de tu corazón, y te paso este cañón.

—¡Oh!—le dijo el niño—. ¿Qué me va a quedar entonces de corazón? Al barquero le pagué un pedazo y a ti te pagaré lo que me queda de mi corazón; y luego ¿qué es lo que siento? ¿Qué hago?

—Pues, si no te determinas a pagar eso, vuélvete.

Pues se alzó su camisa, se descubrió su herida y le dijo:

—Ven, mete tus uñas y saca lo que quieras.

Se arrimó el águila y, con sus uñas, le sacó un pedazo de su corazón y se lo comió. Aquel niño no sintió dolor ninguno, sino que el dolor que sentía se entreveraba con el entusiasmo que él sentía, y lo movía a caminar adelante, hasta llegar a la suidá del oro. Lo tomó el águila con sus garras y lo pasó volando a la otra orilla, y le dice:

—Pues esta tarde llegarás a la suidá del oro.

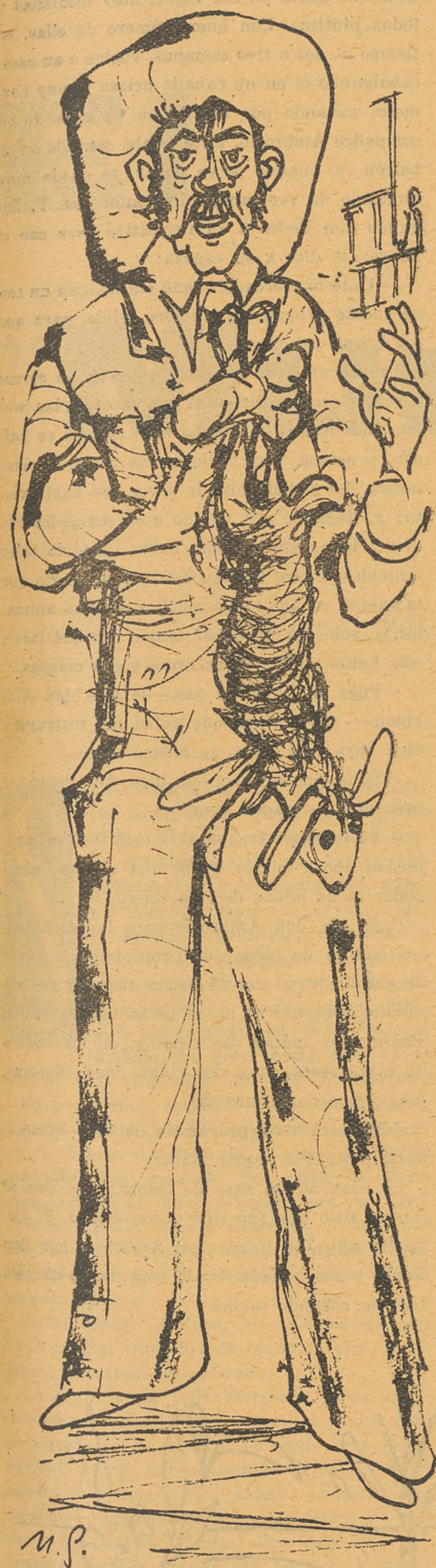
nada; hasta que, por último, se acordó de su madre. Y, llegando a la puerta donde estaba el puertero, le dijo:

—¿Por qué no me cambea mi corazón? Tengo a mi madre y quiero ir a vela.

El puertero, conociendo la incapacidad de aquel niño, le dió lástima con él, y le dijo:

—Aquí no se cambian corazones para salir; pero, siendo que tu corazón todavía lo tengo acá y, según me dices tú, que tienes madre y que estará llorando por ti, pudiera ferirte, pero no se permite de ninguna manera. Pero sí te abriré la puerta. Y camina.

El niño siguió su camino pa su casa. Caminó dos días, pensando encontrar el cañón y cómo poder pasar el lugar donde él pensaba que estaba el cañón. No había cañón ninguno ya. Luego reconoció dónde podía estar el lugar onde estaba el río grande que había pasado. Pero cuando llegó al lugar no encontró río. No había nada. Siguió su camino. Al cabo de varios días, llegó a la suidá donde estaba su madre. Cuando lo vieron sus amigos que había regresao, se adelantaron algunos a avisale a su mamá que había llegado su hijo. La mujer salió, desesperando por ver a su hijo, y iba llorando. Cuando lo topó, lo abrazó a su hijo; pero su hijo, sin demostrar ningún amor por ella, porque no tenía corazón—lo tenía de acero—, no sentía ningún amor por su madre. Pero cuando su madre lo abrazó siguió llorando sobre el pecho de su hijo. Cuando le cayeron las lágrimas de su mamá a su pecho de él sintió él que se le había puesto su corazón de carne y palpitaba. De una vez, sintió él el amor por su madre, y se abrazó con ella, y empezaron a llorar los dos. Entonces le cuenta él la historia a su mamá de los trabajos que había pasado y de los obstáculos que se interponían en su camino.



El codicioso y el tramposo

En una plaza había un rico muy codicioso cuyo nombre era Ambrosio. En la misma suidá había un hombre muy vivo cuyo nombre era Pedro. Habiendo obtenido la esposa de Pedro un hijo, le dijo a su esposa:

—Debíamos de convidar a Ambrosio, para que nos bautice al niño.

Fué a la casa de Ambrosio y lo convidó para padrino, y aquél tuvo gusto de serlo. Después del bautismo quedaron muy amigos, con la conligación de ser compadres. El pobre trabajaba mucho para mantenerse, pero le vino una idea en la mente y le dijo a su esposa:

—Yo quiero quedarme con alguna propiedad de mi compadre en esta manera. Voy a ir a la plaza a comprar algunas buenas provisiones, para darle a mi compadre una buena cena aquí, en casa.

Y, al mismo tiempo, trajo dos conejos e instruyó a su esposa de que hiciera para la cena buena carne machucada, chocolate y buñuelos, y la instruyó también de que iba a dejar uno de los conejos en la casa y el otro se lo iba a llevar consigo para mandarle de allá a decir qué hiciera y que no fuera a dejar salir al otro conejo de la casa. Ambos conejos eran parecidos. La mujer se puso a hacer la cena como instruída por él, y él se fué para la casa de su compadre, llevando el conejo consigo. Después de haber tenido una conversación con su compadre, por un buen rato, le dijo al conejo que tenía en brazos:

—Anda, dile a mi esposa que machuque carne seca, haga chocolate y buñuelos, para que vaya mi compadre Ambrosio a cenar con nosotros.

Y se fué a la puerta y soltó el conejo para afuera. Después de un rato de conversación, se fueron para la casa de Pedro, y, llegando allí, le preguntó a su esposa:

—¿Vino el conejo y te dijo lo que yo mandé que hicieras?

—Sí, vino. Y aquí está el conejo, aquí dentro. Míralo.

Tomaron la cena que había preparado, y después, en conversación, le dijo Ambrosio que le vendiera el conejo. Le respondió Pedro que no quisiera disponer de él.

—Véndeselo a mi compadre—le dice entonces la mujer—. ¿No ves que tenemos parentesco como compadre y puede tratar al conejo muy bien?

El compadre le hace una oferta de doscientos pesos y le dice:

—Vamos para mi casa y yo se los entregaré.

Pescan al conejo y se van para allá, a recibir el dinero. Le entrega el dinero a Pedro y sigue una conversación bastante larga durante la noche entre ambos compadres. Ambrosio, con el conejo en brazos, mirando que ya está para el amanecer, le dice a su compadre Pedro:

—Ahora no se va usted hasta que no tome el almuerzo conmigo—y añade—. Anda y dile a mi esposa que nos haga un buen almuerzo para mí y mi compadre.

Abre la puerta y suelta al conejo, y éste, sin duda, se va para el llano, como hizo el primero. Después de algún tiempo de esperar, ve que no hay ningún ruido en la cocina. Se va al cuarto de su esposa y la halla durmiendo, y le dice:

—¿Por qué no te has levantado y has hecho lo que yo te he mandado a decir con un conejo que le compré a mi compadre?

Ella le responde que nadie ha venido a avisarle nada. Entonces, el compadre, Pedro, le dice que no se moleste, que él se retirará e irá a tomar el almuerzo a su casa. Cuando él llega a su casa le dice a su esposa:

—Yo creo que mi compadre pronto vendrá a por su dinero que me ha dado por el conejo. El hallará de que el conejo se ha perdido y no querrá perder su dinero. Pero esto voy a hacer contigo. Echa alegría en una tripa y

"Cuentos españoles de Colorado y Nuevo Méjico"

amárratela en el pescuezo con un paño sobre ella. Entonces, cuando él llegue aquí, sin duda que trabaremos algunas palabras indecorosas, y yo, enojado contigo por haberme hecho vender el conejo ayer; te corto la garganta con una espada, y tú caes como muerta en el suelo. Entonces yo tomo de las vigas del fuerte este pitito y te soplo todos los sentidos, y tú demuestras que vuelves de la otra vida. Indudablemente que él, al ver esto, quedará comprarme el pito, y tú le ayudarás a él otra vez a que yo se lo venda.

Pues pasó exactamente como dijo el marido. Y, no más vió revivir a la mujer, dijo el compadre:

—¡Qué cosa tan admirable tiene usted! Yo desearía en mi posesión ese pito de tan gran virtud.

—Usted no debía hablar de ese modo; porque usted todo desea y lo compra, y después quiere que restituyan su dinero.

—No, compadre, yo desearía que me vendiera ese pito.

La esposa insiste en que se lo venda, y él, muy encorajinado, le dice:

—Cállate tú la boca. Ya sabes que mi compadre nunca cumple con su promesa.

Tanto fué la molestia de que se lo vendiera, hasta que le dice:

—Yo le doy mil pesos por el pito.

—Este es más valioso que la oferta que usted me hace, porque la virtud que tiene este pito es mucho más que lo que sus propiedades valen. Pero voy a vendérselo por esa cantía.

Y se fueron para la casa de don Ambrosio, para recibir el dinero. Estando entregado el dinero, se fué Pedro para su casa y le dijo a su esposa:

—Ya tenemos de mi compadre mil doscientos pesos. Ahora debemos de hacer lo posible para quedarnos con toda la propiedad.

No sabiendo don Pedro lo que don Ambrosio iba a hacer, se quedó quieto en su casa. Don Ambrosio, sabiendo que tenía un pito de tanta virtud, se fué a donde estaba su esposa, y, enojándose con ella porque no había hecho el almuerzo que le había ordenado y habiéndole dado algunas malas razones, agarra un cuchillo grande y le corta la garganta. La esposa cae muerta, y él se pasea un rato en el cuarto, y, después de un rato, saca el pito y

comienza a sonarlo. Mas como el pito no tenía ninguna virtud, la esposa de don Ambrosio queda muerta. Más enojado y triste por la muerte de su esposa, se pone y se circula por la plaza lo que ha hecho don Ambrosio y se da la noticia que había asesinado a su esposa. Los funerales fueron tenidos y sepultada la esposa de don Ambrosio. Después de unos cinco días de haber pasado esto, se dirige a la casa de su compadre Pedro, con algunos criados que él tiene, para ir a asesinar a su compadre. Pedro, al ver lo que consideraba que él iba a hacer, le dice a su esposa:

—Posiblemente que mi compadre Ambrosio me quiera hogar en el río; y si de este modo lo hace, cuando me lleve a la dirección de este río grande y vayamos como a la distancia de aquel monte, vas a tú a la casa de don Ambrosio y prendes el establo.

Así aconteció. Y cuando llevaban los criados de don Ambrosio a Pedro en un gran saco de tecoba, subido en una mula, voltió la cara para atrás don Ambrosio y vió lo que acontecía en su casa. Dice a los criados: «Bajad el saco, ponedlo en el suelo y volvamos a la casa; a ver si podemos salvar algo del estable.» Hubo la casualidad cuando Pedro estaba allí que un viandante de yeguas pasase por allí. Oyendo Pedro el ruido que pasaba, exclamaba él adentro del saco:

—Esta noche me quieren casar con la hija del rico de la plaza; pero yo no quiero, porque ella es tuerta.

Oyendo que alguien hablaba dentro del saco, se arrimó el viandante y le dijo a Pedro:

—Eso no importa. ¿Por qué no te casas con ella más que sea tuerta?

Y, teniendo él la curiosidad de ver a Pedro, abrió el saco y le dice:

—Tienes razón; siendo tú tan buen mozo, no mereces que te cases con ella. Méteme a mí en el saco, y yo sí convendré a ello.

Hecho esto, amarra bien el saco Pedro y se retira, con el hatajo de yeguas, para distantes tierras. Don Ambrosio, cuando se acaba la quemazón, vuelve a llevar a su compadre al río. Lo atraviesan en una mula y se van hacia el río, que está a corta distancia. Lo bajan y lo columpean a la mayor distancia que pueden tirarlo. Se vuelve don Ambrosio a su casa y

sigue su vida, algo triste por haber perdido a su esposa.

Pedro, a los lugares lejanos que fué, vendió las bestias caballares por alguna clase de mulas que había en ese lugar, muy medianas y todas pintitas. Con buen número de ellas, en tiempo de dos o tres semanas, vuelve a su casa, cabalgando él en un caballo brioso y muy hermoso, pasando por delante de la casa de su compadre Ambrosio. Este estaba sentado en su balcón, y, cuando le ve pasar, se queda muy almirado de ver tan bonitos animales. Y, llegando don Pedro a su respectiva casa con el hatajo, le dice a su esposa:

—Anda al mercado, y que me traigan un ton de zacate y bastante alambre tejido, para que me hagan un corral.

Pronto vinieron piones e hicieron un corral y se pusieron a alimentar con zacate a las mulas. Don Ambrosio notaba todo esto de su balcón, y estaba muy codicioso de verlas y obtenerlas. La codicia hizo ir a ver qué había visto; y, llegando allí, saluda a su compadre Pedro y le pregunta cómo había obtenido tales animales. Pedro le responde que en el río que lo habían echado había muchos de estos animales, y, sólo por no haber tenido con qué lazar, sólo había podido sacar estas pocas mansas.

—Pues si ése es el caso—le dice don Ambrosio—, yo desearía que usted me instruyera bien para ir a traer yo mismo otras.

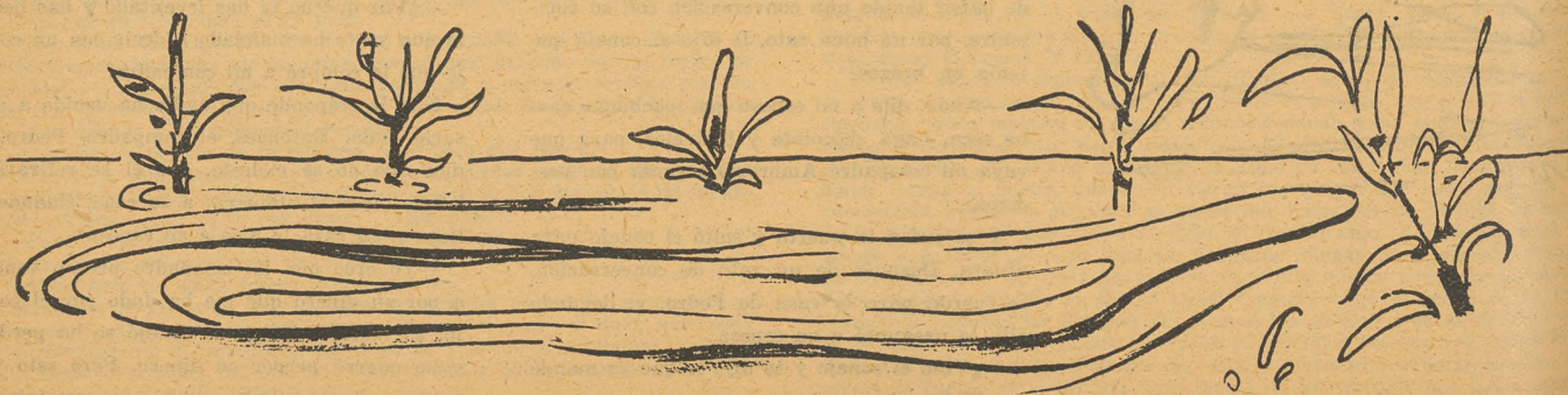
—Sí lo puedo hacer—le dice don Pedro—; pero que me pague bien.

—Yo le puedo traspasar a usted toda mi propiedad ahora mismo, si me dice el modo cómo poder sacar mulas de esta clase.

Otro día, don Ambrosio hace los documentos legales de todas sus propiedades a favor de don Pedro y son firmadas ante un notario público. Después de haber hecho todo esto, don Pedro hace matar dos reses y, de los cueros de estas reses, hace dos riatas muy famosas, y le dice a don Ambrosio:

—Ya está usted preparado de todo lo necesario para ir a pescar mulas.

Lo echa en un saco de tecoba y se van al mismo sitio que fué tirado don Pedro. Y, llegando allí, fué tirado don Ambrosio por don Pedro y sus criados. Y allí está don Ambrosio todavía sacando mulas.



El

"Murciélagos"

(Cuento)

Por FERNANDO SANTOS RIVERO

Si, la ciudad crecía. Muy aprisa. Sus arterias se hinchaban. Necesitaban espacio. Y aire. El campo estaba próximo. Buscó el suburbio. Es más barato. Los edificios no tienen sensibilidad. Algunos hombres tampoco. La ambición, el egoísmo absorbente, calculador y frío, la han reemplazado. Las guerras traen muchas cosas; buenas, malas. La gente aprende a moverse, a inquietarse, a buscar horizontes. Y las ciudades también. La gente busca miel en la ciudad. Y la miel suele estar en las colmenas.

En pocos años, aquellos solares abandonados, refugio de chabolas, mendigos y perros hambrientos, se habían transformado. Y nació un barrio tranquilo. Muy tranquilo. Sus casas, de altura justa, abiertas al inmenso espacio por sus terrazas, estaban allí, blancas, silenciosas. Y la ciudad ahí, tan cerca. El tráfigo incesante de las máquinas, que devoraban la cercana autopista, llegaba apagado, muerto.

En las noches de luna, los edificios salientes de la ciudad, salpicados de luz multicolor, semejan monstruos confabulados.

En aquel barrio vivía Florencio. Hacía varios años que sus padres abandonaron el pueblo para enquistarse en la urbe. A Florencio le gustó el cambio. A sus padres también. Trabajar en el campo da sudores. Poco dinero. La gente vive pendiente del vecino y de los mandones. No perdonan los defectos. Hablan claro entre ellos. Algunos se deciden. Buscan otra cosa. Y, a lo mejor, aciertan.

En el barrio había un Banco. Pequeñito. Recién estrenado. No podía faltar un Banco. Los bancos son necesarios. La moda de los plazos ha hecho agitar a las letras de cambio. Y los humildes también las conocen. El padre de Florencio era ordenanza de aquel Banco. Uniforme vistoso. Re-

muneración casi justa. Ocupaban un sótano en la misma calle donde el padre trabajaba. Los conocidos le llamaban el señor Juan.

Florencio se pasaba los días recluso en su cuartucho. Allí quemaba las horas y su juventud, con la lectura de novelas sebosas de aspecto y contenido. Su madre las cambiaba, maquinalmente, en un tenderete piojoso. Florencio no tenía ilusiones. Ni esperanzas. Ni deseos. Los años y las circunstancias se los habían aplastado brutalmente. Temía a la primavera. Y al verano. Y al sol. Y a la gente.

Algunas veces, su padre le obligaba a salir. Y Florencio accedía, sumiso. Pasaban unas horas en el bar de la esquina. Allí había vino. Y gente conocida. Y fútbol. Y chismes. Como en todas partes. Al señor Juan le gustaba beber unos vasos de vino. Y hablar con los amigos. Y opinar. El vino pone en marcha la lengua. Y cambia el perfil de la imaginación. Los temas, las caras y las bromas parecen distintos, aunque no lo sean. Sólo el vino es diferente cada día, cada hora, cada minuto, cada segundo. Y eso es lo importante.

Florencio, en aquel ambiente, permanecía silencioso, ausente. El color de su piel y de su pelo, blancos como la leche, contrastaba, hiriente, con los dos impactos negros, redondos, de sus gafas.

El bar era espacioso. Bien alumbrado. Las puertas estaban abiertas de par en par. Entraba un aire fresco, suave, ya cansado, de la sierra. Un tropel de insectos revoloteaban, engañados, junto al sol ridículo de las bombillas. Los más débiles caían agotados, muertos, sobre el mostrador y los clientes.

La puerta se achicó. Penetraron tres jóvenes, tostados, con aire retador. El sol cambia el color de la piel solamente. Vestían camisa a cuadros y pantalón vaquero. Las películas traen modas y

modos. La vida de algunos hombres es continua imitación. Viven por eso. Y para eso. Es su meta. Cada cual tiene la suya. Dirigieron una mirada despectiva al pacífico grupo. Uno de ellos clavó sus ojos en Florencio. Dió un codazo al más próximo. Este, al otro. Una carcajada estridente rompió la calma. El grupo, sorprendido, guardó silencio. Esperaban algo, incómodos, recelosos. El padre de Florencio sintió una punzada. Tragó saliva. Apuró el vaso. Su garganta lo necesitaba. Reanudó la charla.

Los vaqueros pagaron su consumición. Y lanzaron unas monedas pobres de propina. Se acercaron a la puerta. Uno de ellos se detuvo. Los otros le imitaron. Volvieron la cabeza. Miraron con descaro a Florencio, de arriba abajo.

—¡Ya no me acuerdo cómo les llaman a esos tipos...!

—¡Albinos se llaman esos! ¡Sólo se ven de noche!

—¡Macho! ¡Entonces, como los murciélagos!

El eco de la carcajada llenó el ambiente. Rebotó en los oídos de los parroquianos. Florencio, aturdido, se apretó contra la silla, buscando protección.

Al regresar a casa, la cabeza del padre jugaba con una idea fija. Hacía muchos años, muchos, que aquella idea no le dejaba en paz. ¿Por qué aquel ser, blando, incapaz, tenía que ser precisamente su hijo? En la familia de su mujer no existía un caso semejante. En la suya tampoco. Y duro y dale con aquella idea que le carcomía. Ya le dijo un día el cura de su pueblo que el color de las personas era un misterio; cosas de Dios. Pero a él le obsesionaba más lo otro que le dijo. Sí; aquel día que se confesó. Si no habría sido lo que el cura llamaba pecados de juventud. ¡Bah! Eso eran gaitas. A otros de su pueblo no les había pasado nada y también habían pecado. Y más que él.

Y buscaba, angustiado, esa lucecita, incómoda, de la resignación. Y, como siempre, la encontraba. La vida tenía cosas raras. Y nada se podía hacer. Además, el chico era como los demás. Tenía brazos, piernas, cabeza y todo lo que hacía falta tener. Total, aquel color que había sacado. No sabía de dónde... Pero el caso era que el maestro del pueblo, que era muy leído, le había dicho que el chico era listo. ¡Y cuando el maestro lo decía...!

Aquella noche, el señor Juan tenía ganas de hablar. Su mujer ya dormía. Al meterse en la cama, notó que ella, instintivamente, se separaba. Sería el calor, pensó. ¡Claro! El calor hacía sudar. Algunas veces no se aguataba. Y aquella noche hacía mucho calor. Cerró los ojos. A las ocho tenía que levantarse, para trabajar en el Banco. Tardó en dormirse. Tenía ganas de hablar.

Los días se sucedían monótonos, tristes. Y todo llega. Y todo pasa. Y llegó el santo del señor Juan. Sus compañeros del Banco lo celebraban. En la capital se celebran muchas cosas. Y muchas fiestas. Y el señor Juan no quería ser menos.

Finalizó la comida. Estaba satisfecho. El estómago, repleto, produce calorías y buenas ideas. Sacó un puro del bolsillo. Mordió la punta. Escupió. Palmoteó sobre la mesa. Y miró a su mujer con ojos tiernos.

—¡Vete a por unas copas, Dominga! ¡Ya que estamos metidos en gastos...!

—Ahora no puedo, Juan. ¿No ves que estoy haciendo el café y quiero recoger estas cosas? Que se acerque Florencio en un momento.

Florencio ni rechistó. Se levantó sin ganas. Cogió una botella. Y se acercó al bar.

Ya regresaba a casa, buscando las sombras que caían de los aleros. Y las sombras se quedaban colgadas a escasos centímetros de su cabeza. El sol de agosto encendía el aire. Un chiquillo enfiló veloz la acera en dirección a Florencio. Otros le perseguían. Y llegó lo inevitable. Chocó violentamente contra él. Sin pararse, continuó su fuga. Florencio acusó el golpe; se encogió dolorido. Al llegar a su altura, los seguidores le miraron sorprendidos. Forzaron más la carrera. Y vocearon con todo el ímpetu de su sangre joven:

—¡Ahí va! ¡Si es el murciélago!

Todos a coro:

—¡¡¡Murciélago!!! ¡¡¡Murciélago!!!

La distancia, que aumentaba, y una esquina ahogaron las voces. Las que siguieron se incrustaron en el aire espeso, sofocante, del mediodía. Unos transeúntes que presenciaron la escena se alejaron indiferentes. Florencio mascó, acongojado, su impotencia. Palpó la pared, lechosa, casi blanca, por el sol. Por un momento creyó que aquella materia muerta formaba parte de su cuerpo. Reanudó el camino. Habló por dentro.

«¿Por qué le llamarían aquello: murciélago, murciélago? ¡Y siempre lo mismo! El no era un murciélago. No sabía cómo eran aquellos bichos. Aunque le gustaría verlos. A la escuela de su pueblo llevaron uno. No pudo verle. ¡Qué lástima! Decían que tenían alas. Y volaban por la noche. Volarían donde quisieran. Se podrían subir a las montañas. ¡Cómo le gustaría a él subir a las montañas! En las montañas no habría nadie. Bueno, a lo mejor había pájaros. Se estaría bien en las montañas. Ya lo creo que se estaría bien. Mejor que allí donde él estaba. No le gustaba vivir en aquel barrio. Y eso que con sus padres estaba bien. Pero la gente... ¡Qué mala suerte! Vivir allí también el Prócuro de su pueblo. Si no nadie sabría que le llamaban el murciélago. Pero los murciélagos tenían alas. ¡Si él tuviera alas...!

Entró en casa, silencioso, acobardado. El señor Juan rellenó las copas. Y bebieron los tres. La mujer arrugó el gesto. Florencio bebió con avidez. Aquel calorillo en el estómago le agradaba. Le hacía ver las cosas desdibujadas, más grandes. Hubiera bebido otra copa de buena gana, y otra, y otra, quizá. Pero no habló. Al poco rato, el

señor Juan volvió a rellenar las copas. Tamborileó con los dedos sobre la mesa. Soltó la lengua:

—¡Tengo buenas cosas que contaros!

Su mujer abrió los ojos, atenta, esperando. Florencio permaneció impasible. No esperaba nada. El señor Juan dió una chupada profunda al puro.

—Por lo que me han dicho, me van a hacer guarda nocturno del Banco. Y éstos ganan más. ¿Qué os parece?

Y Florencio:

—¿Entonces, padre, cuándo va a dormir?

—De día, hijo. ¿Cuándo quieres que duerma?

Su mujer le recordó:

—¡Menos mal que se dan cuenta de lo que vales!

—Ahora, Dominga, lo de valer es lo de menos. Lo que hacen falta son buenas agarraderas. Al jefe le he caído bien, y eso es lo principal.

—¡Claro! Los jefes pueden hacer muchas cosas. Ya ves, hasta vas a ganar más. Pero eso de que tengas que dormir fuera de casa es lo que menos me gusta.

—¡Si voy a estar aquí, a dos pasos, mujer! Y si las cosas salen como yo espero, Florencio se podrá colocar en el Banco.

—¿De qué, Juan?

—¡De qué va a ser! Conmigo, de guarda. Así se le irán quitando los temores que tiene a la gente. Y lo principal: traerá algunas perras a casa, que buena falta hacen.

El corazón de Florencio aceleró la marcha. Continuó la respiración. A su mujer no le convenció la noticia.

—Eso va a ser mucho jaleo para el chico, Juan. Al pobre Justino le hubiera venido bien... ¡Ay, cuánto me acuerdo de él! ¡Hijo de mi alma! Florencio sintió que algo le subía del estómago y se le amontonaba en la cabeza, produciéndole un calor insoportable. El señor Juan golpeó el bajo de la botella. Sorbió, con ansia, el cuello. Chasqueó la lengua. Y frunció el gesto.

—¡Dejemos la fiesta en paz, Dominga! Ya va siendo hora, creo yo, de que el chico haga algo.

—Yo siempre he querido hacer algo, padre. Pero no sabía qué.

—¡Pues prepárate, que ya lo sabes!

—Te empeñas en unas cosas, Juan. Sabes como yo que el chico no sirve para eso. ¡Y qué le vamos a hacer...!

—¡Que no sirve! ¿Por qué no ha de servir? A su edad yo estaba cansado de trabajar.

—Tú sí; pero él... Además...

Apretó el señor Juan para hacerla saltar:

—Y, además, ¿qué?

—Pues, además, que no quiero que pase otra vez lo del pueblo. Allí tuvo que dejar el trabajo en casa del tío Raimundo. ¿Ya no te acuerdas?

Aquello le escoció al señor Juan. Y suavizó:

—Pero ahora, mujer, no hay caso. Estamos en Madrid, a Dios gracias. Y ya te he dicho que va a estar conmigo.

—En la capital también hay mala gente. El otro día, sin ir más lejos, tuve que salir a despachar de la puerta a unos chiquillos mal criados. Estaban tirando tierra por la ventana y le decían no sé qué...

—¿Qué te decían esos puercos?

—¡Nada, Juan! Lo de siempre.

—¡Eso de murciélago!—aseguró el padre, sin darse cuenta.

—¡Sí, Juan; eso!

—¡Pues yo les demostraré que no eres ningún pájaro! ¡Ni ningún murciélago! ¡Tú eres el hijo de tu padre! ¡¡¡Un hombre!!! ¡Y más que ellos si me apuran!

Florencio escuchaba todo aquello sin calor, sin interés, vencido. El señor Juan se levantó bruscamente. Miró a Florencio. Desvió la vista. Y salió del comedor.

* * *

Era domingo. El bar de la esquina estaba concurrido. La atmósfera, densa, ahumada, buscaba el resquicio de las ventanas para evadirse. Los golpes, secos, de las fichas de dominó, al chocar en la mesa de mármol, reventaban el aire. Los dedos nerviosos de los jugadores sobaban y resobaban las fichas.

Un jugador listo:

—¿Pero no has visto que era el último tres? ¡Qué zoquete eres!

En un rincón del bar se acomodaron Florencio y su padre. Rosita, la apetitosa Rosita, sobrina del dueño, iba y venía del mostrador a las mesas, sirviendo las consumiciones. Al verles, se acercó. Apoyó los brazos sobre el respaldo de la silla donde estaba Florencio. Se inclinó sin darse cuenta. Florencio sintió el suave contacto. Su piel le transmitió calor, vida. Algo dulce, indefinido, le atraía con fuerza. Florencio retrasó, instintivamente, su cuerpo. Los latidos le llegaban al pecho. Miró a su padre. Hizo esfuerzos por contenerse. Y Rosita, tranquilamente, se dirigió al mostrador. El señor Juan suspiró.

—¡Esta chica cada día está más hermosa! ¡Quién fuera joven; como tú!

El rostro de Florencio enrojeció. Y, en ese momento, le pareció a su padre que aquél era su verdadero color.

—¿Por qué no le dices algo?

—¿Qué quiere que le diga, padre? ¡Si tuviera más confianza...!

—Para tener más confianza hay que empezar por algo. Yo no conocía a tu madre hasta que le hablé por primera vez. Bueno, la conocí cuando me casé; y más vale que...

El golpe de las copas sobre la mesa cortó el hilo al señor Juan. Rosita volcó la botella hasta derramar el líquido. Eran clientes asiduos. El señor Juan agachó la cabeza, acercó los labios y sorbió media copa.

—¡Esta chica vale mucho para el negocio!

Y Florencio, por decir algo:

—Siempre está trabajando; pero no hace caso a nadie.

—¡Bah! Con alguien se tiene que casar. ¡Digo yo! ¡Si fueras más decidido! Ahora cuando te coloques...

—Yo nunca he ido con chicas. Ya lo sabe usted. Pero si me atrevo... Y ¿cuándo será eso de mi colocación?

—Según tengo entendido, pronto. Pero..., a lo que estábamos. Que yo te digo que, si tú le dijeras algo, ¿quién sabe? Me parece que te mira con interés.

—Será por mirar; como a todos.

—A lo mejor es otra cosa. Las mujeres son caprichosas. ¡Si lo sabré yo, a mis años!

—No será por eso, padre. Aunque a mí me gusta...

—Ya estamos con la monserga de siempre. ¿Cuándo te vas a convencer de que tú eres un hombre como los demás? ¡Diga lo que diga tu madre! ¡Vamos, creo yo! A no ser que te hayan ca...—y tragó nervioso el final de la copa.

* * *

El verano se resistía a ceder el paso. Y sacudía sus últimos coletazos. El aire, de bochorno, se pegaba al suelo. Florencio, en su cuartucho, se ahogaba. Estaba desnudo, sobre la cama. Cansado de dar vueltas, buscando las partes tibias. Empujó la almohada. Y cayó al suelo, fofa. Sintió alivio. Su cerebro empezó a moverse.

Su padre tenía razón en algunas cosas. El ya tenía veintisiete años. Y le gustaría trabajar en el Banco. ¡Ya lo creo que le gustaría! Y acompañar a las chicas. Y otras cosas. Pero no se atrevía. ¿Qué podía hacer él! Recordaba lo que le había pasado en el pueblo. Su padre, algunas veces, olvidaba las cosas. Pero él se acordaba como

si lo estuviera viendo. Cuando él no quiso ir a la escuela. Tenía sus razones. Los chicos clavaron aquel murciélago vivo en la pizarra. El apenas pudo verlo. El maestro sí lo vió. Por eso les castigó sin recreo, durante una semana, a los que lo hicieron. Y cuando estuvo trabajando en la bodega del tío Raimundo, despachando cántaros de vino. Al atardecer, la puerta de la bodega era un enjambre de chiquillos vociferantes. Y al tío Raimundo no le gustaba aquello. Y entonces tuvo que marcharse. Y aquella noche en que los quintos de su reemplazo le pasearon en hombros por el pueblo, con la cara embadurnada de grasa negra de los carros. Y, al final, le tiraron al pilón de la plaza. Todo aquello palpitaba vivo dentro de él. Quería olvidarlo. ¡Cuánto le gustaría olvidarlo! Cuando llegó a Madrid, estaba contento... La gente no se fijaba en él. También había negros en Madrid, y la gente no les decía nada. Y cuando llegaron al barrio no pasó nada. Pero llegó el Prócuro. ¡Si no hubiera sido por él! ¡Ya se podía haber quedado en el pueblo! ¡Qué mala suerte! ¡Cuánto le gustaría ser un chico como los demás! Como ese que vendía helados al corte. O como el chico del garaje. O como el primo de Rosita. ¡Si fuera chica! ¿Se reirían lo mismo? Si fuese chica, a lo mejor les gustaría a los hombres. Sí; casi seguro que les gustaría. ¡Las novelas decían cada cosa de los hombres! ¡Debía de ser más bonito ser chica! En las novelas era muy bonito. ¿Qué sentirían los hombres cuando besaran a las chicas? ¿Y las chicas? ¡Qué lástima! El no lo sabría nunca. Pero su padre le había dicho que era un hombre como los demás. El creía que sí. Si lo debía de ser. Cuando Rosita le rozó con los brazos el cuello, sintió algo raro en su cuerpo. Una cosa desconocida. ¡Cuánto le gustaba Rosita! ¡Si él fuera un hombre! Bueno, su padre le había dicho que lo era. Y su padre sabía más que él. Por eso era su padre. Y su madre. Y luego él. Todo lo sabía. No debía de ser difícil. Pero él no podía hacer nada. ¡Nada! ¡Nada! Y rompió a llorar. Un llanto suave, amargo, profundo, le empapó el cuerpo y el alma, confortándole.

La luz de un foco que se filtraba silenciosa por la ventana desapareció. Dos personas hablaban en voz baja. Algunas palabras sueltas llegaron hasta los oídos de Florencio. La noche es propicia para el amor. Lentamente, se alejaron. Aquello le pinchó el cerebro con más fuerza.

Le gustaría vivir solo. No ver a nadie. No oír nada. La gente no era tan buena como parecía. No tenían compasión de él. Sin embargo, los cojos, los ciegos, los cheposos, todos iban con mujeres. El los había visto en el bar. Y salían de paseo cuando hacía sol. El sol. ¡Qué luz daba tan fuerte! No tenía que hacer sol. Era mejor la noche. En algunos países no había sol. Lo decían las novelas. Le gustaría estar en esos países. Pero debía de costar mucho dinero marcharse allí. Y él no podía ir. En su barrio había sol. Todos los días había sol. Con sol casi no veía nada. De noche veía más. Como los murciélagos. Sí; era un murciélago. Ellos tenían razón. Pero algún día no le podrían decir nada. Un día moriría, como su hermano Justino. ¡Cuánto se acordaba de él! Su hermano sí que le quería. Y se daba cuenta de todo. Siempre le estaba defendiendo. Le gustaría estar con él. ¡Si estuviese su hermano, no se reirían tanto! Ni le llamarían murciélago. El día que se fuese con él, iba a estar muy contento. Sí; ese día...

Su cerebro estaba hinchado, vidrioso. Y se quedó parado. A través de la ventana se coló un ronroneo sordo, insistente, que se acercaba. Un avión enfilaba el refugio de Barajas. Su luz roja, de situación, semejava una estrella incandescente rayando el negro infinito. En pocos segundos, todo quedó en silencio. El «cri-cri» de los grillos volvió a hacerse amplio y sonoro, adueñándose del espacio.

* * *



El jefe ordenó que el señor Juan se presentase en dirección. En pocos minutos le despachó. Desde primeros de mes, pasaría a ocupar el cargo de guarda nocturno del Banco. Tendría el mismo sueldo, más una gratificación por trabajo nocturno. Su hijo Florencio podría acompañarle. De momento no le fijaban sueldo. Era necesario un período de pruebas. Los bancos aquilatan hasta el último céntimo. La gente puede equivocarse. Los bancos, nunca. El señor Juan no esperaba aquello. Pero estaba contento. Por fin, su hijo tenía una oportunidad. Y en estos tiempos se pagan las oportunidades. Con dinero o con trabajo. Con algo.

Todas las noches, al caer las doce, el señor Juan se hacía cargo de la guardia y de las llaves de la puerta. El guarda saliente le hacía la entrega. Florencio acostumbraba ir poco antes de la entrada al bar de la esquina. Compraba una botella de vino con gaseosa. Las noches en vela secan la garganta.

* * *

Una tarde, la mujer del señor Juan compró el periódico. Una vecina le había dicho que en Barcelona habían dado muerte, la policía, a un famoso atracador de bancos. Y que éste había matado a varios empleados. Por lo que pudiese tocar a su marido y a su hijo, quería saber, con pelos y señales, quién era el sujeto aquel. Y, sobre todo, cuántos había matado.

El señor Juan entró en casa. Su mujer, enfrascada en la lectura del suceso, no advirtió su presencia.

—¿Qué estás leyendo, Dominga?

—¡Es horrible, Juan! ¡Ya puedes tener cuidado!

—¡Yo! ¿Por qué?

—¡Mira, lee! ¡Ya verás lo que dice el papel!

El señor Juan leyó en alta voz las letras gruesas. «En Barcelona ha sido muerto a tiros por la policía el tristemente célebre atracador el Pache-co.» Y siguió leyendo en silencio. Movía los labios con fruición. Cuando terminó:

—¡Bueno...! Estos tíos son como esos pistoleros americanos de las películas. Son valientes. Pero, al final, todos caen. Estate tranquila. En mi Banco hay poco dinero.

—¡Esa gente son muy «sanguinosos»! Y, por diez duros, matan a quien se ponga por delante.

—¡Que no, mujer! Esos van a los bancos grandes, donde hay dinero.

—¡No quiero pensar qué sería de mí...!

—Dejemos eso, Dominga. Y vamos a cenar. ¿Dónde anda Florencio?

—¡Dónde va a estar! En su cuarto, leyendo novelas. Como siempre.

* * *

Era día de fiesta. Corría un viento frío, cortante. Decían que era de la sierra. El sol, flojo, desnudo, también tenía frío. Las campanas de la pequeña iglesia brincaban de gozo, esparciendo su mensaje de paz.

La madre de Florencio empapó los dedos en agua bendita. Se santiguó. Florencio hizo lo mismo. El señor Juan no pudo asistir. Una ráfaga helada, al salir de la guardia, se quedó en su garganta. Y se extendió. Poca cosa.

Durante la misa, un cura viejo, enjuto y con nervio, habló desde el púlpito. Fustigó con valentía los vicios desorbitados de la humanidad. Hizo hincapié en la falta de sensibilidad. Y, por último, se refirió a la ausencia casi absoluta, por parte de los poderosos, de la caridad.

Florencio escuchó el sermón embelesado, absor-

to, con fe. Lo único que comprendió fué lo de la caridad. Aquel cura sabía lo que decía. Hablaba bien. Y tenía razón. Era verdad que la gente no amaba al prójimo. Ni sabía perdonar los defectos de sus semejantes.

* * *

El señor Juan tenía algo de fiebre. No se encontraba en condiciones de acudir al trabajo. Era la primera vez, en sus años de servicio, que le ocurría aquello. Esperaba levantarse al día siguiente. Y prefirió silenciarlo. Total, por una noche podía hacer la guardia su hijo. Hasta la fecha, Florencio había cumplido bien. El señor Juan recordó a su mujer que fuese a casa de la sastra del barrio, a por el uniforme de Florencio. Y, si era necesario, que echase una mano. El chico tenía que llevarlo puesto aquella noche de todas formas.

La sastra cosió aprisa. La mujer del señor Juan hizo lo que pudo. Y Florencio se colocó el uniforme tres horas antes de entrar en el Banco. Se metió en su habitación. Y miró, extasiado, las letras de metal, tan bien hechas. Y los botones. Y el barboquejo negro, brillante. Pasó y repasó la mano por el plato de la gorra. Dentro de poco tiempo terminaría el período de prueba. Y ganaría un sueldo. Y Rosita, cuando le viera..., ¿qué diría?

Su madre, antes de salir, le dió un beso largo, apretado. A las doce, minutos menos, Florencio se acercó al Banco. El guarda saliente le abrió la puerta. Sorprendido, le dió unas palmadas cariñosas en la espalda. Dijo algo alusivo al uniforme. Florencio, emocionado, no dijo nada. Y el guarda se calló. No era la primera vez que Florencio llegaba antes que su padre al Banco. Se hizo cargo de las llaves. En el reloj del vestíbulo sonaron las doce. Y los dos ficharon en la máquina de control.

Florencio abrió el cajón de la mesa de servicio. Dudó un momento. Ardía en deseos por que le viese Rosita. Sacó la botella. Y, como todas las noches, se acercó al bar de la esquina.

En una de las mesas había un grupo de muchachos de mal aspecto. Jugaban a los «chinos». Un clásico juego de tasca madrileña. Esta pandilla visitaba el bar de vez en cuando. En cierta ocasión se habían metido con Florencio. Y Rosita, decidida, había cortado las bromas. Florencio puso la botella en el mostrador. Se acercó Rosita.

—¡Vaya, Florencio, enhorabuena! ¡Ya tenía ganas de verte así!

—¡Es de mi padre!... Me lo han arreglado.

Rosita adelantó el cuerpo para verle mejor. Su pelo, oscilante, rebasó el estrecho mostrador. Los ojos de Florencio chocaron contra las gafas. Le pareció que aquel vestido, ceñido sobre el pecho, podía estallar en cualquier momento. Y recordó la portada de una novela; era igual. Aquel perfume, mezclado con un olor a carne joven, nueva, le entonteció. Las manos de Florencio temblaban. También sus piernas. También temblaba su corazón. Y siguió allí, impasible, alelado, sin saber qué hacer. Y Rosita, activa, cogió la botella y se arrimó al grifo de una cuba. En ese momento se acercó a Florencio uno de los jóvenes.

Pareces un general, muchacho. Hoy invitarás, ¿no? —A ver, jefe, ponga unos vasos, que paga éste!

—Bueno; los pago yo.

—¡Qué! ¿Ya vas al «corte»?

—Sí; hoy estoy solo.

Y el intruso se pegó a Florencio.

—Me da a mí que te gusta esa gachí. Pero que mucho. ¡A que sí! ¡Anda, atrévete, que está por tus huesos! ¡Si lo sabré yo!

Rosita, indiferente, dejó la botella cerca de Florencio y siguió lavando vasos. Y Florencio bebió aprisa, nervioso, el vaso de vino. El intruso se lo tragó de golpe.

—Bueno, ahora que nos pongan otros. Invito yo.

—No, no; tengo que marcharme.

Y Florencio salió precipitadamente, sin acordarse de Rosita.

Al llegar al Banco se dió cuenta de que había olvidado la botella. Quedó pensativo. Desconcertado. «¡Atrévete, que está por tus huesos! ¡Si lo sabré yo!» Y volvió a darlo vueltas. Y más vueltas.

Unos golpes insistentes sobre el cristal de la puerta cortaron, de repente, sus cavilaciones.

Se acercó. Pegó los ojos al cristal. El joven con quien habló en el bar le enseñó la botella. Florencio abrió, tranquilo.

—Toma. Te la habías dejado allí.

Florencio alargó el brazo, sin decir nada. El joven se coló, decidido. Empujó la puerta con suavidad, hasta encajarla. Súbitamente, descargó sobre Florencio un golpe seco, brutal. Su cuerpo, inerte, golpeó el suelo. De su boca fluyó un líquido rojo, que aumentó al deslizarse en las baldosas. La botella se hizo añicos al chocar contra el bajo metálico de la puerta. El vino se derramó lentamente.

Las cajas de los bancos se abren con facilidad en las películas. Y los fabricantes de esos artefactos van al cine. Y también suelen ir los astutos banqueros.

El buscavidas salió rumiando su fracaso. Al pasar junto a Florencio lanzó una patada fuerte sobre el cuerpo, blando, arrugado, de su víctima. Florencio se recobró despacio. Tenía sed. Mucha sed. La pérdida de sangre produce una sed intensa. Palpó el suelo. Su mano se humedeció. Su boca, seca, ansiosa, se pegó a las baldosas. Y su lengua, viscosa, acorchada, lamió con desesperación. Su frente tropezó con algo débil, ligero. Eran sus gafas. Se agarró a ellas como un naufrago. El cuello de la camisa le ahogaba. Tiró con fuerza. Saltó el botón. Masticó el aire. Sus pulmones se llenaron. Se agarró a una pata de la mesa. Con esfuerzo se levantó. Tambaleante, llegó hasta la puerta. Empezó a darse cuenta de su situación. Quiso gritar. Su voz se hizo tan débil que no llegó a sus oídos. Tiró de la puerta. Salió. El vacío de la calle le estremeció. Quería alejarse de allí. Cuanto antes. Intentó correr. Sus piernas le fallaron. Y miró, angustiado, al cielo. Una estrella fugaz se quedó en sus ojos. Y tomó aliento. Y sintió una fuerza irresistible que le empujaba. Y empezó a andar. Caminaba despacio. Aumentó el paso. Y luego más. Y más. Y echó a correr. Huía. Huía sin saberlo. Buscando algo que le llamaba. Que le atraía. Que necesitaba. No sabía qué. Era algo indefinido, brillante. De repente, sus pies se hundieron en la tierra blanda, pegajosa. Sus piernas se doblaron. Pero aún tenía fuerzas. Muchas fuerzas. Infinitas fuerzas. Al pasar del campo a la carretera, unas matas, endurecidas por la escarcha, se clavaron en su carne. Fué un momento. Las apartó con sus manos tensas, agarradas. Notó la resistencia del suelo. Pisó más firme. Siguió, jadeante, hacia aquel puntito brillante que veían sus ojos. Con brusquedad, una luz cegadora le dejó fijo. Reaccionó. Quiso apartarse. Zigzagueó. Era tarde. Un golpe fuerte, violento, total, lo lanzó fuera de la carretera. No sintió dolor. Un líquido caliente le empapaba el cuerpo sin cesar.

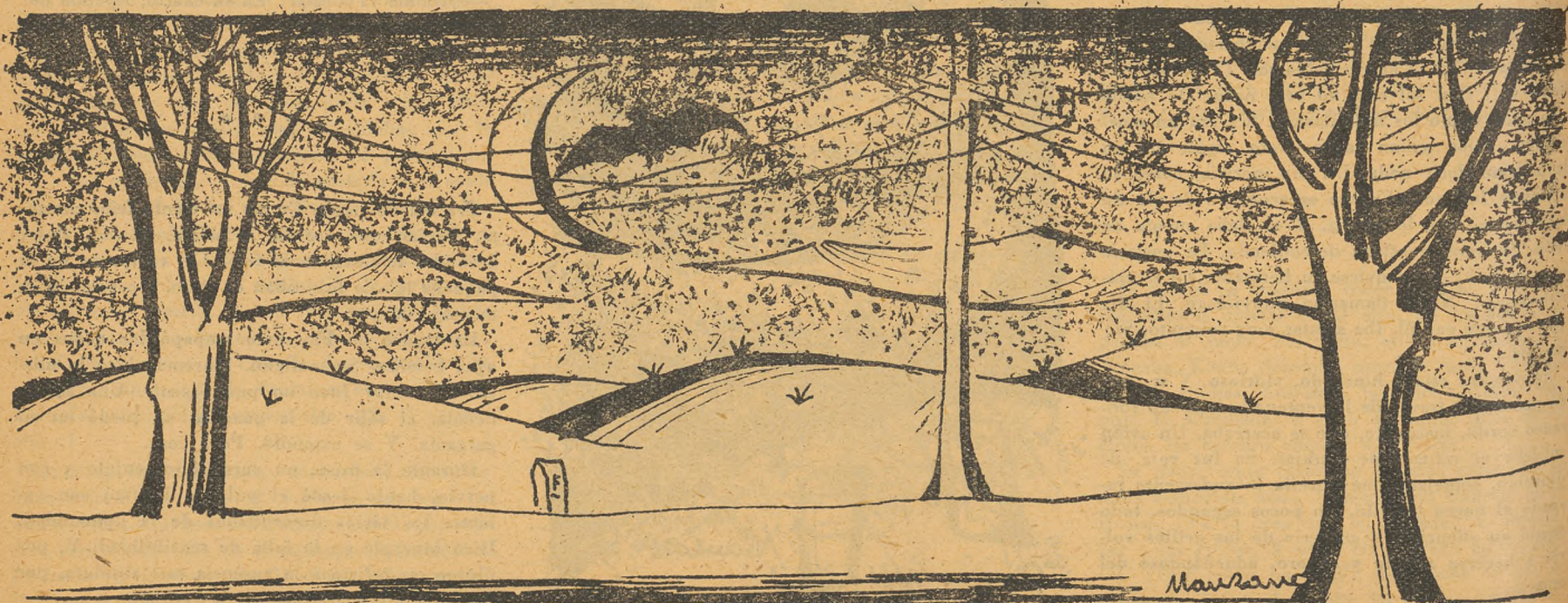
—¡Le hemos sacudido! ¡Mala suerte!

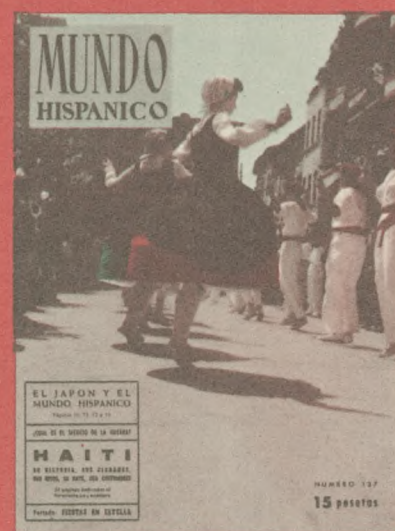
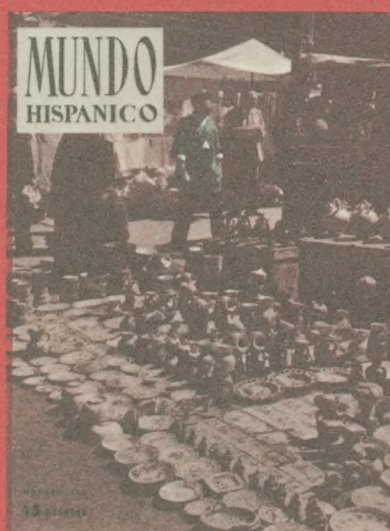
—¡Mira a ver si viene algún coche!

—¡No viene nadie! ¡Vámonos! ¡Pisa acelerador, fuerte!

Y Florencio se quedó allí, paralizado, inmóvil. Y el puntito comenzó a girar. Se alejaba.

Cada vez más. Desapareció. Y sus ojos, desorbitados, desnudos, apretaron aquella luz, fría, congelada.





MUNDO HISPANICO

Avda. de los Reyes Católicos
Ciudad Universitaria

Apartado n.º 245
MADRID (España)

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D. _____, con residencia en _____, calle
de _____, se suscribe a la revista MUNDO HISPANICO por el tiempo de _____, a
partir del número de _____, y cuyo importe, de _____, pagará por anticipado contra
reembolso (táchese lo que no convenga). _____, a _____ de _____ de 196____
recibo de la Administración _____ El suscriptor,

Dirección exacta para remitir la revista _____
PRECIOS DE SUSCRIPCION.—España y Portugal: Un año, 160 pesetas; dos años, 270 pesetas. América: Un año 5 \$; dos años, 8,50 \$.

